

Pasatiempos DE PURA LENGUA

Javier C. Bravo Magaña



UNIVERSIDAD DE COLIMA

Pasatiempos
DE PURA LENGUA

c o l e c c i ó n
Letra**Sobre**Letra

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Mtro. José Eduardo Hernández Nava, Rector

Mtro. Christian Torres-Ortiz Zermelo, Secretario General

Licda. Ma. Guadalupe Carrillo Cárdenas, Coordinadora General de Comunicación Social

Mtra. Gloria Guillermina Araiza Torres, Directora General de Publicaciones

Pasatiempos
DE PURA LENGUA

Javier C. Bravo Magaña



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© Universidad de Colima, 2013
Avenida Universidad 333
c.p. 28040, Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: (312) 31 61081 y 31 61000, ext. 35004
Correo electrónico: publicac@ucol.mx
<http://www.ucol.mx>

ISBN: 978-607-9136-95-6

Derechos reservados conforme a la ley
Impreso en México / *Printed in Mexico*

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Dictaminación y edición registradas
en el Sistema Editorial Electrónico PRED
Registro: LI-004-12
Recibido: Enero de 2012
Publicado: Enero de 2013

Libro realizado con recursos PEF 2012.

De diversas maneras,
Pasatiempos DE PURA LENGUA *le debe su existencia*
a Rosa Delia e Hiram David, mis hermanos;
a Elenita y a mis hijos Javier Carlos, Ricardo Alejandro
y Helena Leticia; y a la Universidad de Colima.
Como todo lo que hago, lo dedico a mis siete nietecitos,
a su abuelita y a sus papás. Fue un placer haberla escrito
y saber que algún día quizá la leerán con ojos más allá
de los que sirven para ver lo visible.
Muchas gracias a todos. De corazón, no DE PURA LENGUA.
Javier C. Bravo Magaña

Índice

Presentación.....	11
Prólogo.....	15
<i>Helena Leticia Bravo Alfaro</i>	
¿Quién es Pombo Trujeque?	19
<i>Javier Carlos Bravo Alfaro</i>	
Lengua	25
No hay nada nuevo bajo el sol	27
Hace honor a su nombre	29
No en balde se llaman puercos.....	32
Si sonido, significado y connotaciones sociales....	34
Palabra de rey.....	36
Genio y figura.....	38
No existen absolutos.....	40
Conócete a ti mismo.....	42
Dime tus <i>lapsi linguae</i>	44
Me entiendes, Méndez.....	46
De lengua me como un taco	48
El que por su gusto es buey	50
Del dicho al hecho hay mucho trecho.....	52
Mujer que sabe latín	55
Grandotas aunque me peguen.....	58
Fuera de México, todo es Cuautitlán	60
Haz patria, mata un chilango	62
Aquí vine porque vine	64
A veinte	66
Nomas cuando me río.....	68
Ana, tu nombre.....	70
Mi primo Beto Cárdenas.....	72

No sé por qué	74
Dónde irá sola Teresa	77
Es un machito.....	79
El verso natural no es inventado	81
Para tener dos luceros.....	84
Vida de perro.....	87
Échate como un perro.....	89
Mejor perro	92
Yo fui uno de aquellos dorados de Villa	95
Xóchitl Campos Cárdenas.....	97
Yo a las morenas quiero.....	99
What the heck	101
Con toda mi alma	103
En un lugar de La Villa.....	105
A los sesenta años	107
Pisándole los talones a la universidad	109
A cuarenta	112
Luna, luna, dame una tuna	115
La que me diste se me fue a la laguna	117
“Borreguito”, “bee”	119
Que veinte años no es nada.....	121
En el mundo están sucediendo.....	123
En un cuento de piratas.....	126
Ésta es una lista de hombres libres	128
Como decíamos ayer	130
Pombo Trujeque.....	132
¿Por qué no escribes un libro?	134
Véngase con su PAPI	136
Éste era un gato.....	138
No matarás	141
Cada cabeza es un mundo.....	143
Dios los hace.....	145
Cada oveja con su pareja	147
Juntos pero no revueltos.....	149
Otra vez la burra al trigo	152

Eternamente te amaré.....	155
No vale nada la vida.....	157
Para que yo te hubiera entregado mi amor.....	159
Que me sirvan de una vez pa' todo el año	161
Sabia virtud de conocer el tiempo	163
Elba Esther pegó un reparo	166
El charro se ha convertido.....	169
Qué tendrán mis ojos.....	171
Que te perdone un carnicero.....	173
¿Quién pompó?	175
No es lo mismo atrás que anancas	177
Las que se llaman Fidelia.....	179
Le jerré.....	181
Como el cura de Coahuayana	183
Si mi abuelita tuviera ruedas.....	185
Son extraterrestres.....	188
Verde que te quiero verde.....	190
Juventud, divino tesoro	193
Explicando una tarde anatomía	195
Reina y señora.....	198
En el panteón de los gringos.....	200
Hablando de la otrora	202
En el cielo no hay almejas	204
La carne de burro	207
Cómo cómo como, como como como	209
Tienen tus ojos un raro encanto	211
Dando y dando	213
Nunca falta un pelo en la sopa	215
El que no oye consejo, no llega a viejo.....	217
Al nopal lo van a ver.....	219
Amigo	221
Palo dado, ni Dios lo quita.....	223
Los viajes ilustran	225
En el día de los muertos	228
Bonitas las comaltecas	230

Año nuevo, vida nueva.....	233
El muchachito gritó ¡papá!	235
Mi tía Lupe cumple ochenta y ocho años	237
Cuando nació Rosa Delia	239
Ricardo está adelgazando	242
Hiram	244
El Colima	247

María Elena Alfaro Solís

Notas biográficas para mis nietos	251
Mis héroes favoritos.....	255

Javier Carlos Bravo Alfaro

Presentación

Comencé a escribir *Pasatiempos DE PURA LENGUA* hace veinte años, con el propósito de refutar, desde un punto de vista lingüístico, la actitud “purista” o normativa en el uso de la lengua, que en aquellos tiempos se expresaba con la fórmula “se dice-se debe decir”. Pronto me di cuenta de que no era posible, ni deseable, hablar de la lengua desde una perspectiva tan reducida; elementos ajenos a la discusión lingüística aparecían una y otra vez en el ensayo que pretendía escribir. Finalmente, para no negarme a mí mismo, me di permiso de escribir “de coles y de reyes”, de lo que se me ocurriera, de lo que me subiera a la mente y al corazón, y así escribí los primeros cuatro artículos de este libro, que luego completé con un quinto. “La lengua (latín, *lingua*)”, tenía que ser una justificación o por lo menos una explicación del estilo y contenido que me brotaba espontáneamente. Ése es el origen de estos *Pasatiempos*.

“El pueblo habla como quiere, y además, hace muy bien” es el lema de estos artículos; lo aprendí de Agustín Mateos, mi muy admirado y querido maestro de latín en la Escuela Normal Superior de México (1964-1967), lo menciono aquí con agradecimiento. En parte, también lo aprendí de mi amada maestra de primer año, mi mamá, Ma. Dolores Magaña Benítez de Bravo, quien me enseñó a leer, escribir, y mi primera lección de inglés en 1946. A su vez, la enseñanza de Agustín Mateos en 1964, me libró de prejuicios lingüísticos y me dio libertad para decir lo

que yo quiero como yo quiero, en forma oral o escrita, siguiendo mi propia intuición o conciencia lingüística, y sin hacer caso extremo de los colegas en edad a quienes llamo “los viejitos de la Academia” (no pregunten cuál).

Estos dos maestros me hicieron reconocer en mí el interés lingüístico que le dio forma a la carrera profesional que ejercí durante 44 años (1960-2004) en diversas escuelas de Colima, de México, D.F. y de otros lugares de la República.

La lengua del pueblo que habla como quiere, sirve perfectamente para decir lo que uno quiera decir como lo quiera uno decir; se puede hablar con soltura y libertad “de coles y de reyes”, de cualquier tema, agudo u obtuso, procaz o sublime, de lingüística, religión, política, cultura popular o académica, familia, vida diaria, o de cualquier otra cosa, como en estos *Pasatiempos DE PURA LENGUA*. Un hablante del pueblo cualquiera, al gusto, puede hacer que su lengua parezca festiva, burda o sutil; profunda, conmovedora o banal; la puede convertir en jerga científica o en albur. Para escribir *DE PURA LENGUA* no es necesario pedirle ayuda a la Academia, más bien se necesita ser muchacho de rancho, y yo cumplo bien ese requisito.

Aunque escribí estos *Pasatiempos* hace veinte años, no pude resistir la tentación de hacer algunas alusiones a sucesos posteriores, principalmente políticos. Pero todas mis críticas son por principio ideológico, no por cuestiones de índole personal. De antemano y de buena gana acepto cualquier contradicción porque “cada cabeza es un mundo”, e “ideologías vemos, corazones no sabemos”.

Por falta de elegancia propia, me adhiero *verbatim sed mutatis mutandis* a la presentación que Jorge Luis Borges (que no necesita presentación) hace

de su *Nueva antología personal*: “Ojalá las páginas que he elegido prosigan su intrincado destino en la conciencia del lector. Mis temas habituales están en ellas: la perplejidad metafísica, los muertos que perduran en mí, la germanística, el lenguaje, la patria, la paradójica suerte de los poetas”. O para decirlo otra vez con la palabra de Borges, el poeta anglosajón: “Pido a mis dioses, o a la suma del tiempo, que mis días merezcan el olvido, que mi nombre sea Nadie, como el de Ulises, pero que algún verso perdure en la noche propicia a la memoria o en las mañanas de los hombres”. Y cuando me afilio con Borges, buena sombra me cobija. Y no lo digo DE PURA LENGUA.

Prólogo

De tal palo, tal astilla, reza la sabiduría popular. Con sorpresa me doy cuenta de que este dicho se aplica no solamente en su carácter descriptivo, sino que también contiene un elemento personal de añoranza por lo que pudiera ser.

Tuve el placer de leer por vez primera estos *Pasatiempos* en la adolescencia, y la fortuna de aprender mucho de ellos. Hoy, los he vuelto a visitar a veinte años de distancia, y me encuentro con una grata sorpresa: el hombre que escribió DE PURA LENGUA es mi padre, el que no me engendró de esa forma, el que habla más de una, el que depura sus pensamientos en público y nos ilustra mientras lo hace. Al leer estos *Pasatiempos*, me encuentro cara a cara no sólo con el pasado que muchos de nosotros compartimos, sino también, y principalmente, con el escritor que inmortalizó dos años de esa época noventera. Interactuamos en estas páginas con un hombre en franco ascenso hacia la cúspide de su carrera académica, esposo de Elenita, su compañera de 24 años, y padre de tres hijos adolescentes.

Nacido en Juárez 20, frente al jardín Núñez, y crecido en Coquimatlán, el doctor Javier C. Bravo Magaña registra, ufano, su entrada a la sexta década de vida. Desafiando a las estadísticas, el entonces director de la ahora Facultad de Lenguas Extranjeras e investigador de la Universidad de Colima, se rehusó a contraer polio, a morir de sarampión y a ser enfermero, la única carrera universitaria dispo-

nible en el Colima de su época estudiantil, y para la cual no daba el ancho. Antes bien, eligió ser profesor de secundaria y emigró *al Dé Efe* para ese propósito. De ahí fue llevado al Viejo Continente, donde en la treintena acabó de formarse y adquirió el aire intelectual cosmopolita que lo caracteriza, sin perder la sencillez externa que es su sello distintivo.

Hay un dicho en inglés que se aplica al Dr. Bravo: “Puedes sacar al niño del rancho, pero no puedes sacar al rancho del niño”. A lo largo de cien semanas, escuchamos de boca de este auto-proclamado “muchacho de rancho”, dichos populares por completo mexicanos, con canciones de tiempos pasados, con referencias a la época del Cine de Oro. Todo aquello sazonado con poesía anglosajona y castellana, con la sapiencia de los teóricos de la lingüística, con la cultura general de la mente bien alimentada, con la perspicacia del pensador independiente y con la cosmovisión de quienes no descienden del simio.

Encontramos al padre que no le permitía a su hija, “señorita adolescente”, bailar lambada por temor a que en menos de lo que cantan varios gallos se la convirtieran en señora. Nos acongojamos con el hijo que sufre la pérdida temporal de su madre y que celebra su vida con la certeza de que la verá en un futuro cercano. Envidiamos al esposo enamorado de la mujer de su juventud, en quien aún encuentra su deleite. Adivinamos el orgullo del padre ante la mayoría de edad de su primogénito. Sentimos su amor por sus mascotas, a quienes les dio su apellido: Phaedro, un perro angloparlante, y Brenda, una gata descalza, decidida a poblar la tierra ella solita. Y al enterarnos de la muerte de su perro Brandon Bravo, Brandy Boy, nos sentimos conmovidos por el epitafio perfecto que él escribió para su padre, a veinte años de su

muerte, y que deseamos con fervor tener algún día inscrito en nuestras lápidas.

A sus setenta y dos años de edad, don Javier tiene frutos abundantes en todas las esferas de su vida: un feliz matrimonio de 46 años; cuatro hijos que lo aman, respetan y admiran; cuatro nietos que lo disfrutan; cientos de ex alumnos que hasta la fecha lo saludan con gusto, y docenas, con cariño; un legado a la sociedad colimense, mexicana y del mundo a través de las contribuciones que realizan sus antiguos pupilos; y cientos de personas cuyas vidas ha tocado a través de sus labores en el ámbito que es para él su mayor interés y al que se ha dedicado en cuerpo y alma los últimos treinta años: la predicación del Evangelio.

Esta obra, pues, es el reflejo de un hombre que ha vivido regido por un código escrito con fuego en su corazón, y que ha dado fruto al ciento por uno. “De tal palo, tal astilla”, dicen. Yo digo, “brincos die-ra”, y no lo digo DE PURA LENGUA.

Helena Leticia Bravo Alfaro

¿Quién es Pombo Trujeque?

Javier Carlos Bravo Alfaro

Muchos me han preguntado por Pombo Trujeque, y hasta se quejan de su excesiva frecuencia en los *Pasatiempos DE PURA LENGUA* (“Mi primo Beto Cárdenas”, p. 72), que aparecen hoy en forma de libro, antes publicados en tres periódicos de Colima. Para complacer esa curiosidad, a nombre de mi padre, el Dr. Bravo, anoto:

Pombo Trujeque es un personaje *sui generis*. Nacido en la Villa de Tuspa (lugar que “Hace honor a su nombre”, p. 27) en el año 41 de no se sabe qué siglo, Pombo vino a ser la herencia de dos mundos fusionados con un toque beduino (“Pombo Trujeque”, p. 132). Eso, quizá, explique su raro temperamento y extraña conducta. Por ejemplo, es fundador, único miembro y dueño vitalicio del PAPI (“Véngase con su PAPI”, p. 136; “Eternamente te amaré”, p. 155; “Reina y señora”, p. 198; y “El que no oye consejo no llega a viejo”, p. 217), partido con el cual inventó un procedimiento para poner de acuerdo con él a cualquier político que pretendiera disentir de sus extravagantes propuestas (ELBA ESTHER PEGÓ UN REPARO, p. 166).

La casa donde nació llevaba el número 20 (NOTAS BIOGRÁFICAS PARA MIS NIETOS, p. 251) de una calle que fue lugar propicio para las muchas y caprichosas circunstancias que componen su vida, pues durante algunos años albergó a la “Feria de Todos los Santos”, cuya influencia alimentó su alma infantil y la convirtió en lo que es hoy. Se dice que los volcanes gemelos, que en aquellos tiempos todavía cantaban al unísono, a dos voces entonaron *Las mañanitas* en su honor.

Pasó sus primeros y más tiernos años, que me atrevo a decir fueron muy felices, en un lugar sin luz eléctrica, ni televisión, ni agua potable, ni redes sociales (PISÁNDOLE LOS TALONES A LA UNIVERSIDAD, p. 109). Venciendo las estadísticas, salió de allí, y en el libro que aquí comentamos, podemos leer el resultado de sus quijotescas hazañas, el retrato de un mundo ido, escondido dentro de otro mundo más reciente, también ya ido para siempre; ciclos de vida real, entretejidos entre ciclos anidados que podemos conocer de primera mano, sin tener que recurrir a las series de Enrique Krauze.

La vida lo llevó a muchos lugares que pudieran haberlo hecho renegar de esos orígenes, pero a los cuarenta años dejó vacío el cascarón de ave fénix y regresó a lo que mejor había aprendido y nunca olvidó, a ser muchacho de rancho, algo que nunca ha desaprendido, porque como él mismo dice: “No se puede, después de saber, *desaber*”.

Y sin embargo, nos queda claro en estos relatos que cubren más de veinte años, que un ser humano puede remontar alturas insospechadas, aun cuando tenga las estadísticas en su contra. De otra manera ¿cómo explicar que habiendo sido expulsado en la primera hora, del primer día de clases, del primer año de “kínder”, haya aprendido a vivir la vida a pesar del

grave obstáculo de nunca haber contado con tan valioso certificado? (A LOS SESENTA AÑOS DE MI EDAD, p. 107).

Se cuenta como su saber más notable, su éxito más artístico y su logro más comparable con los de Einstein, el haber seducido con mortíferos dardos de amor a la única gacela que ha sido su cazadora, un día de marzo a las cuatro cuarenta y cinco de la tarde de un año cualquiera, de hace muchos años (NO SÉ POR QUÉ, p. 74). Por eso, cuando los que se daban cuenta de que no había terminado ni el kínder le instaban a leer un libro, con franciscana modestia para no contradecir, asentía, aunque sabía que ya había plantado un árbol, tenido un hijo y leído un libro (¿POR QUÉ NO ESCRIBES UN LIBRO?, p. 134).

En cuanto a escribir un libro, le parecía poca cosa, porque él le había dictado sus memorias a uno de sus mejores amigos, el Dr. Bravo, quien siguiendo su dictado al pie de la letra narró algunas de sus quijotescas hazañas y las convirtió en el relato generoso y casi heroico de las virtudes de Pombo. Con este libro como proverbial cereza, el Dr. Bravo corona el pastel de chocolate que es la vida y obra de su amigo Pombo, que así inspiró este libro que hoy leemos con el debido agradecimiento a Dios por la vida de Pombo y sus hazañas. ¿Por qué no escribes un libro? le preguntaban a Pombo, y él, humilde, contestaba: “Ya lo escribí”, refiriéndose a éste que hoy se publica.

Aunque no venga mucho al caso, vale la pena decir que no sólo transcribió el Dr. Bravo este libro, sino que en las múltiples clases que impartió en escuelas primarias rurales, secundarias, normales y universitarias, la vida de Pombo fue su inspiración para las lecciones más divertidas, útiles y eficaces que se hayan visto en sus salones. (QUÉ TENDRÁN TUS OJOS, p. 171. QUE TE PERDONE UN CARNICERO, p. 173).

Ahora que, si alguno quisiera saber qué se siente ser muchacho de rancho, despreciar a una reina del Imperio Británico que lo requiera de amores (REINA Y SEÑORA, p. 198), o vivir con el volcán en el entorno, no hay más requerimiento que quitarse el sombrero de palma, descalzarse los *nikes* de llanta, sentarse bajo una ubérrima palmera o un fresco limón, y leer estos *Pasatiempos DE PURA LENGUA*.

Se narra aquí cómo Pombo, lingüista de segunda mano (ÉCHATE COMO UN PERRO, p. 89), aprendió a hacer un poder de palo para afrontar todas las adversidades que sufrió al tener que luchar —sin certificado de kínder— por un lugar en el mundo donde los papeles hablan. El que así aprenda, quizá podrá darse el lujo de dictar la literatura animal de las aventuras de Brandy Boy, Brenda (la gata descalza), y Phaedro (el perro anglo-parlante). Por lo menos a mí me sirvió ese consejo.

También podrían saber lo que Pombo sintió al dejar una gata siamesa y tres cachorros en la patria y defender una tesis de doctorado al son de las doce campanadas del Big Ben, para luego tratar de revertir el fracaso de su breve comienzo magisterial en las planicies de Atlacomulco (MEJOR PERRO, p. 92).

Quizá la obra más fundamental, más duradera y más fructífera de Pombo sea la de haber aprendido la lección del amor a los tres años (EL MUCHACHITO GRITÓ: ¡PAPÁ!, p. 235), una edad en la que yo, personalmente, no tenía conciencia de mi propia existencia en este tercer planeta del sistema galáctico “Vía Láctea”.

En fin, podría hablar de Pombito con cariño todo el día y toda la noche, y no me alcanzaría el tiempo para cubrir las ciento y una lenguas que nos deja por herencia este personaje en la pluma del au-

¿QUIÉN ES POMBO TRUJEQUE?

tor. Pero es preferible que cada quien camine en el túnel del tiempo, explore por sí mismo, y logre un vistazo no sólo del entorno sociopolítico y cultural del siglo pasado y principios del presente, sino que aquel que tenga ojos para ver y oídos para oír, vea y oiga la verdadera esencia de una lengua que no es DE PURA LENGUA.



LENGUA (latín, *lingua*) es el órgano carnoso, largo y movable que tenemos en la boca para gustar, deglutir y hablar. Algunos la sacan para insultar, pero son niños. Los glotones (*glossa*, lengua) y los lenguaraces la usan en exceso o demasía. Los primeros arruinan su figura, los segundos, su fama.

La lengua es fuente de metáforas: se habla de lenguas de fuego, como las de Pentecostés; de vaca, como la del árbol del pan; de tierra, como las que entran en el mar. Por su apariencia, le llaman lenguado al pez que en Manzanillo se llama medio; lengüetas, a las del zapato; y así sucesivamente.

Por su génesis, la lengua puede ser la original, la materna, o alguna lengua bárbara o extranjera. El que habla mal, comete barbarismos, y el que hablando se porta mal, barbaridades.

La lengua manifiesta el ser interno del hombre; por eso se dice que de la abundancia del corazón habla la lengua que, en consecuencia, ha sido comparada con una fuente de dos aguas, dulce y salada, al mismo tiempo. Agua dulce, se usa para el bien decir, para cosas buenas y deleitosas, para lo supremo y lo sublime. Agua salada, se usa para el mal decir. El que mal dice o dice malas palabras es coprolálico, y al que le gustan las malas palabras, coprófilo. De la lengua se ha dicho que es un azote irrefrenable, y del que puede frenarla, que es hombre perfecto. El poder de la lengua ya ha sido canonizado en frases de uso común: “la pluma (sucedánea de la lengua) es más fuerte que la espada”, “la lengua es una chispa capaz de incendiar un bosque”, “la espada vence, la lengua convence”.

Se califica la manera de ser, a partir de la manera de hablar. Es lengua, el intérprete, que habla por el que no la tiene. El que habla dos o tres lenguas es bilingüe o trilingüe, y el que habla cuatro o más, puede hablar hasta por los codos. El verborreico habla dormido, y duerme (a los demás). Es lengua viperina o de serpiente el que habla con doblez: delante de los demás, habla bien de ellos, a sus espaldas, habla mal. Es lengua larga, el que habla de más y sin fundamento, y es deslenguado el que habla lo que no debería. Se van de la lengua los que hablan lo que deberían callar, y hay quienes hablan para no escuchar. No falta quien, por no rogar, diga: “Me muerdo los labios para no llamarte”. Otros, menos precavidos, tienen que morderse la lengua para no explotar.

En la lengua se involucra el ser total del hombre. En la lengua se encarna lo más crudo y procaz, lo más noble y sensible, lo execrable y lo sublime, lo más visible y lo más íntimo de su ser. Es lengua muerta la que ya no puede expresar ese ser; viva, la que lo expresa; y franca la que para expresarlo toma “de coles y de reyes”, de una lengua y de otra, de la vida y de la muerte, de lo profano y lo divino, de lo real y de lo imaginario, de lo nuevo y de lo viejo. Y es lingüista el que lo nota y lo anota. Y ése es el propósito de estos pasatiempos: en lengua franca, hablar de aquí y de allá, hablar de lengua, DE PURA LENGUA.



NO HAY NADA NUEVO BAJO EL SOL, dice el conocido proverbio bíblico y, como siempre, es verdad. Como en el principio, el sol se pone y se levanta, el mar no se sale de sus límites, el universo continúa su marcha puntual sobre rieles de tiempo y espacio, la vida natural sigue su rutina orgánica de nacer, crecer, reproducirse y morir; nada se crea, nada se destruye, todo se transforma. Pero la vida espiritual nace, crece, se reproduce y trasciende. Desde aquellas alturas, no hay nada nuevo bajo el sol. Pero desde las nuestras, la observación individual pudiera, en apariencia, contradecir la verdad.

El poeta nos puede hacer ver cosas nuevas: “Es mar la noche negra, la nube es una concha, la luna es una perla”; el tiempo es “una mar sin fondo, de olas que son años”. Pero he aquí la contradicción: la novedad no está en lo que existe, sino en quien lo percibe. Hasta el cancionero popular conoce esa relatividad: “Hoy amanece y el sol tiene un raro esplendor; escucho el viento pasar, veo la luna brillar; al mismo cielo lo miro con otro color. Nada es nuevo, sólo que te conocí”.

De cualquier modo, desde nuestras humanas alturas, es difícil encontrar verdades absolutas. Por ejemplo, el orden de los factores sí altera el producto en un lenguaje natural como el español, en donde no es lo mismo “pura lengua” que “lengua pura”. PURA LENGUA es algo que no tiene realidad concreta, que se vuelve puras palabras, como los discursos políticos, los anuncios comerciales y las promesas de algunos enamorados. Por otra parte, la lengua pura no existe, y por lo tanto, tampoco la impura. Intentar gobernar nuestra conciencia lingüística sólo por

reglas es un afán imposible. Hasta el purista, tarde o temprano, debe atenerse a su propio criterio.

Por ejemplo, en un antiguo programa de radio, una vez se planteó este bonito problema: ¿cuál es la forma correcta, *osario*, de existencia histórica y de linaje latino, o *huesario*, más reciente, de linaje español? *Huesario* representa el cambio, la creatividad propia de la lengua; *osario*, la tradición. El problema no es gramatical, sino sentimental, y en ese terreno, no hay nada escrito.

Osario, en el panteón, es el lugar de los huesos viejos. Pero, en una bonita metáfora, el pueblo acude a los *huesarios* o *deshuesaderos*. Aquí, la nueva convención la ha establecido el pueblo que, como dice mi maestro Agustín Mateos: “Habla como quiere, y además, hace muy bien”. Y si no, que se atreva el purista a comprar sus refacciones de segunda mano en el *desosadero*. *Huesario*, pues, tiene mérito para entrar en la norma culta en su propio derecho, aunque todavía necesita obtener un importante visto bueno.

Si el pueblo vivifica la lengua con sus creaciones ¿a quién le corresponde darles el visto bueno? Ciertamente, no al partido de los puristas cuya opinión ya está comprometida de antemano. Ese privilegio le corresponde al PAPI (Partido Autónomo de Pensamiento Iconoclasta); al usuario de criterio propio, capaz de tomar decisiones congruentes con su intuición lingüística. En una palabra, le corresponde a quienes manejan la lengua, no a quienes la lengua maneja.

Yo por mi parte, le doy el visto bueno a *huesario*. Y NO DE PURA LENGUA.



HACE HONOR A SU NOMBRE, dicen de aquellos cuyos apelativos concuerdan con alguna de sus características físicas, psicológicas o emocionales. Así se dice, por ejemplo, si alguien se llama Margarita y es blanca como una perla (de las que no hay que echarles a los cerdos); Aurora, y es rubia como la mañana; Estela, y brilla como un lucero; Carmen, y es dulce como la poesía; Leticia, y es una fuente de gozo (como Leti, mi hija).

Un nombre debería ser un conglomerado de sonido, significado y connotaciones sociales; sin embargo, parece que en nuestros días ya casi nadie sabe, ni investiga, ni le interesa saber el significado de su nombre. “Que suene bien”, “que no sea nombre de galleta”, parecen decir los padres al imponerle nombres a sus hijos. Quieren que su nombre esté de moda, como lo estuvo Pío V; que suene a extranjero, como Erika o Jeannette; que esté en la familia, como Rosa, Ramón, Hiram, o Javier; que honre a alguna diosa, como Diana o Guadalupe; que implique alguna ideología, como Hiram y Cuauhtémoc. Y así por el estilo.

En la antigüedad, la imposición de un nombre era asunto solemne, pues el nombre confería dignidad, implicaba rango, o expresaba fervor religioso. Catalina, debería ser pura; Eulalia, bien hablada; Sofía, sabia; Eugenia, de buena familia; y así sucesivamente.

Muchos llegaron a pensar que en el nombre había algo intrínseco, esencial, que correspondía con el objeto nombrado; para muchos otros el nombre no era más que una etiqueta, hasta cierto punto accidental. Shakespeare sostenía que los nombres son convencionales, que no corresponden en esencia al

objeto nombrado; por eso decía que “*A rose, by any other name, would smell the same*”. Otros, con menor elegancia, dicen: “Lo mismo es Chana que Juana”.

En México, hubo un tiempo en que un padre de familia pasaba más tiempo escogiéndole nombre a su perro que a su hijo. Esa costumbre cesó cuando los padres pensaron por sí mismos, adquirieron libertad de conciencia, acabaron con la tiranía religiosa, y dejaron de aceptar el nombre del santoral ciega y automáticamente. Desde entonces le dan igual importancia al nombre de sus hijos que al de sus perros.

Entre los que le dan importancia al nombre está Jorge Luis Borges que dice:

Si (como el griego afirma en el Cratilo),
el nombre es arquetipo de la cosa,
en las letras de rosa está la rosa
y todo el Nilo en la palabra Nilo.
Y, hecho de consonantes y vocales,
habrá un terrible nombre que la esencia
cifre de Dios, y que la Omnipotencia
guarde en letras y sílabas cabales.

También le daba importancia a su nombre, Noemí (“mi deleite”), quien se renombró Mara (“amarga”), cuando su marido y luego dos de sus hijos murieron súbitamente. Ya no era deleite, sino amargura. Abram (“príncipe enaltecido”), marido de Sara —de noventa años y estéril de toda su vida—, se cambió de nombre cuando Jehová le prometió que sería Abraham (“padre de multitudes”). Hoy, hebreos y árabes se reconocen “hijos de Abraham”. Jacob (“impostor”) suplantó a su hermano hasta que después de una intensa lucha, Jehová le puso un nuevo nombre propio, Israel (“el que prevalece con Dios”). Mi amiga Soila Rosa Partida, hoy sólo se llama Soila Partida.

El que no quiere cambiar de nombre para nada es Pombo Trujeque, de la Villa de Tuspa. Dice que no hay en la lengua castellana mejor sonido, tan armonioso significado, ni tan preclara connotación como en su nombre. Pombo Trujeque, su padre, y Pombo Trujeque, su abuelo, no podrían estar más de acuerdo. Y su consenso es de corazón, no DE PURA LENGUA.

*Para Erika Íñiguez, de Camotlán,
paisana, amiga y alumna que redescubrió
ella solita el problema del nombre
que el griego afirma en el Cratilo.*



NO EN BALDE SE LLAMAN PUERCOS, dijo Pombo Trujeque, al observar la conducta de estos animales. Con opinión contraria, Shakespeare se pregunta: “What’s in a name? A rose by any other name would smell the same”. En otras palabras, el nombre no determina ni corresponde a la naturaleza de lo nombrado: la rosa olería a rosa aunque se llamara de otro modo. Pero Julieta Capuleto, que tenía la obligación de odiar a Romeo Montesco, sólo por su nombre apelativo, no tenía paciencia para cuestiones académicas y tomó al hombre, rechazando al nombre.

Opinar sobre Romeo y Julieta, o sobre cuestiones de amor y odio, es fácil; hay muchos expertos en odiar, y muchos que creen amar. Pero nuestro problema es de lengua, DE PURA LENGUA, y por lo tanto, es más difícil: ¿tienen los nombres algo que corresponda en esencia con el objeto nombrado, o son accidentales? Como suele suceder, a veces sí, y a veces no. No existe relación entre la palabra fruta y los objetos que nombra; pero el tic tac de un reloj, el chasquido de un beso, el balar de las ovejas, el cuchichear de las beatas, y el suspirar de los amantes, son sonidos que con aptitud representan los fenómenos descritos.

El nombre pudiera ser lo de menos, pero no siempre. Sonido, significado y connotaciones sociales dan hechura a un nombre. Entre Macaria y Catalina ¿quién, en su sano juicio, preferiría Macaria? Pero Macaria es buen nombre. Equivale a Beatriz (“beata o bienaventurada”). Son beatos o bienaventurados los de corazón puro, que ven a Dios (quizá esto explique su casi total invisibilidad). Como buena aspiración de la conciencia, Macario podría venirle bien a un arzobispo griego o a cualquier cristiano que lo mereciera.

Katharina o Catalina, del griego *katharos* quiere decir “pura” en el sentido de “mantenerse sin mancha del mundo”. Eran puros, los cátaros, cuyas enseñanzas (absoluta pureza de vida, repudio de los sacramentos, de la adoración de imágenes y de la jerarquía eclesiástica) ofendieron a los católicos y les valieron encarnizada persecución durante la Edad Media. Catalina es, además, un nombre ilustre, de reinas y de santas: se han llamado así dos emperatrices rusas, cuatro reinas de Inglaterra, dos eruditos españoles y una mártir cristiana pre-católica del siglo IV. Para el que tenga aspiraciones de santidad, parece buen nombre.

Pero no es así para los que le busquen tres pies al gato. Catarina también es el nombre de una playa californiana, de una marca comercial, de una prenda de vestir, de un insecto coleóptero, de la rueda dentada y de las espuelas, como la espuela sobre la que fue torturada Catalina —la mártir cristiana— en Alejandría, hacia el año 307, antes de que Constantino fundara por decreto la religión católica. También se llama así al excremento humano. Y esto no lo anoto ni por vagancia, ni por maldituría, ni por accidente. Viene de la misma raíz, *katharizo* (limpiar, purgar, purificar), de donde también se deriva *catarsis*, el otro famoso desahogo de nuestro tiempo.

Sonido, significado y connotaciones sociales le dan hechura a un nombre. *What's in a name?* Macaria, Catalina, Erika-Tomasa, Gladis-Petra. Pensándolo bien, ésta ya no es cuestión DE PURA LENGUA.



SI SONIDO, SIGNIFICADO Y CONNOTACIONES SOCIALES
Se dan hechura a un nombre ¿qué le da hechura a un hombre? Entre tamaño y crecimiento, el crecimiento, pues no se crece en tamaño, sino en la realización del potencial humano. Entre alma y espíritu, el espíritu, pues lo anímico o psicológico no distingue al hombre del animal. Entre lenguaje y habla, el habla, pues sólo el hombre desarrolla esta habilidad. No es la cantidad, sino la calidad lo que le da hechura al hombre.

Aun en cosas pequeñas es posible encontrar perfección. Una gota de mar es mar, un segundo de tiempo es tiempo, y un hálito de vida es vida. La flor es tan perfecta como el árbol, aun cuando dure un día y quepa en la palma de la mano. Un recién nacido es perfecto al nacer, perfecto cuando aprende a caminar, y así sucesivamente. De perfección en perfección se convierte en hombre, perfecto por lo menos en apariencia física. Pero si no desarrolla y trasciende su potencial humano, niño o adolescente se queda. No es pues el tamaño, sino el crecimiento lo que le da factura de hombre.

El espíritu también. Lo del alma o ánima, como su nombre lo indica, es lo animal del hombre, lo que otros seres almadados, animados o animales también tienen: pensamiento, propósito, emoción, sentimiento, voluntad, etcétera. Por eso se habla de psicología animal. Pero no es lo anímico, sino lo espiritual, lo que le da hechura al hombre.

Ningún niño de mi tiempo cruzaba solo el puente del Manrique de noche; pues por la calle Madero se aparecía, válgame la redundancia, un *ánima animal*, una cerda que cantaba: “Amor chiquito, aca-

bado de nacer. Eres mi encanto, eres todo mi querer”. Los muertos que no hacen ruido, las almas en pena, las ánimas lloronas y otros aparecidos, en Sayula y en otras partes del mundo, atosigan a los supersticiosos, cuyas almas son almejas, cuyos sentimientos espirituales son de niño, y cuya devoción está mal dirigida. La fe en estatuas, imágenes, magia, hechicería, suerte, destino, horóscopos, amuletos o números es un sentimiento espiritual de niño, y le da hechura al hombre-niño. Pero si el niño crece, deja las cosas de niño, y la superstición da paso al sentimiento espiritual adulto, cuyo objeto de devoción siempre es Dios. Lo espiritual adulto es divino, factor, fechor o facedor del hombre-hombre.

Finalmente, sólo el hombre habla. Los animales comunican significados por medio de lenguajes, pero sólo el hombre tiene lengua y habla. No todo lenguaje es lengua, ni todo mensaje comunicativo es habla. El soberano, divino, eterno, universal idioma de los ojos, no es lengua ni habla. Es lenguaje. El lenguaje del cuerpo comunica significados, pero sus posturas, movimientos y gestos no son lengua ni habla. La naturaleza, que algunos llamaron “el libro de las obras de Dios”, aunque muchos lean en él, no es lengua ni habla. Un recién nacido se comunica por medio del llanto y otras humedades, pero no habla. Y así sucesivamente. Aunque hay muchos lenguajes o medios de comunicación humanos y animales, sólo el hombre tiene lengua y habla.

Crecimiento, aliento espiritual y habla, le dan al hombre factura o hechura de hombre. Cuando habla un hombre así, no lo hace DE PURA LENGUA.



PALABRA DE REY no vuelve atrás, decían las fórmulas cortesananas en los arcaicos y obsoletos cuentos de hadas de mi niñez, allá cuando los abuelitos amarraban a los perros con longaniza y a los niños con tenmeacá; allá cuando los vagos preguntaban si “Paris-t en Francia” y no se había inventado la ropa interior visible, ni la televisión. Comprometidos por su palabra, y revividos por la de la abuelita, los reyes casaban a sus hijas con el primer pordiosero que pasaba, regalaban cabezas de apóstoles en charolas de plata, y destruían Troyas por amor o por honor. Sinceros, los donceles prometían regresar, y las doncellas esperar. El héroe daba en prenda su espada, el ciudadano su bigote, y el niño su palabra como “verdad de Dios”. Se decía que “la boca mentirosa incurre en tan torpe mengua que solamente en su lengua es la verdad sospechosa”.

Pero ésta no es una reflexión nostálgica sobre los tiempos que por pasados son siempre mejores; ni es una sugerencia para que los agiotistas, comerciantes y políticos atesoren bigotes en el banco; ni un reproche para los que dicen que sí, y no cumplen, o para las que dicen que no y acceden. Esto es un pasatiempo, y el tema es la palabra.

Dice la *Biblia*, con absoluta razón, que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. La palabra que Dios habla con la boca es fuego que consume, hace la luz, derrite corazones, convierte el alma, hace sabio al iletrado. La palabra de un hombre, si es hombre de palabra, es tan buena como la verdad de Dios; un hombre de honor, ni malgasta ni vende sus palabras; dice “sí” o dice “no”, y lo cumple; cuando empeña su palabra,

cualquiera se la toma, y cuando la suelta, no falta quien quiera beberla. En cambio, el hombre que no tiene palabra es hijo de la mentira.

Pero ¿quién vale y da valor, el hombre o la palabra? Si se piensa que son inseparables, piénsese dos veces. Una mentira tan clara como la de que la tierra se mueve, sólo es verdad por el testimonio científico. Para creerle a un hombre que dijera “siempre mento”, requeriríamos conocerlo. Si nunca mintiera, le diríamos mentiroso, pero si mintiera le creeríamos. En muchos casos, pues, el hombre hace la verdad.

Pero en la lengua hay circunstancias en las que no importa el hombre, sino la palabra *per se*. El alcohólico menos anónimo, el ladrón más reputado, el político más falaz, o el más grande pecador, pueden tener una palabra como la de Dios, que dice y se hace: un juez condena, y su sentencia se cumple, aunque sea corrupto; declara marido y mujer, y el matrimonio se hace, aunque él sea divorciado, *auto-viudo* o *barbazul*. Un funcionario clausura una ceremonia y clausurada queda; y si inaugura una obra, inaugurada queda, aunque no haya sido terminada. Y así sucesivamente. En filosofía y en lingüística, este tipo de sucesos y las palabras con las que se hacen suceder, se reconocen como parte de la lengua y se clasifican como palabras que hacen. En la Biblia se reconocen como la palabra eficaz de Dios. Ambas cumplen su cometido, pues no vuelven vacías. Y hablando de la palabra de Dios, digo que él siempre cumple lo que promete, que su palabra es verdadera. Y lo digo a secas porque Dios no necesita testimonio humano; su palabra no es como la de algunos hombres, DE PURA LENGUA.



GENIO Y FIGURA hasta la sepultura, prometen los que, rebeldes a la ley natural, no quisieran cambiar. Generalmente lo aplican a rasgos de su personalidad que consideran admirables: el carácter violento, berrinchudo y posesivo que usan para relacionarse con los demás; la tendencia al vino, las mujeres y el canto (o alcoholismo, enfermedad venérea y berrido); y cosas por el estilo con las que pretenden congraciarse.

Los que fueron educados en esas cualidades son reacios al cambio, que nadie les pide, excepto sus familiares que son los que los aman y los que directamente sufren la violencia, el berrinche, la posesión, el obnubilamiento alcohólico, la humillación y la desafinada voz de estos hijos de tigre que quieren seguir siendo reyes hasta que se les pinte la raya que no han de brincar. Son también renuentes los que ven algunos valores amenazados: la veneración a los padres, la modestia de las esposas, la normalidad sexual de los hijos, la tranquilidad de la provincia, el acceso libre a las playas, el uso gratuito de las carreteras, la pureza de la tuba dulce, y lo colimote en general. Y entre todo esto, entrañable y entrañada, está la lengua en la que aprendieron a decir “te quiero”.

El deseo de no cambiar también puede ser un anhelo de lo divino, de lo eterno, de Dios. El deseo de lo inmutable, de lo que es, ha sido y será; de lo que no tiene edad, nunca la ha tenido ni nunca la tendrá. Pero las cosas de este mundo son como el tamo que se lleva el viento, como la hierba que hoy es y mañana, en la fogata, deja de ser. Sólo el hombre agota su edad, abandona la dimensión espacio-temporal y accede a la eternidad. A partir de ahí, es, ha sido y será.

Pero las lenguas cambian. Tenemos que aprender esa verdad. Si hay apertura de lo cerrado, si se aspira al cambio político, y si hay modernización de lo anticuado, la lengua, que no es sistema cerrado, ni partido político ¿no habría de cambiar? En Colima, los *cabetes* y los *birotos* ya no se llaman así. El agua ya no *charpea*, los huaraches ya no tienen *garbancillos*, y los puercos ya no tragan en *batea*. ¿Morirá lo colimote con estas palabras? Ciertamente no. Sin embargo, la nostalgia es admisible, y la conservación deseable. Por eso, le agradecemos a Juan Carlos Reyes su *Diccionario de colimotismos* (editado por la Universidad de Colima en 1991), que conservamos en el corazón.

Del náhuatl, en Colima, sólo nos quedan recuerdos. Sobreviven palabras aisladas, y existen trabajos descriptivos que conservan parte de su fonología, gramática y vocabulario. Aprovecho para mencionar dos que son míos: *El significado de Colima y Toponimia y asimilación del náhuatl en Colima*.

El cambio es inevitable y hasta necesario. La lengua tiene que vivir. Pero esto no impide que los que se deleitan con sus antigüedades quieran conservarlas. Para todo hay lugar. El anticuario de la lengua come *birote*, y no se ata, sino se amarra los zapatos con *cabetes*. En su casa el agua *charpea*, pero no se confiesa el desabrido “te amo” de la televisión. Pide sus “cocos de cuchara”, y se los toma *a raiz*. Es hombre antiguo, *viejano*, de los de antes. Es colimote, *rodillón*, y no escribe DE PURA LENGUA.



NO EXISTEN ABSOLUTOS, dice la contundente frase que en sí misma niega lo que dice. “Todo es relativo”, dice Albert Einstein, quien murió buscando un absoluto, pues nunca pudo aceptar el desorden que sus teorías implicaban. Ya muchos habían desesperado de esa búsqueda, y hasta la sabiduría popular tenía la relatividad de todo lo que existe como concepto cotidiano. Pero Einstein, como tantos otros, deseaba encontrarle sentido al universo; no aceptaba que sólo fuera un juego de dados.

En Inglaterra, con gran admiración filósofos y científicos renacentistas le llamaron *Virago* a la más grande mujer de su tiempo, en un generoso intento de alabarla, haciéndola de igual calidad que el hombre. “Cerdos chauvinistas”, dirían hoy, en el mismo país, muchas mujeres que no alcanzaron el mismo grado de reconocimiento que ella. “Mejor perro”, dirían sus concurrentes en México, con una frase más cercana a nuestro corazón. Pero todo es relativo. Ser hombre es bueno, si vemos este asunto con buenos ojos; y si no, que le pregunten a Erich Fromm que lo explica desde el punto de vista humano en su libro *Y seréis como dioses* (1966).

En el lenguaje popular, el relativismo es el color de un cristal. Algunos ven *la vie en rose*; para otros, *Life is blue*. Para José Alfredo, la vida, de plano, “no vale nada”. Los que concuerdan, la dilapidan o la extinguen, como él; y los que discuerdan, la cuidan y preservan. Vida y muerte, entonces, son cristales de distinto color. El relativismo en lingüística se manifiesta en la creencia de que la lengua determina nuestra manera de percibir la realidad, las cosas que agrupamos, los colores que vemos, los parientes que tenemos; en suma, nuestra visión del mundo y de la

vida. Como quien dice, “todo es relativo”, según el color de la lengua con que se hable. A veces, tienen razón. La elegante dama de blanco que hace de las suyas en el Ballet de la Universidad de Colima, concuerda fielmente con la cultura mexicana en la que, por cuestiones de género gramatical, la muerte pertenece al sexo femenino. Su grácil contoneo es una manera de concebir la realidad, impuesta por la lengua sobre sus hablantes y hasta sobre sus artistas.

En la cultura anglosajona, la muerte tiene sexo masculino. Así se aprecia, por ejemplo, en la película *Macario (made in Mexico)*, que concuerda fielmente con la concepción anglosajona y, por causa del servilismo cultural de los realizadores, impone sobre el espectador mexicano otra manera de concebir la realidad, y quizás, otra manera de ser y de pensar. ¿No hará lo mismo la lengua extranjera con los que la aprenden, especialmente a temprana edad?

Todo es relativo, y no debemos exagerar ese riesgo. Por un lado, la lengua impone hasta donde el hombre dispone; tan es posible aprender a ver otra realidad y apropiarse de ella, como lo es adquirir conciencia de lo propio y de lo extraño para elegir. Por otra parte, también esto es relativo. Siendo lo mismo, el barbarismo, si es gringo es malinchismo, si es clásico, es cultura, y así por el estilo.

Y hablando del servilismo cultural de *Macario* (el libro), no tiene la culpa el gringo, sino el que lo hace compadre, pero hay que recordarles a esos admiradores de Bruno Traven que hasta el amor libre es dogal. ¿Estados Unidos Mexicanos?, ¿Estados Unidos, mexicanos?, ¿Estamos *hundidos*, mexicanos?, o ¿Estamos unidos, mexicanos? Pues que no sea relativo, que no sea DE PURA LENGUA.



CONÓCETE A TI MISMO, dice el buen consejo de quien, por propia confesión, sólo sabía que no sabía nada. Los lingüistas que se complacen en dar de brincos estando parejo el suelo, casi malvadamente reflexionan: “¿Qué, cómo y para qué?” Otros más felices sólo preguntan: “¿Qué, como?”, como si no más de pan viviera el hombre.

Para estos últimos, la cosa es sencilla. Como dice José Alfredo, la muchacha que ya está grandecita, ya conoce la vida, y ya sabe lo que hace, a veces se espera antes de darle el “sí” y el “cuando” al fogoso y retozón enamorado que le canta: “Quiero saber si me quieres; quiero saber desde cuándo. Quiero saber si te tengo, o te seguiré esperando”. Como quien dice, ella se espera a conocerlo, antes de que él la conozca. A veces no se espera, pero lo que hace, lo hace a sabiendas.

El lingüista que nació para tamal no es tan afortunado. Toma en serio a Sócrates, y por medio de la lengua y el lenguaje, trata de conocerse a sí mismo y a los demás. Su oficio es hacerse bolas y preguntarse por qué no es posible decir: “Sábetete a ti mismo”. Pero el enamorado, sin complicarse la existencia, reconoce que tanto él como su amada son de carne y hueso y busca en ella “sabor”; quiere saber a qué sabe, y tiene razón, pues saber es a sabor, como amar es a amor.

En el diccionario, “conocer” es averiguar, entender, comprender, percibir, suponer, conjeturar, confesar, juzgar, y tener ese más sabroso conocimiento, que es el carnal. Por su parte, “saber” es tener noticia, habilidad, sabor, ser docto o sagaz. Conocer, pues, implica actividad, mientras que saber implica estado.

En este sentido, conocer es un acto consumado o perfecto, que se realiza de una vez por todas, en un punto del tiempo, y cuyo resultado es el conocimiento. A partir de ese momento, ya no se puede conocer lo conocido, sólo reconocerlo o desconocerlo. En contraposición, saber no es un acto, sino un estado imperfecto, sin terminar. Por esa razón se puede conocer lo desconocido, pero sólo se sabe lo sabido.

A veces, saber y conocer coinciden, pueden usarse como sinónimos; conocer, que es actividad, es estar enterado de algo, que es estado; y al revés, como cuando se dice que se sabe ir a algún lado porque se conoce el camino o la dirección. También cuando se dice que el acto de conocer tiene como resultado el conocimiento llamado saber.

“El conocimiento envanece; el amor edifica”, dice San Pablo. El buen uso del conocimiento alcanza fama de sabiduría, y sin sabiduría, el sabio no es sabio, excepto en su propia opinión.

Cuando el enamorado fogoso y retozón se enfrenta con el lingüista que nació para tamal, el lingüista sale perdiendo y tiene que reconocer que la vida debe tener sabor, pues sabor es saber, saber es conocer, y conocer es amar. Y el amor es la sal de la vida. Como quien dice, el lingüista tiene que reconocer que, de lengua, cualquiera se come un taco, pero que no cualquiera es chile verde que le dé sabor al caldo. Y al desabrido, que lo salen, pero al lingüista, el que no lo conozca que lo compre. Y no lo digo DE PURA LENGUA.



DIME TUS *LAPSI LINGVAE* y te diré quién eres, podría haber sido el lema favorito de un famoso psicoanalista que creía posible descubrir motivaciones subconscientes y verdades en los errores lingüísticos. Pero volteándole el chirrión, podríamos pensar que sus explicaciones fueran producto de sus propias motivaciones subconscientes, las cuales harían necesario a otro psicoanalista cuyas propias motivaciones subconscientes... convertirían el asunto en un cuento de *nun cacabar*. El determinismo, como explicación de la conducta del hombre, es una posición interesante en la que el individuo no parece ser responsable de nada. El determinismo disculpa prejuicios lingüísticos, clasistas y racistas; pecados, actos vandálicos y criminales; hijos malcriados y hasta uno que otro hijo desobediente a quien, según la misma doctrina, desde la cuna otros lo comenzaron a condicionar para ser enterrado como Felipe, en tierra bruta, donde lo trille el ganado.

Son deterministas los que creen que irremediablemente la lengua condiciona la realidad que percibimos, las cosas que agrupamos, los colores que vemos, los parientes que tenemos, y en suma, nuestra visión del mundo y de la vida. Son deterministas los que le atribuyen a la lengua el poder de formar nuestra manera de ser, o los que identificando “el alma de las lenguas nacionales” dicen que una es la lengua del amor, otra la de los negocios, otra la de hablarle a Dios, etcétera. Con esto quieren dar a entender cuál es el rasgo más sobresaliente y admirable que la lengua impone sobre la nación correspondiente.

Como quien dice, creen ellos que en la lengua se encarna la propia manera de ser de la lengua, y que, por lo tanto, no es el hombre el que hace la len-

gua, sino la lengua la que hace al hombre; de donde, casi de todas sus culpas podrían echarle la culpa a la lengua o a cualquier otra cosa o persona con tal de no ser ellos los responsables. En consecuencia, a partir de Adán, ya a nadie le viene el saco, excepto a los que se declaran iconoclastas y libres de conciencia, como yo.

Hasta la misma lengua española parece ayudarnos a tirar la piedra y esconder la mano, como cuando se implica que “solos”, los dientes se pudren, los muebles se apolillan, los niños se ahogan, los enfermos se mueren, los hombres se enamoran, las *chupaletas* se derriten, y las *cuachalotadas* aiseván. El pronombre “se”, junto con la voz pasiva, el “quién sabe” y el “sabrás Dios”, nos permiten cerrar los ojos y ya no preguntarle al papelito colorado, ni al espejo de virtud, quién rompió los platos rotos. Simplemente, se rompieron, fueron rotos, “quién sabe”, “sabrás Dios”, “yo no fui, fue Teté”. O como dice el mexicano Pedro Infante: “Si te vienen a contar cositas malas de mí, manda a todos a volar, y diles que yo no fui”. Por eso, algunos desconfían de los que hablan lenguas extranjeras. Más práctico y feliz, dice el poeta: “¿Yo, aprender lenguas? ¿Para qué? Ni en broma. Para vivir me basta el castellano. Lo interesante del comercio humano se dice aquí, como en Berlín o en Roma”. Usted ¿qué cree?

¿Yustedecualeses? ¿Delosqueson, o delosquesiasen? ¿Manejustelenguaje, uelomanejusté? ¿Asiustelalengua, uellaluasiusté? ¿Esustecomosulengua, uellacomusté? ¿Se le salen las palabras, o las profiere usted? En este albur no hay carta mala. Entre determinismo y libertad, escoja libremente, si tiene libertad. No más no esconda la mano, ni luego se haga que la Virgen le habla. Al fin que estamos hablando DE PURA LENGUA.



• **ME ENTIENDES, MÉNDEZ**, o te explico, Federico?
Esta frase tiene arte. Sin ser poesía, es verso, y es muy notable su rima interna, como de eco, que le da interés y esa rara cualidad de ser memorable. Llena un espacio de la comunicación cotidiana; el que acaba de poner los puntos sobre las íes, nos ha leído la cartilla y ha dejado las cuentas claras, para aligerar el peso de su severidad, nos puede luego decir “¿Me entiendes, Méndez, o te explico, Federico?”

La frase nació en la vida real, de padre desconocido. El profesor Federico Méndez, que vende sombreros en la Madero, la usa con gusto, sin ser ni saber quién era el padre intelectual. Pero los que la hicieron, la usaron y la gozaron, es decir, sus padres materiales, permanecen anónimos, como corresponde a los que hacen la cultura popular. Son el pueblo, la masa, la colectividad. En ese sentido, la frase es producto de la lengua, a partir de un *lenguasuelta* individual.

Como en la vida real, también en la lengua, no es madre la que pare, sino la que cría. El padre de lo popular es un hijo del pueblo, como dice la canción: “Yo compongo mis canciones pa quel pueblo me las cante”, esto es, para que otro se las críe. Es como el poeta que, “como flechas, dispara sus canciones al aire, sin saber dónde ni con quién van a caer. Si después las encuentra en el corazón del pueblo, ha ganado un amigo”. El hijo del pueblo es, pues, un flechador del cielo. Pero el pueblo es el padre que cría.

Si la cultura popular se desarrolla y adquiere plenitud y universalidad, deviene cultura a secas: la superstición se convierte en el santo temor de Dios, la venganza, en justicia legal, la idolatría en mono-

teísmo, la brujería en herbolaria médica, la tradición, en técnica sistematizada científicamente, y el habla popular, en flor y canto, en literatura.

Es cultura popular la que el pueblo hace, no la que las instituciones le ofrecen como espectáculo. El espectáculo tiene su función, pero en la cultura popular, el pueblo es progenitor, no mero espectador. En esto hay que ser cuidadosos. Ya la vida moderna le ha ido quitando al pueblo la oportunidad de ser creativo, las instituciones no deben concurrir al mismo fin.

En cuestiones de lengua, esto es muy notorio. La educación, los medios comunicativos, el desarrollo tecnológico, los sucesos nacionales y mundiales, la metrópolis, y cosas por el estilo, le imponen su jerga al pueblo, y a veces, como dice la canción, hasta el *modito* de andar. El pueblo ya “no siente lo duro, sino lo tupido” de ese torrente lingüístico que mal alcanza a digerir. Sus frases, acendradas por generaciones, desaparecen, y su nueva invención ya no tiene tiempo de madurar.

Sin embargo, el pueblo se defiende alargando palabras rabonas, recortando palabras catrinas, vistiéndolo la mona de seda, y devolviéndole a la jerga ajena una sopa de su propio chocolate. Así, el revolucionario se convierte en *robolucionario*, el profesor en *pobresor*, la CTM en “se teme”, el SIDA en “sí da”, el FOBAPROA en ROBAPROA y el “Más de lo mismo” en “PAN con lo mismo” o en “Peor de lo mismo”. Y al preguntar: “¿Me entiendes, Méndez o te explico, Federico?” el pueblo realmente quiere poner los puntos sobre las íes, no pregunta de dientes para afuera, ni DE PURA LENGUA.



DE LENGUA ME COMO UN TACO, dicen algunos, como queriendo decir que lo que otro habla no es digno de crédito, que es puro cuento, pura lengua, puro blablablá. “Ver para creer”, dicen otros de corazón más generoso, concediendo el beneficio de la duda, pero condicionando su credulidad. “Las apariencias engañan”, contradicen los astutos, dando a entender que para ellos, lo visible, lo audible, y lo sensible en general, no es un criterio confiable de verdad.

Hablando de verdad, no **DE PURA LENGUA**, otros más sabios, al estilo y con la sinceridad de Poncio Pilatos, confiesan no conocerla, aunque la tengan enfrente. Y aunque sobre quién diga: “El Estado soy yo”, sólo los locos, los mentirosos, o Dios mismo se atreven a decir “Yo soy la verdad”. Y ante todo esto, dice el cínico apesadumbrado: “En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira. Todo es según el color del cristal con que se mira”. Y, sin pesadumbre, dice lo mismo el desvergonzado.

En el registro de la lengua, del pueblo y para el pueblo, queda entonces amplio testimonio de la preocupación humana por la verdad. Y por si de algo sirve la estadística, vale la pena que cada quien trate de darle significado a lo siguiente: en la lengua, la palabra “mentira” tiene más sinónimos o equivalentes contextuales que la palabra “verdad”.

La verdad es la verdad, y lo más cercano a la verdad es la realidad, lo perceptible, la cosa; aunque ya sabemos que hay quien piense que lo sensible no es totalmente digno de crédito. Sólo la verdad es fidedigna y sólo la verdad es verdad. En cambio, la mentira se disfraza de puro cuento; el autoengaño, de ilusión; la invención, de fantasía; lo imposible, de sueño, y así

sucesivamente. La mentira puede ser embuste, *chapuza*, *cachirul*, impostura, infundio, patraña, farsa, conseja, *hablilla*, fábula, borrego, falacia, falsedad, calumnia, chisme o teoría; también, con sumo descaro, mentira piadosa y, para terminar, y dicho sea sin saña, promesa política.

Esta estadística demuestra que el hombre conoce mejor y tiene más que ver con la mentira que con la verdad. Desde luego, quedo sujeto a cualquier contradicción individual, que de antemano acepto sin cuestionamiento. Pero en lo general, los que hacen la lengua parecen haber dejado registro de que la mentira tiene muchas más formas y puntos de vista, mientras que la verdad parece ser única, unívoca y uniforme.

Ahora bien, la verdad sólo preocupa en ciertas circunstancias de la vida real: “¿Me querrás toda la vida? ¿De veras soy el primero? ¿Cumplirá Fox sus promesas? ¿Están tiernitos los ejotes? ¿No están aguados los jitomates? ¿Seguro que ya no vuelves a matar a tu abuelita?”

Por otro lado, al novelista no hay que creerle. No por mentiroso, sino porque la vida que refleja en su obra, sin importar cuán verdadera sea, es ficticia por convención, y sobre aviso no hay engaño. El poeta nos dice: “Mentimos más de la cuenta por falta de fantasía; también la verdad se inventa”. El dramaturgo, aunque sea temporalmente, nos hace suspender nuestro juicio crítico y aceptar la ficción, es decir, mentirnos a nosotros mismos. El científico interpreta los hechos. ¿Y yo? Yo me doy el lujo de escribir

DE PURA LENGUA.



EL QUE POR SU GUSTO ES BUEY, hasta la coyunda lame, dicen algunos, como queriendo insultar a los dóciles, a los manejables, a los mansos de corazón. Pero si la coyunda se lame por gusto, no hay *bueyedad*. La lamen así, los que se enamoran, los que lloran por causa de alguna película en el cine, los que aceptan las proclamas políticas de moda, y los que creen en las panaceas, los embellecedores y las bondades de los productos que se anuncian en la televisión. Y se ríen de los que creen, sólo los que no saben. Más dignos de compasión son los que lamen la coyunda por necesidad. El poeta Ezra Pound los conocía muy bien, casi por nombre: el solitario y el insatisfecho, el de los nervios deshechos, el esclavo de las convenciones, el tiranizado por los faltos de imaginación, la ricachona que se muere de aburrimiento, los que engrosaron con la edad y ya no luchan contra su gordura, los matrimonios infelices, el que esconde sus fracasos, el inadecuado en amores, la esposa comprada, la viuda heredada a la familia, etcétera. Para ellos, Ezra Pound escribió una coyunda llamada “Comission”, que es parte de sus *Cantares*.

Ezra envía sus *Cantares* con la comisión de ir como una gran ola de agua refrescante y, solidarizándose con los oprimidos, manifestar su desprecio por los opresores, hablar contra las ataduras, caer como una peste sobre el aburrimiento del mundo, llevar el filo cortante, reforzar las cuerdas sutiles, y darle seguridad a las algas y a los tentáculos del alma. Envía su coyunda con amistad, con palabra franca, con anhelo de encontrar nuevas maldades y nueva bondad, y con la misión de luchar contra toda forma de opresión, de desafiar a la opinión pública, de romper la

atadura vegetal de la consanguinidad y todo dominio de muerte.

Así, con aire que sale de nariz y boca, y con sentimiento del que abunda en su corazón, construye su coyunda, el mensaje que nos hace darnos cuenta de la mucha miseria y de los muchos miserables que hay en el mundo. Más de un liberacionista puede encontrarse a sí mismo en esta lista tan convincente de víctimas y victimarios, y descubrir la viga en el ojo ajeno y la paja en el propio. Otros, quizá se conviertan a esa coyunda, al liberacionismo de sí mismos primero, y al de los demás, después. Ésa es la fuerza del viento y del sentimiento que sale del corazón. Es el poder del verbo, específicamente, de la palabra de Ezra Pound, convertido en profeta de sí mismo, o de otros como él, y en evangelista de sus propias ideas. No se puede menos que admirar la confianza que Pound se tuvo a sí mismo, y el fervor con que envía sus cantares como emisarios o misioneros para ser compañía del solitario, liberación del oprimido, satisfactor del necesitado, aliento del que la vida ha sofocado y, en una palabra, como una panacea para las enfermedades, la injusticia y la miseria del mundo. Otras coyundas o remedios —las religiones, las filosofías, los sistemas político-económicos del mundo— han fracasado. Habrá que ver si la de Pound (y otros liberacionistas) tiene éxito, y habrá que ver con quién. Podría ser con uno mismo. Dime qué coyunda lames y te diré quién eres.

En cuanto a mí, yo en el evangelio tengo mi coyunda, y la amo y lamo con gusto porque me da muy buenos resultados. Y no lo hago, ni lo digo DE PURA LENGUA.



DEL DICHO AL HECHO HAY MUCHO TRECHO, dicen algunos que creen que el hombre se acredita por lo que hace, no por lo que dice. Se aprecia al que promete y cumple, al que dice y hace, al que predica con el ejemplo, al que a la voz de ya, pone manos a la obra, al que no deja que sus palabras se las lleve el viento. Y se deprecia y se desprecia al que hace lo contrario. En esa concepción de la sabiduría popular, obras son amores. Pero hay que advertir que “No es lo mismo atrás que anancas”, ni es lo mismo “Hasta no ver no creer” que “Hasta no verte Jesús mío”.

La advertencia es necesaria (sólo para los que se aconsejan en esas hablillas) porque la sabiduría popular describe, pero no prescribe, o sea que funciona sólo en situaciones específicas concretas, como comentario de lo que se ve, no como confesión de lo que se espera. Por eso hay dichos contradictorios, que aprueban o desaprueban la misma conducta, según venga al caso.

Efectivamente, al dicho de que “Al que madruga Dios le ayuda” se opone el de “No por mucho madrugar amanece más temprano”. Y por eso, “Obras son —y no son— amores”.

Tratando de convencer a Pombo Trujeque, el sordo que no quiere oír, un amigo le cantó:

Para qué te haces tonto, si ya conoces la vida.

Si ya muy bien lo sabes que no hay

[esperanza cumplida.

Ya no cierres los ojos, no vuelvas la espalda.

La verdad ya la sabes, ya no puedes negarla.

Más de una prueba has tenido,

[ya no puedes ignorarla.

Tuviste la esperanza de que te quisiera.
Tuviste una mirada, tuviste una sonrisa,
[tuviste una caricia.
Y tuviste sospechas, y tuviste noticias
[de que te engañaba.
Hoy la has visto con otro.
Dime ¿ya qué te queda?
Más de una prueba has tenido de que tienes
[que olvidarla.

La moraleja es que el hombre es lobo del hombre; la conclusión es que las apariencias engañan, pues en giro de 90 grados, hemos llegado a miradas, sonrisas y caricias que son obras, pero no amores; y la lección es que aunque lo mismo sirven para decir verdad que para decir mentira, los dichos tienen una estructura semántica como la de la lengua misma:

Son antónimos o de significado opuesto los dichos “Obras son amores” y “Las apariencias engañan”. Son sinónimos, o de igual significado, “Genio y figura hasta la sepultura”, “Hijo de tigre, pintito”, y “De tal palo tal astilla”; así como “La mula no era arisca, la hicieron” y “El que se quema con leche, hasta al jocoque le sopla”. Pertenecen a un mismo campo semántico los dichos “El que anda con lobos a aullar se enseña”, “El que con niños se acuesta mojado se levanta”, “Dios los hace y ellos se juntan”, y “Dime con quién andas y te diré quién eres”.

En resumen, los dichos de la sabiduría popular tienen una estructura semántica que, como la del lenguaje mismo, vale la pena investigar y sistematizar. ¿Habría alguien buscando una bonita tesis de licenciatura? Le regalo la idea. Y si necesita, junto con el remedio le puedo dar el trapito.

Pero volviendo a la palabra y a la obra: es necesario que el hombre rescate su palabra. Sin obras,

el hombre se acredita por medio de credenciales, es decir, cartulinas firmadas por puestos organizativos, pues, como dicen, hay muchos hombres sin título y hay muchos títulos sin hombre. Pero sin palabra, no hay hombre que valga. El *despalabrado* es hombre DE PURA LENGUA.



MUJER QUE SABE LATÍN —decía Rosario Castellanos—, ni tiene marido, ni tiene buen fin. Seguramente sabía de lo que hablaba, pues, sabiendo latín, y en su cúspide política, murió con viejas cortaduras suicidas en las muñecas, sin darse cuenta cabal de lo que buscaba y sin haber encontrado ese lugar donde no hay esclavo ni libre, griego ni judío, varón ni mujer, sino que todos son un solo cuerpo y un solo espíritu.

Rosario se quejaba con razón de la actitud discriminatoria que como letrada y literata encontraba en las cosas del mundo, y en particular, en las de la cultura. Otras letradas y literatas han dicho, sentido y actuado de manera similar. Se suicidaron, Virginia Wolf, en el río Támesis; Antonieta Rivas Mercado y Violeta Parra, de un tiro en la cabeza.

En un encuentro de letradas, Elena Poniatowska dijo que la literatura es una profesión “bastante inocua”, pero los ejemplos que aquí he dado la contradicen, tanto como su afirmación de que “las mujeres que escriben son solteras o suicidas”. Es peligroso, pues, ser mujer y literata. Sin embargo, todo cabe en un jarrito, sabiéndolo acomodar, y el matrimonio, también es buena carrera para las literatas y para todo el mundo. Como en la literatura, lo que se necesita es vocación.

Pero la discriminación sexual contra las mujeres existe, y considera que “La mujer sólo es buena para el metate y para el petate”, como dice el dicho. Alfonso Reyes contaba que se había casado con una mujer alta para que le ayudara a bajar los libros que él no alcanzaba. Lo decía en broma, pero no falta quiénes pudieran tomarlo en serio. De cualquier modo, ¿acaso su mujer era gancho *guamuchilero*?

Para Elena Urrutia, hasta la estructura del idioma discrimina sexualmente. Por ejemplo, dice que en el *Diccionario de la Real Academia*, el femenino de “letrado” no es letrada, sino “esposa del letrado”. Tiene razón, pero ¿quién le manda ponerle atención a la Real Academia y no a la gente que hace la lengua? El pueblo también distingue, con o sin discriminación: “señora” y “señorita” distinguen o discriminan y enojan a las mujeres que no quieren andar proclamando su estatus anatómico; otros, ocultan su estado civil: “pareja” y “compañero”, ya no implican unión matrimonial.

Bajo estos eufemismos, muchas “queridas” y muchos “amasios” quedan ocultos y habilitados ante la sociedad. Y así sucesivamente. El pueblo sabe lo que hace aunque los letrados le saquen la vuelta al lenguaje del pueblo.

La discriminación sexual aparece en muchísimos lugares que duelen: desde la educación distintiva que niños y niñas justamente reciben en la casa paterna, hasta la contribución literaria de la mujer, pasando, desde luego, por el matrimonio.

Ante esa situación, es natural que las que se sienten afectadas se subleven, y luchan, a veces cayendo en actitudes idénticas a las que critican, y a veces deseando que el hombre sólo fuera bueno para el metate y para el petate.

La lucha pública y explícita contra la discriminación sexual es vieja y cambiante. En México, Antonieta Rivas Mercado propuso la diferencia sexual como bandera de lucha; en los Estados *Undidos*, la igualdad legal; y en ambos lugares, irónicamente, la igualdad en la conducta contra la que originalmente se luchaba.

En aquel lugar —sin esclavos ni libres— que Rosario, Virginia, Violeta y Antonieta no alcanzaron

a conocer, la igualdad es el estado natural. La lucha es necesaria sólo aquí, donde rifan *aguilillas*, y no gobiernan gavilanes, ni las naguas amarillas aunque les pongan *holanes*. Aunque a veces esto no sea más que DE PURA LENGUA.



GRANDOTAS AUNQUE ME PEGUEN, podría haber dicho Alfonso Reyes de su esposa, a quien en broma comparaba con un gancho guamuchilero. Si en España, “letrada” es la esposa del “letrado”, ¿qué término le aplican a la mujer cultivada? Aparte de letrada, no parece haberlo, porque literata es la mujer que se desempeña en la literatura, y no todas las mujeres doctas son literatas.

Letrada tiene que significar dos cosas: la mujer sabia, docta y literata que sabe latín y, además, la esposa del letrado. Hay un hueco en el sistema, hace falta componer ese defecto para que letrada no implique ser la esposa de nadie. El autor DE PURA LENGUA acepta propuestas.

Mucho indigna a muchas mujeres letradas que se las sitúe civilmente sólo en relación con el hombre. Hasta el idioma es culpable, dicen, cuando obliga a una mujer a mostrar su estado civil o anatómico por medio de los términos “señora” y “señorita”. En cambio, la palabra “señor” no tiene esas connotaciones. En este sentido, “señora” y “señorita” son palabras marcadas. También la edad puede dar estado de “señora”, pero muchas viejitas decentes desean ser llamadas “señoritas”, aunque nos cueste más trabajo.

Pretenden reivindicar su soltería, y más específicamente, su virginidad. Como son cuestiones delicadas, y para evitar esa confusión, el pueblo, que habla como quiere, y al hacerlo recrea el idioma, ha creado *seño*, un vocativo universal que no implica estado civil ni anatómico, y que, por lo tanto, no está marcado con un significado específico y puede servir para *tirias* y *troyanas*.

De aquellas mujeres que, como Sara y mi abuelita, hablaban de su cónyuge como “mi señor”, que-

dan muy pocas. Hoy, la mayoría los presenta como esposos, que también implica matrimonio y sumisión. Pero algunos comienzan a usar las palabras compañero y compañera porque no implican ni matrimonio ni sumisión, sino más bien, igualdad. De esa manera, disfrazando realidades, hombres y mujeres pueden presentar sin rubor a sus cónyuges, amantes, o compañeros sexuales del mismo o de diferente sexo, de planta, o de ocasión.

Hay otro uso que también indigna a muchas mujeres a las que siguiendo el ejemplo de un iletrado expresidente de México muchos políticos les dan cuerda: la palabra “señoras” indica ausencia de varones, mientras que la palabra “señores” puede referirse a un grupo de hombres, o de hombres y mujeres, con el agravante de que en su función vocativa, por deferencia al varón, debe usarse “señores” aun cuando sólo haya un hombre y las mujeres sean veinte. Otros más listos han resuelto el problema mediante el uso de términos no marcados sexualmente, como compatriotas. Pero a este locuaz expresidente no se le daba lo lingüístico y no fue capaz de encontrar un equivalente, un socio lingüístico, del vocativo “señores” cuando indica hombres y mujeres a la vez. Por eso, quiero hacer la siguiente propuesta:

Hay que llenar el hueco del sistema, con una palabra nueva o reciclada. Se necesita un término que signifique hombres y mujeres en un solo grupo, que no sea “señores”. Propongo “señoras”, y que me perdonen las “seños” o “señoritas”, y los machos que también quedarían incluidos. Esto es para emparejar. Por lo tanto, ésta es una exhortación a todos aquellos lectores de ambos sexos que ven con simpatía la lucha femenina contra la discriminación sexual.

Señoras: no tomen este asunto como si fuera
DE PURA LENGUA.



FUERA DE MÉXICO, TODO ES CUAUTITLÁN, solían decir en tiempos mejores algunos capitalinos para presumir de las amplias avenidas, los excelentes servicios, los bien surtidos comercios, las brillantes actividades y, en fin, la riqueza material, cultural y política de la gran ciudad que, en tiempos ya muy antiguos, fue amorosamente llamada *La región más transparente*.

Como siempre sucede, para presumir, hay que sumir a otros, y mientras más se exalte una cosa, más se rebaja otra. Por eso, los que se sentían sobajados (como dicen en Colima, remitiéndose a “bajar”, no a “sobar”), contestaban que mientras más se sube, más duele la caída. Y así ha sido hasta la fecha, desde la famosa Torre de Babel, hasta la otrora región más transparente, cuyo caso a todos ilustra, pero a ninguno alegra.

Este chauvinismo etnocentrista, la idea de que “nomás mis chicharrones truenan”, no es privilegio de capitalinos; también en San Juan hace aire. Por eso, en este concurso de méritos DE PURA LENGUA, unos proponen que sólo Veracruz es bello, y otros que Michoacán sí tiene de qué presumir. A veces, hasta se llega al berrinchudo y extremista arrebatado de los que nunca pierden y, como el sentimiento es nacional, al de los que proclaman que “como México no hay dos”.

En la misma línea, pero en renglón aparte, están los que, sin importarles la justicia o la injusticia, al grito de “*my country right or wrong*”, apoyan las bárbaras políticas de sus agresivos gobernantes como si en ellos encarnara la justicia, la bondad y todas las demás virtudes. Estos chauvinistas de rompe y rasga

son capaces de aprobar que sus aviones tiren bombas por dondequiera, o que sus bancos le arranquen a los demás países un ojo de la cara, o maten de hambre a millones. Y todavía se dan el lujo de advertir: “*My country: love it or leave it*”.

La verdad es que no es lo mismo gimnasia que magnesias, y que el amor a la patria es una cosa, y el nacionalismo ciego es otra. Este feo sentimiento, pariente del racismo y el nazismo, no tiene razón de ser: la belleza —dice un conocido apotegma estético— está en el ojo que ve, no en el objeto que se ve. Por eso se dice: “La suerte de la fea la bonita la desea”, “Nunca falta un roto para un descosido”, y “A cada quién su cada cuál”. De la misma manera, se ha dicho que lo que contamina al hombre procede del corazón del hombre, no de su exterior.

La lengua también tiene sus etnocentristas, sus puristas y sus chauvinistas. Generalmente, se ve en ella un depósito de lo más íntimo, noble y valioso del ser humano. El más famoso proponente de la idea de que la lengua encarna el alma de los pueblos fue Alexander von Humboldt, uno de los muchos viajeros extranjeros por Colima. Pero si este sentimiento se sale de madre, se dicen y se hacen cosas absurdas, como las comparaciones que indican que una es la lengua del amor, otra la del comercio, una más la de la oración, etcétera.

Habiéndole dado su corazón profesional al estudio de la lengua y el lenguaje, el lingüista que nació para tamal no está de acuerdo con este chauvinismo. Sabe que en ese sentido no hay diferencia entre lengua y lengua, y que proclamar la superioridad de una lengua sobre otra es una suprema tontería, es hablar DE PURA LENGUA.



HAZ PATRIA, MATA UN CHILANGO, dijo don Pablo González Casanova, toluqueño universal, cuando recibió el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Colima. Así protestan los provincianos, dijo, contra el centralismo gubernamental de México. Y, agrego yo, los que en ciertos lugares del país han creado el estereotipo de ese simpático personaje que todo lo sabe, todo lo tiene, y de todo tiene algo qué decir. En los últimos tiempos, la inerme provincia mexicana se ha visto enriquecida por una torrencial invasión de chilangos ilusionados por los ojos tapatíos, los camotes poblanos, las ardientes costañas, los mares de amabilidad, las palmeras borrachas de sol, los caminos reales, los llanos dorados, los lagos azules, las estrellas marineras y la transparencia y dulzura de los cielos que cobijan las tierras de los que sí tienen de qué presumir.

En otras palabras, el chilango llegó a la palurda provincia (que, dentro del mismo estereotipo se llama Cuautitlán), y sus refinados modales, su melodioso hablar, su singular vocabulario, sus acertadas críticas, sus francas y abundantes comparaciones, su superior conocimiento, y otras cualidades como éstas, de las cuales hizo buena gala, dieron mucho de qué hablar, y mucho qué desear, como se dijo al principio.

Más callados, llegaron también los repatriados, los que habiendo nacido en estos lares fueron a conquistar el Distrito Federal. Como lo del agua al agua, y lo del polvo al polvo, los de Colima volvieron a Colima. Volvieron a la amada provincia de sus añoranzas los *rodillones*, los *patasrajadas*, los *iguaneros*, los *chigüilinos*, los *villanos*, y así sucesivamente. Pron-

to redescubrieron los frescos ríos contaminados, los imponentes cerros deforestados, la variada fauna en peligro de extinción, y el mar de abuso de los acogedores comercios locales. Pronto también hubo epidemias de amibiasis *tubales*, tifoideas *tostádicas*, indigestiones *pozólicas*, fiebres palúdicas, baños calóricos y desvelos *mosquíticos*. Pero sobre todo, y mucho más lamentable, hubo una epidemia de aburrimiento nostálgico. Y así, chilangos y repatriados volvieron al Distrito Federal en tropel.

De los muchos que habían venido, sólo quedaron los que no eran ni chilangos ni repatriados; los que ya traían la vida amable, el ritmo apacible, el paso reposado, el contentamiento interno y otras cualidades afines que los hacían aptos para el estilo de vida de Colima, o de cualquier otro lugar.

Como la belleza está en el ojo que mira, y no en el objeto que se mira, éstos ya no viven viendo más verde el pasto de otros lugares, ya no ponen la mano en el arado y voltean para atrás, ni se pierden en la nostalgia perniciosa que embriaga, pero enerva y convierte en estatua de sal. En realidad, nunca fueron chilangos ni provincianos. Simplemente saben ser y son de donde están: de Colima, de México, del universo. Éstos no creen hacer patria matando un chilango; éstos hacen patria a la antigüita, teniendo hijos, sembrando árboles y escribiendo libros.

Así hace patria Pombo Trujeque, que presume de colimote universal. Como don Pablo, Pombito ya sembró un árbol y ya tuvo un hijo. Ojalá que cuando escriba un libro lo haga como don Pablo, que cuando escribe, no hace patria DE PURA LENGUA.



AQUÍ VINE PORQUE VINE, dice con agresivo juego de palabras un charro de a mentiritas en una película mexicana. Es de los que comenzaron a formar un estereotipo de mexicano que llegó a tener aceptación casi total en nuestro país. Sólo Vasconcelos, Ramos y otros como ellos preferían que por la raza hablara el espíritu. Sin embargo, el espíritu del hombre habla también en sus canciones, en su política, en sus religiones, y en su cultura general —incluyendo la guerra y el futbol (sin acento por favor, a la mexicana). En la ficticia pero ideal “Feria de las Flores”, con pistola al cinto, no era difícil dar consejo, ni había necesidad de pretextos para buscar la rosa huraña, aunque se enojara el jardinero. En un principio, el alcoholismo no era condición distintiva del charro. Pero con el tiempo, como muchas otras cosas inventadas, ésta también se echó a perder y acabó en el charro Infante que ya no busca la rosa huraña para convertirla en el amor de sus amores, sino que ahora se lleva a las mujeres más bonitas, y por donde pasa su caballo no queda ni una flor. Sólo los huesos de las frutas maduras que al paso tomó.

Este charro se emborracha en la cantina los domingos después de ir a misa, o en su casa, después del futbol; es el *sombrerudo* llorón, el irresponsable jugador y juerguista; el enamorado y castigador charrasqueado, el que come la fruta y tira el hueso a la primera señal de embarazo o de responsabilidad, al que le gusta enamorarse, pero no le gusta amar. Por algo es el muchacho alegre, el mexicano Infante que tantos quisieran ser. También en él habla el espíritu del hombre. Como que Vasconcelos no sabía lo que decía. ¿Será posible que se estuviera refiriendo a otro espíritu hasta ahora sin nombre? Nuestro

charro de película es un perro que ladra y no muerde, un adolescente que silba en la oscuridad para disfrazar su angustia o, como dijo Juana de Asbaje, un “niño que pone el coco y luego le tiene miedo”. Por eso le hace falta la botella de caña en la mano, las copitas, *copotas*, chiquitas, grandotas, que se toma *diunavezpatoduelañ*; y claro, la del estribo, pues antes de salir a ser “Juan sin Miedo”, se piensa seriamente emborrachar.

Este charro se puede montar en las cuotas de los bueyes sindicalizados y hasta en el caballo de la ahora maltrecha Revolución a la que los malos priístas hicieron que se apeara. Si es sureño grita ¡Viva Zapata *jijosdelmaiz!*, al fin que Zapata está de moda entre los izquierdistas de a mentiritas. Eso sí, la noche en que lo asesinen, vendrá de ver a su amada y lo agarrarán a la mala, sin darle tiempo de nada, porque al fin y al cabo, él no atiende razones andando en la borrachera. También éste es el espíritu del hombre.

Por eso, el churro mexicano, con ayuda de tres o cuatro extranjeros, se hizo su charro mexicano. Sin saberlo, se pone los huaraches, el calzón de manta, la chamarra de cuero, el bigote en cuadro abultado y el charrasco en la mejilla, o la ametralladora al hombro, y ladeándose el sombrero, sale a cautivar a los muchachos que buscan un héroe a la altura del arte, aunque estos muchachos no busquen un joven abuelo, ni un sabio Nezahualcóyotl, que intuyó la existencia del Dios verdadero. En realidad quieren un héroe cinematográfico a la altura de su chaparro espíritu, que todavía sigue hablando y echando guacos a pesar de la mordaza vasconceliana. ¿No habrá quién proteste contra estos charros? Pero que no sea DE PURA LENGUA.



A VEINTE, contestaban los niños de mis tiempos al más terrible insulto que se les podía hacer, el de su madre. Cuando era en serio, y el honor del insultado estaba en entredicho, había que recoger el guante y decir “A veinte” so pena de valer, precisa y únicamente, lo que se quería defender.

No siendo experto en la materia —aunque no presumo de santurrón, sino de santificado—, desconozco a qué equivale esta terrible frasecita, y por qué los niños de mis tiempos (que jugaban al trompo en el Jardín Núñez, hacían zumbas con *corcholatas*, se iban de pinta a “La Bombita”, a la “Presa de Gamiochipi”, o a los “Baños del Jordán”) la encontraban tan insultante. Hoy que ya no me muevo entre niños (ni adultos) malhablados, no sé si la frasecita todavía se usa o es tan insultante como antes. Muchas cosas han cambiado. La traigo a colación, no por su sentido *insultativo*, sino por su sentido adverbial, es decir, por ser complemento o modificador del verbo cuando digo: “Llegamos a veinte”, con lo cual quiero decir que ésta es la escritura número veinte de *Pasatiempos* DE PURA LENGUA, o vigésima, como la zona militar, y no veinteava, como si fuera una de veinte partes.

Trabajosamente contruidos, estos pasatiempos DE PURA LENGUA me han sido cárcel y cama, los lugares donde se conoce a los amigos. En una rápida encuesta, he llegado a la hipótesis de que posiblemente sólo las lea un amigo que me lo ha dicho por escrito, y algún enemigo, si lo hubiera. Pero como creo no tener enemigos, es difícil contestar quiénes somos los que llegamos a veinte. Sin embargo, a mí también, como al hombre honrado en su casa, en el *Ecos* me conocen, especialmente mi des-corrector de

estilo. De especial interés me parecen dos des-corrcciones en las que logró cambiarle totalmente el sentido a lo que yo había querido decir. Yo dije “El lingüista que nació para tamal...”, pero en la des-corrcción la frase original acabó en: “El lingüista, que nació para tamal...” como si todos los lingüistas hubieran nacido para tamal, lo cual desde luego, niego, aunque algunos hayan nacido para papas y hayan resultado camotes. Cuán importante puede resultar una simple coma.

En el segundo caso, hablando de los efectos que sobre la identidad nacional pudiera causar el aprendizaje de un idioma extranjero a edades tempranas, daba el ejemplo de *Macario*, una película *made in Mexico* por mexicanos, en la que a sus realizadores no les importó ir contra la cultura mexicana, en la que se representa a la muerte con personajes femeninos, no como en inglés o en *Macario*, donde la muerte aparece como personaje masculino. Esto es un atentado que, en un número anterior, me hizo preguntar si somos mexicanos o qué; y hasta dónde influye la cultura gringa sobre la mexicana. Por eso, DE PURA LENGUA preguntaba: ¿Estados Unidos Mexicanos? ¿Estados Unidos, mexicanos? ¿Estamos hundidos o estamos unidos, mexicanos? Mi des-corrector des-corrigió mis preguntas y dio al traste con las opciones que aquí acabo de presentar, ya des-des-corrregidas.

A veinte, pues, llegamos. Durante veinte semanas, como era mi propósito, he hablado de coles y de reyes, de la vida y de la muerte, de lo profano y de lo divino. En lengua franca, he hablado y seguiré hablando de aquí y de allá, de tú y de usted. Y a veces sí, y a veces no, será DE PURA LENGUA.



NOMÁS CUANDO ME RÍO, contestan los machos de película poco antes de expirar, cuando se les pregunta si les duele. Esto es así porque, en el código de urbanidad de esa caricatura de hombre mexicano, los hombres no lloran, el dolor les hace lo que el viento a Juárez, y las calaveras nomás les pelan los dientes. Pero esa caricatura cinematográfica exagera, deforma y expone al ridículo un rasgo humano muy extendido, a saber, el de la morigeración, empequeñecimiento, o de plano ocultamiento del propio dolor.

Ese rasgo, por supuesto, no es exclusivamente mexicano. Entre nosotros, “los hombres no lloran”, don Benito es “Juárez el Impasible”, y Cuauhtémoc eternamente contesta: “¿Acaso estoy en un lecho de rosas?” En otras partes del mundo, los niños ingleses aprenden la impassibilidad facial o *stiff upper lip*, mientras que en el mundo de la farándula gringa “la función debe continuar”, y en la ópera italiana “el payaso debe reír”. En casos en los que la morigeración, u ocultamiento del dolor es imposible, se permite una expresión *emparvecida*, minimizada o empequeñecida. Por eso se dice que “Hay muertos que no hacen ruido”, y aunque muchos mueren y ni pío dicen, también de dolor se canta; y por eso, muchos borrachines tratan de ahogar penas que saben nadar. Todos ellos disfrazan su dolor y recrean el lenguaje. Las mujeres no están exentas de esta etiqueta del dolor. El gran Nezahualcóyotl, que intuyó al Dios desconocido de los atenienses, hacía este encargo: “Madre mía, cuando me muera, entiérrame junto a tu hoguera. Y cuando vayas a hacer tus tortillas, ahí llora por mí. Y si alguien te pregunta, madre mía, ¿por qué

lloras?, responde: La leña está muy verde, y el humo me hace llorar”. El poeta contemporáneo aprovecha al precolombino y adapta su frase a nuestros esclavizados tiempos: “¿Lágrimas? Vaya, de veras. Pero no son de dolor. Es el humo del cigarro que me está haciendo llorar”.

El propósito de la morigeración, *parvificación*, empequeñecimiento y ocultación de las expresiones de dolor es el de evitar que llueva sobre mojado. La lástima lastima, de ahí que se evite la alharaca y se aprecie la sutileza. A la hora de la cena, a una mamá se le olvidó servirle a uno de sus numerosos hijos. Él, por no pedir, que es grave desacato en los mozuelos, estábase muerto de hambre. El gato maulló, con ingenio de adulto, y dijo el mozuelo: “Zape. ¿De qué me pides los huesos, si aún no me han dado la carne?”

La caricatura no es sutil, y el rasgo humano que estamos examinando exige sutileza. Un diccionario dice que a esta actitud se le llama “moderación exagerada”, lo cual, desde luego, es una frase intrínsecamente contradictoria, así como la actitud que estamos examinando lo es. La moderación exagerada es la hipérbole abatida, el bullicio silencioso, la puesta del huevo sin cacareo. Si fuera más común esta actitud entre nosotros, no sería tan difícil de explicar. Aunque esto puede ser exagerado, lo digo con la debida morigeración.

Nuestro léxico contemporáneo tiene ese hueco, pero la actitud está ahí, gobernando nuestra conducta. Cuando una creencia no gobierna nuestra conducta es una creencia que no vale nada. Pero cuando la gobierna hay que respetarla, venga de quien venga. Y ese respeto no debe ser DE PURA LENGUA.



ANA, TU NOMBRE significa “gracia” y es un palíndromo como anilina (el líquido para teñir), o como “Anita lava la tina”, que nos enseñó el profesor Yoyo, allá en nuestros días escolares en Coquimatlán. Finísimo de modales, quieto y callado, nunca hubiera querido que su vida fuera como un palíndromo, que tiene el mismo sentido en cualquier dirección. Hoy, que con el debido permiso de tu papá, con el regocijo de tu mamá, y en la compañía de Josué, Abraham, Pablo y Daniel cumplés quince años, todos los que te conocemos y queremos, te celebramos, y yo me acuerdo de mi antiguo profesor.

La vida no es palíndromo, como “dábale arroz a la zorra el abad” o como “somos seres sosos”. La vida tampoco es capicúa como “1881” o “1961”. Tu nombre es un palíndromo, pero la vida no. En estas figuras simétricas no hay contradicción de sentido, pero en la vida real la bondad se opone a la maldad, la rectitud a la perversión, la verdad a la mentira, la belleza a la fealdad, la santidad al pecado y la libertad a la opresión. Y “No es lo mismo atrás que *anan-cas*”, ni “Lo mismo es Juana que Chana”.

Tarde se dio cuenta de esta realidad la duquesa Ana de Cleves, que prefirió creer que una mentirita no importaba. Su única disculpa es que, en 1540, a los 25 años de edad, ya era una solterona.

Cuando otros más nangos que ella se la propusieron como esposa al rey Enrique VIII, de Inglaterra, él pidió su retrato, y satisfecho de la hermosura que vio gracias a la habilidad del pintor Hans Holbein, se casó con ella por poder. Pero cuando la novia-reina de Inglaterra llegó de Alemania, su retrato y ella no se parecían; y Enrique ya no quiso ni conocerla, y así, sin consumarlo, mandó anular el cuarto de los

seis matrimonios que le han dado fama universal. Y en algunos lugares, cierta popularidad.

Por olvido, yo ya no sé lo que es pensar como los jóvenes de quince años de edad, pero tú eres experta en juventud, y estoy dispuesto a escucharte. Tú no eres como Ana de Cleves. Tú no has aprendido a pensar que en la vida lo mismo es Chana que Juana, y entre virtud y defecto siempre has escogido virtud. Tu maestra ha sido una mujer devota y anhelosa del Señor, que ha sido tu mejor ejemplo (ojalá algún día tengas el de Jesús mismo). Y estoy seguro de que si la sabes cuidar, esa semilla que ella plantó dará fruto. Tampoco has sido como Poncio Pilatos, que presumía de filósofo y que como todo filósofo acabó confesando que no conocía la verdad. Prefirió creer que la vida era un mandala, y guiándose por su conocimiento intelectual rechazó la sabiduría de su propio corazón y permitió que el Salvador fuera crucificado. Se pudo lavar las manos, pero la culpa no se la pudo quitar. Como Poncio Pilatos, todos tenemos conocimiento, pero nos envanecemos porque no tenemos gracia en el corazón, como tú en tu nombre. Pero donde el conocimiento envanece, el amor construye, y hay un solo principio de sabiduría que tú conoces muy bien: el temor de Jehová.

Añade, pues, a tu gracia, fe; a tu fe, virtud; a tu virtud, conocimiento; a tu conocimiento, dominio propio; a tu dominio propio, paciencia; a tu paciencia, piedad; a tu piedad, amor fraternal; y a tu amor fraternal, el amor de Dios.

Estas son las cosas que nadie te puede prohibir, pues contra ellas no hay ley. Vivir así, es verdadera libertad, lo contrario es prisión.

Por lo que eres, por lo que puedes llegar a ser, y por lo que serás, felicidades, Ana. Te las deseo de corazón, NO DE PURA LENGUA.



MI PRIMO BETO CÁRDENAS se queja de Pombo Trujeque. Cero y van tres. Ya son tres los que confiesan que leen estos pasatiempos DE PURA LENGUA, aunque Beto es el primero que se queja. Y es que para que la cuña apriete debe ser del mismo palo. Me consta, porque hago encuestas, que excepto por estos tres, a nadie parecen interesarle las cuestiones lingüísticas, antropológicas, filosóficas, religiosas, históricas, científicas, culturales, cotidianas o personales que normalmente señalo en estos *Pasatiempos*. Con su gran experiencia, ya Pepe Levy me lo había advertido: “La mitad de la gente no te va a entender, y la otra mitad no te va a leer”. Yo no quise hacerle caso, pero cuando pregunto si leen DE PURA LENGUA, casi todos de pura lengua me dicen que sí.

Encima de todo esto, mi primo Beto se queja de Pombo. Se da por supuesto que tomo en cuenta su opinión, no sólo porque sea mi primo, sino porque es mi costumbre hacerlo así con todos. Pero la opinión de Beto, que en su bonita oficina planea, organiza y hace realizar con mucho éxito una gran parte de las actividades deportivas de la Universidad de Colima, tenía que tomarla especialmente en cuenta. Dice que qué bueno que escribí esos *Pasatiempos* sobre hombres libres, que ahí se nota algo de investigación, pero ya le cae gordo Pombo Trujeque. Y es que mi primo Beto es realista, lo imaginario no es harina de su costal. Pero es ahí donde se equivoca, pues Pombo es un ser alegórico, no imaginario; por lo tanto, es real. El hecho de que Beto no lo conozca no lo hace menos real. Tampoco conoce a Violet, mi mejor amiga, pero no por eso va a decir que Violet no existe. Si tuviera razón, tendría que decir que puesto que

no conoce a Dios, Dios no existe; y todos los que no conocen a Dios tendrían que decir lo mismo. En fin, aquí le mando unos datos.

Nacido en la muy honorable Villa de Tuspa, Pombo se metió a la política, y yo narré sus andanzas en tanto duró la campaña. Hoy se congrega el colegio electoral que calificará la elección, pero todo mundo sabe que él es el triunfador, y que lo demás es cuestión de trámite. Pombo es un caso raro. Ganó la campaña, aunque se lanzó como independiente, o mejor dicho, como candidato de unidad del PAPI, partido que él solito inventó, y del cual es presidente, fundador y único miembro. Ganó por votación masiva en su favor, a pesar de tener como oponente a Carlos. En ese sentido, podemos decir que a Pombo le fue mejor que a Sancho, el otro personaje alegórico que también quería ser gobernador, pues mientras Sancho nunca llegó a gobernar ninguna ínsula, Pombo, si no renuncia antes de tomar posesión, llegará a ser el primer villano de Tuspa.

Pero en fin, que me perdone Beto. Mi intención no era escribir sobre Pombo Trujeque, sino comunicarles a mis tres lectores confesos que siempre los tomo en cuenta, y mi agradecimiento por la molestia que se toman no ES DE PURA LENGUA.



NO SÉ POR QUÉ, no sé por qué me enamoré de ti, cantaba Julio Jaramillo con voz dulzona y feminoide, lamentándose de que hubiera sido “sin conocerte siquiera, sin saber lo que eras”. A los 24 años de casado, yo sí sé por qué me enamoré de Elenita, el primer lunes de marzo a las 16:45 horas, en uno de los salones de la antigua y venerable Escuela Normal Superior de México, en la calle Fresno.

Thomas Hardy, famoso novelista y poeta inglés, también sabía por qué se enamoran los que se enamoran. En uno de sus cuentos habla de un joven predicador que llega por primera vez a su parroquia sin que nadie haga nada por recibirlo dignamente. Pero este predicador, dice Hardy, era interesante en su persona; de ojos cariñosos, pero sin ligereza; de pelo rizado y alta estatura; y en cuanto lo vieron, oyeron (y codiciaron, me supongo), se ganó a las mujeres de su parroquia y las hizo pensar que qué lástima que no lo hubieran conocido antes para darle una más cálida bienvenida. Luego, el joven predicador conoce a la no menos joven heroína, ve en ella una mujer fina y muy bien hecha, de pelo oscuro, frente ancha, sensitiva y hermosa, ojos que le quitan el frío sin que uno se dé cuenta cómo, y —como dijo mi alumno Boro, hoy el licenciado Rodolfo Velázquez, egresado de la Escuela de Lenguas de la Universidad de Colima— “con una boca como para ponerla en un cuadro”.

Eso me pasó a mí también cuando vi a Elenita, mi esposa desde 1967. Es la atracción física, la simpatía entrañable que causa un querer sin saber por qué. Es el sentimiento que los antiguos griegos llamaban *eros*, nosotros llamamos enamoramiento, y nuestros primeros abuelos llamaban *enchincualamiento*, nahuatlismo que describe más gráfica y acer-

tadamente el origen y asiento de esta atracción sexual. Este amor a primera vista, a veces termina en matrimonio, a veces en aborto, a veces en obra literaria, y a veces en canción despechada, como la de Julio Jaramillo.

Para que no termine mal, le hace falta al *enchainamiento*, además del *eros*, ese otro sentimiento o simpatía que nace de la convivencia diaria, de la vida compartida, del conocimiento mutuo verdadero, de la comunión de intereses y propósitos, de la intimidad, del consuelo y compañerismo entre dos, y nadie más que dos. Los griegos lo llamaban *filos*, o amor filial o fraternal, nosotros lo llamamos amor, y le escribimos canciones más conocedoras, exaltadas, proféticas y afortunadas que las de Julio Jaramillo.

Pero para que el *filos*, o amor humano, dure hasta la muerte, hace falta lo que también los griegos llamaban *ágape*, o amor divino. San Pedro, verdadero experto, lo recomendaba así: “Entrega, con tu fe, virtud; con tu virtud, conocimiento; con tu conocimiento, dominio propio; con tu dominio, afecto fraternal (*filos*); y con tu afecto fraternal, el amor de Dios (*ágape*)”, al que hoy podemos llamar simplemente amor cristiano. San Pablo, también experto, lo recomendaba así: “El amor es paciente y benigno, no tiene envidia, no es presumido ni vanidoso, no se irrita ni guarda rencor, no piensa mal”. Éste es el amor con el que Dios ama, y es el amor que cuando está en el corazón humano puede amar como Dios manda. El que ama con el amor de Dios, puede decirle a su cónyuge lo que el santo Job le dijo a Dios: “Aunque me mates, en ti confiaré”. Shakespeare dice que por encima de las tempestades, pero sin naufragar, y a través del tiempo, pero sin sucumbir, el alma sincera se guía por el amor, porque sabe lo que vale, aunque no sepa lo que mide.

Y aunque ha habido tempestades, las haya o siga habiendo, desde que también hay *ágape*, o amor cristiano, entre Elenita y yo, aunque me mate confiaré en ella. Y no lo digo DE PURA LENGUA.



• **DÓNDE IRÁ SOLA TERESA**, por la senda que atraviesa los barbechos, dónde irá?, pregunta eternamente José Ma. Pemán, poeta de aquellos tiempos en los que la poesía contaba bonitos cuentos para ilustrar cosas de la vida real.

¿Qué tendrá que así suspira, qué tendrá que apenas mira las aradas, qué tendrá? Su madre ayer le decía: —Hija, que no es mediodía ¿no ves el sol en la torre? —Madre, ¿el sol no se equivoca? —Jesús, qué cosa tan loca de muchacha. Corre, vuela. Y alegre y ligera vino por ese mismo camino que parte en dos el barbecho.

Casi de la misma manera se preguntan los que conocen a Leti, mi hija menor, cuando se enteran de que en julio de 1990 salió para pasar un año en Inglaterra. Como Teresa la de Pemán, “llevaba luz en los ojos, risas en los labios rojos, gozos en el alto pecho”. Del saber que el mundo llama “conocimiento”, iba más o menos provista para su edad y grado escolar. El saber que ella buscaba era el que llaman conocimiento del mundo y de la vida, y el que yo deseaba que encontrara era más bien el que Dios llama “temor de Dios”, o “sabiduría” o, digo yo, buen uso del conocimiento. Como polluelo que el águila tira al abismo para que aprenda a volar, salió Leticia del nido, de la mamá elefanta que le compone versos, de los hermanos que la admiran en secreto (pero ninguno si le preguntan confesará), y del padre tirano y medieval que le tocó tener, el que entre todos los padres del mundo es el que más la quiere.

Desde que se fue, con más esperanza de longevidad suspiran aliviados los cacharros de la cocina. Pero la extrañan, su abuelita en México, y las cu-

carachas en su recámara, que como enamoradas anhelan otra vez comer de la migaja caída de su boca. La esperan a su regreso, una gata descalza llamada Brenda, un perro angloparlante llamado Phaedro, y el quehacer cotidiano que tiene de tarea hasta que le guste hacerlo. Después de un año de ausencia, Pombo Trujeque sugiere que, para que no los confunda, hay que recordarle que aunque los tres son negros como el ala del cuervo, el perro se distingue en que tiene una mancha blanca en el pecho, la gata en que tiene gatitos cada seis meses, y el quehacer, en que nunca se acaba.

Cuando vuelva, ya no seremos los mismos. Con un paréntesis de un año, seremos como el río, que pasa por el pueblo sin irse y sin volver, y como el recuerdo de lo que fuimos, sobrepuesto sobre lo que somos hoy. Tampoco ella será la misma. Sobre su pelo se habrán posado las manos, sobre su rostro, los labios, y a su alrededor, la habrán ceñido los brazos de los hermanos, a quienes amamos; y por causa de ellos, nos será más querida, más preciosa, y más amable. Y si ha crecido, no le hace. Habrá más Leticia a quién querer.

Cuando regrese, Phaedro llorará de alegría y yo menearé la cola. Seremos como los que sueñan, la veremos y no lo podremos creer. Nuestra boca se llenará de risa y nuestros labios de alabanza, y diremos: “Gracias a Dios”. Mandaremos sacar el mejor vestido, y ponerle anillo en la mano y calzado en los pies. Mandaremos matar el becerro gordo, y diremos: “Era necesario hacer fiesta y regocijarnos, pues esta hija estaba muerta y ha vuelto a vivir, se había perdido y ha sido encontrada”.

Y esa fiesta será en el palacio que vale, el corazón, en donde nada es DE PURA LENGUA.



ES UN MACHITO, dijo con satisfacción el doctor Javier Martínez Pacheco, hace ya muchos años cuando vio los testigos o señales de Javier, mi hijo mayor. Como mucha gente buena, habló con conocimiento, pero sin sabiduría, pues el chiste del hombre no está en ser macho, sino en ser hombre. Como dijo el hermano John Milton, famoso poeta puritano autor de *Paradise Lost*: “Un hombre no se hace hombre creciendo como árbol, pues la esencia del hombre no está en su tamaño, sino en su madurez”. Hoy, para dialogar con hombres y hembras, pero sobre todo con Javier, me vale la pena preguntar: Madurar, ¿para qué?

Hasta donde podemos ver, los vegetales maduran para la conservación de sus propias especies; los animales, además, maduran psicológicamente. Esta maduración cumple una teleología o finalidad natural, que sólo se altera cuando el hombre impone sobre otros, una teleología que tiene que ver con su posible utilidad, alimenticia o laboral. Aunque no se dan cuenta, esa posible utilidad los vuelve más valiosos, más deseables, más dignos de estimación y cuidado a los ojos del hombre.

El hombre madura también en su potencial físico y psicológico, tanto para la conservación de su especie, como para la expresión de su psicología, es decir, de sus emociones, de su intelecto y de su voluntad, por medio de la religión, el arte, la filosofía, la tecnología y la ciencia. Pero si estos logros sólo expresan el potencial humano natural, el hombre es como cualquier nopal y no se distingue en nada, de chivos y mulas y uno que otro viejo buey (como dice la canción). A la madurez del hombre ¿quién le pone pro-

pósito por encima del hombre? Otro hombre, ciertamente no. ¿A los ojos de quién puede el hombre ser más valioso, más deseable, más digno de estimación y cuidado? A los de otro hombre, ciertamente no.

Si por su capacidad psicológica el animal es superior al vegetal, ¿en qué puede consistir la superioridad del hombre sobre el animal? En su psicología, ciertamente no, pues la psicología humana sólo cuantitativamente es superior a la animal, tanto en la posesión como en la expresión de sentimientos, pensamientos, emociones y voluntad. La diferencia cualitativa entre hombre y animal consiste, por una parte, en la conciencia de que para él también debe haber un propósito superior impuesto sobre el hombre, no por otro hombre; y por la otra, en la búsqueda, descubrimiento y acatamiento de ese propósito superior. De ahí las religiones y otros sustitutos.

Cuando Javier Carlos nació, a él y a mí nos tocó ser primerizos y aprender juntos nuestros respectivos papeles. Juntos tuvimos nuestra primera canción de cuna, nuestra primera nalgada, nuestra primera decisión de vida o muerte. Hoy, que ya está maduro para su finalidad natural, sólo me cabe desearle que también madure para su finalidad espiritual.

Como desde hace veintiún años, le recuerdo que, duradero hasta este día, fue un placer haberlo hecho en compañía de su madre; y también lo que le he dicho durante todo ese tiempo: “No se te olvide cuánto te queremos en esta casa”. Como él lo sabe, lo digo de corazón, NO DE PURA LENGUA.



EL VERSO NATURAL NO ES INVENTADO; es descubierta por la intuición del iletrado, el corazón del genio literario, o la razón del hombre de la calle. El verso natural sucede. Sucede porque en el acomodo de palabras, sucede ritmo, sucede rima, sucede pensamiento inesperado. Como al caballo regalado, al verso natural no se le ve el colmillo; es libre y es cautivo, es torpe y elegante, es sabio y es sencillo. El verso artificioso es otra cosa y en sus peores momentos tuerce la prosa, deshace la rima, disfraza el sentimiento, diluye la emoción, esconde el pensamiento y jala de los pelos el sentido; es perversión intelectual, rebuscamiento alambicado y muchas veces preceptivo, dice Pombo Trujeque para justificar su falta de ignorancia de teoría literaria.

La verdad es que yo no comparto totalmente su actitud, especialmente desde que supe que, igual que otros precandidatos de la Villa de Tuspa, cuando le van a hacer examen de sangre se pasa la noche estudiando (y a veces sale reprobado). Yo creo que el verso natural, cuando es sincero, se encuentra lo mismo en las torres de un castillo que en humilde vecindad, y como acto comunicativo es tan eficaz como cualquiera.

Mi tío Celso, trovador solitario, seguía una preceptiva innata y sin corrupciones académicas. Escribía canciones de protesta antes de que otros las inventaran. Lo que quería era divertirse y divertir. Así escribió *El gabán*, que narra las desventuras que sufrió cuando cayó a la cárcel por deudas, y los ratones le llenaron de agujeros el gabán, o como él decía, “Los m* ratones me comieron el gabán; por arriba, por abajo, por delante y por atrás”. Esta canción

de protesta de mi tío causó tal furor que dio origen a una reforma carcelaria y a un nuevo tipo de cárceles conocidas como CERESOS. Esa reforma pasa por ser iniciativa del gobierno, pero en realidad el gobierno lo único que hizo (hacer lo que el pueblo demanda no es poca cosa) fue escuchar el clamor del pueblo. En el informe de gobierno, se dijo con verdad que con el CERESO se acababa de un plumazo con todos los presos. Y así fue: desde entonces los presos se llaman internos, y en ese internado (no sé qué dirán los otros internados) viven en departamentos, en un entorno arquitectónico y estrechez que mucho semeja las condiciones de vida de una colonia popular. Pero no hay que quejarse: aunque el gobierno acabó con los criminales, no acabó con la criminalidad. Ni cuando acabó con los viejos acabó con la senectud, etcétera.

También *La vecindad*, de mi tío Celso, fue canción de protesta. Es la historia de un zapatero que hacía los zapatos de muy fino cuero. Como tenía diez hijos, su casero quería desalojarlo, y le decía: “No quiero perros ni gatos, ni muchachos, ni cochinos. Aquí no es Arca de Noé, es para puros vecinos”. Esta protesta produjo acciones gubernamentales como la rehabilitación de algunas vecindades y las campañas anticonceptivas. Por supuesto, el gobierno las hizo pasar por iniciativas propias, pero ése es otro cantar.

A mi tío Celso le gustaba empinar el codo, bonito eufemismo; pero su afición, como sus versos, era sincera. Si sus hijos le aconsejaban: “Papá, tome con medida”, contestaba que sí, que tomaba por copas no por botellas, porque el trago no lo regalaban. Si lo exhortaban: “Papá, no se pase”, les contestaba: “¿Cómo quieren que me pase, si con trabajos llevo?” Hace muchos años, Rabí Hernández se asombraba de encontrar palabras polisémicas en la Biblia.

Hoy seguramente pondría atención al doble sentido de las frases de mi tío Celso Morales, el trovador solitario que no tocaba por nota sino por centavos, y que cantando para divertirse escribió canciones de protesta cuando todavía no se había inventado ese género. Sus protestas eran sinceras, no DE PURA LENGUA.



PARA TENER DOS LUCEROS, le canto eternamente a Leti, la más bonita de mis hijas, al despertarla en las mañanas. Digo eternamente, y lo digo a sabiendas de que no puedo detener el transcurrir del universo, ni las cambiantes circunstancias de la vida real. Leti ya no es la niña de hace 16 años. Pero la eternidad de Leti y de su ingenuo pecho de cristal son en virtud de esta canción que le canto a mi esposa Elenita desde que la conocí: “Quiero pedirte un favor, Elenita de mi vida. Una prueba de tu amor, esa que nunca se olvida. La que cada vez me tiene más y más enamorado”.

La canción me ha dado resultado, y en consecuencia, cuando la despierto en las mañanas, le canto eternamente: “Qué bonitos ojos tienes, Leticia, entre las pestañas. Ábrelos poco a poquito, que me iluminen el alma. Para tener dos luceros. Para tener dos mañanas”.

Como toda esa eternidad es en virtud de la canción, vale la pena preguntarse qué hay en el lenguaje que, con una sola palabra, nos permite trascender nuestra realidad y penetrar hasta la realidad última, aquella a la que, según su especie, aspira congénitamente el ser humano. Antes de que un lingüista aguafiestas que conozco pueda echarlo todo a perder, dejo la pregunta abierta para que la conteste el que sepa, y no el lingüista empedernido que sólo sabe DE PURA LENGUA.

Y es que ese lingüista empedernido es un sa-belotodo, sin romance ni imaginación. Es de los que miente más de la cuenta por falta de fantasía, de los que olvidan que también la verdad se inventa, como dice un amigo del alma que tengo que, sin ser el me-

jor, se los doy calado. Y no vale la pena preguntar quién es ese amigo porque lo que importa es que tenga razón, y en eso cualquiera puede juzgar.

El lingüista aguafiestas es un ente raro. Toma una eternidad como la de mi canción, y la analiza o desarma, es decir, fracciona, desintegra, deshace, discrimina, aparta, o distingue cada una de sus partes, y luego, cuando trata de volverla a armar, es decir, de sintetizarla, rehacerla, o recomponerla, le sucede lo que al mecánico *maleta* a quien siempre le sobra o le falta un tornillo. O lo que le pasó a *Humpty Dumpty*, el huevo que se cayó de una barda y ya no hubo poder humano que lo pudiera juntar. O ‘re-juntar’, como decíamos en *Coqui*.

Así también, al lingüista aguafiestas le salen sobrando la intemporalidad de mi canción, la eternidad de los dos luceros de Leticia y la *persecularidad* de la prueba de amor que nunca se olvida. Y al considerar esta maravilla que no puede reponer, a manera de idiota explicación, sólo atina a decir: “La canción es eterna porque está en tiempo presente”. Y esa categoría gramatical tan fugaz, vertiginosa e inasible, sólo es causa aparente, no explicación de la eternidad. Para él, pues, no hay tal eternidad. Seguramente, aunque inventó el lenguaje, Dios no inventó al lingüista, que debe ser producto de la caída de Adán.

El lingüista aguafiestas es un realista empedernido. No es como Armando Manzanero que quiere ir allá donde todo lo puede, donde no hay imposibles. No quiere contagiarse del ansia de trascender, de penetrar, de entender lo que está más allá de nuestra limitada realidad espacio-temporal. Tampoco quiere conocer el lugar en donde brillan eternamente y sin cesar los dos luceros de mi hija Leticia,

la prueba de amor que hoy cumple 16 años, cuyo carácter hace honor a su nombre, que significa gozo o alegría. Leti, la que no puede, ni quiere, ni necesita esconder su corazón tras de su eterno pecho de cristal. Felicidades, Leti. Te las deseo de todo corazón, de por vida, y de verdad, NO DE PURA LENGUA.



VIDA DE PERRO, dicen algunos que no conocen a Phaedro Bravo Alfaro. Así se quejan de la manera en que ellos mismos viven. Se refieren, por una parte, a la vida diaria, la doméstica, la que se vive bajo el mismo techo y las mismas sábanas que el cónyuge (los que duermen con amantes o queridas, no están incluidos en este comentario). Vida de perro, dice la esposa que trabaja de sol a sol y a deshoras de la noche, sin recompensa, sin ayuda, y sin esperanza. Vida de perro, dice el marido que trabaja de sol a sol, y a deshoras de la noche, sin esperanza de salir de perico-perro.

Otros más infelices se refieren a la vida que se vive en la calle, porque en la casa ya no hay compañía, ni compañerismo, ni comunión, ni amistad. Vida de perro, porque “la soledad es la compañía ineficaz, disfrazada de amor y de consideración”. Vida de perro porque “cuando se puede ver más allá del disfraz, la compañía se vuelve ineficaz”. Vida que deambula por el tiempo y el espacio, sin rumbo ni propósito, sin arranque ni destino, sin el asombro de la cotidianidad, y sin la esperanza de la eternidad.

Pero eso dicen los que no conocen a Phaedro (y los que lo conocen, no me dejarán mentir); Phaedro es un perro feliz. Por ejemplo, aunque algunos lo llaman inconsciencia, nunca ha tenido el bárbaro problema de investigar de dónde vino ni a dónde ha de ir. Perro, hijo de perros, nunca se ha preguntado si descendía del mono o era creación de Dios. Por lo tanto, ese problema que a muchos bárbaros desvela y horroriza, a él no le quita el sueño.

Despreocupado, ronca a plenitud a cualquier hora y en cualquier lugar; al mediodía, debajo de nuestro destartado coche amarillo, esperando mi re-

greso; a la hora del crepúsculo vespertino, sobre mi almohada, cuando yo no la necesito para leer o dormir; la siesta, la pasa debajo de mi silla, a la hora de comer; o si el día es muy caluroso, bajo el florido y fructuoso limón, reliquia y símbolo de los colimenses nacidos de colimenses nacidos en Colima; y cualquier tiempo libre que tiene lo pasa encantado en mi único sillón.

De esta manera, con la felicidad interna de saber de dónde es y el descanso de no ser extranjero en el paraíso, vive todo el día para los demás. Pero entre las doce de la noche y las cinco de la mañana, Phaedro sale de debajo de mi cama, o del fresco consuelo de Elenita (que lo quiere más que nadie, pues lo sirve más que nadie), o del dulce lecho de su hermana Leti, o de los tibios pies de su hermano Javier (si San Francisco tenía hermanos gusanos, ¿por qué Phaedro no había de tenerlos humanos?). A esas horas vive para sí mismo, no para los demás: ronda el vecindario, le ladra a la luna, a los puntos cardinales y a uno que otro quijote; y, supongo, hace vida social.

A las cinco, con medida y asombrosa puntualidad, ladra su nombre hasta que se le abre la puerta, y mojado de *sereno* y muerto de frío vuelve a su abnegada vida de perro y reanuda su estoica y generosa rutina entre los pies de mi amada y los míos.

Vida de perro, solitaria, callejera y voraz. Pero de perro sin dueño ni apellido, no como la de Phaedro Bravo Alfaro, que siempre está en mi lista de dependientes junto con sus hermanos y la gata Brenda. Morirá de buena edad, rodeado de cariño y de la familia a la que le entregó su generosa vida. Vida de perro feliz, reflejo de la vida en abundancia que yo también vivo. Vida que no es remedo de la vida, sino la vida verdadera que Jesús les ofrece a quienes crean y obedezcan el evangelio. Vida que no se recibe ni se vive

DE PURA LENGUA.



ÉCHATE COMO UN PERRO, les ordenaban borrachos y sifilíticos en potencia a los músicos, en la cantina o el burdel. Y como a muchos el que les paga les manda, los músicos se echaban *Como un perro*, a veces acompañados de sus mismos clientes y de sus consiervas, las señoritas cantineras. A veces también, los clientes se echaban a dormir la mona en el piso, como perros, pero ése es otro cantar. La canción la puso de moda Chelo Silva que, con su espesa voz varonil, tenía todo el tono equívoco, pero a la inversa, que hoy parecen tener los cancionistas de la televisión que cantan con voz de mujer. Borrachos y sifilíticos en potencia se echaban *Como un perro* en cantinas y prostíbulos, pero sólo los muy malditos se atrevían a echársela en los hogares decentes en los que, aunque se permitían otras indecencias, estaban prohibidas *María Cristina*, *La múcura*, y *Amor chiquito*.

Hoy, cuando muchas canciones incitan a la desobediencia juvenil, al libertinaje, a la fornicación, al adulterio, al aborto, al consumo de drogas, al satanismo y a otras perversiones, echarse *Como un perro* parece juego de niños.

Pero hace cincuenta años, cuando los masones y los católico-romanos (hermanos separados de los católicos ortodoxos, griegos y de otras nacionalidades) estaban peleados y servían para algo, era inadmisibles echarse *Como un perro*, o adquirir otras actitudes perrunas. Y es que Chelo Silva se mandaba de plano: “No, por Dios, no te me vayas, te lo ruego; que en la vida como un perro pasaré: sin mirarte, sin hablarte, sin un reproche; siempre tendida a tus pies, de día y de noche”. Lo que sucede es que el perro no

tenía ningún prestigio social a pesar de su proverbial amistad con el hombre; era el tiempo cuando mi tío Celso Morales, de Manzanillo, era trovador solitario, componía sus propias canciones y no tocaba por nota sino por centavos.

Por otra parte, el perro tenía una ventaja. Mientras los seres humanos corrían el peligro de llamarse Gorgonio, Gunegunda, Salud, Concepción, o el nombre que les tocara según el santoral romano, los perros tenían nombres épicos, marciales y valientes; nombres cuidadosamente escogidos para demostrar una cierta, aunque escondida, estimación hacia ellos. Cuando la imposición religiosa por fin perdió autoridad, el hijo comenzó a recibir el mismo trato que el perro, y el padre a pasar el mismo tiempo escogiendo el nombre del hijo que el del perro. Pero aunque durmiera bajo el mismo techo y aunque se llamara Guardián, el perro todavía era un siervo. Perro era, y su lugar, el suelo.

Hoy su prestigio ha subido. Siervo, luego amigo, luego mascota, está en camino de convertirse en hijo de familia. Sé de un lingüista de segunda mano que acostumbra darle a sus perros nombre con apellido, y declararlos dependientes en las formas oficiales que tiene que llenar. En el nuevo trato que el perro recibe en el hogar, se demuestra que el hombre ha aprendido a darle valor a la sempiterna devoción, falta de cuestionamiento, fidelidad y confianza con la que el perro se entrega a él cuando se echa a sus pies, sin mirarlo, sin hablarle, sin un reproche, siempre tendido a sus pies, de día y de noche. Chelo Silva tenía razón. Ya cualquiera, sin rubor, puede echarse *Como un perro*.

Yo también quiero a mi perro como si fuera de la familia, pero aunque me doy por enterado de su sentimiento, no me solidarizo ni le doy la razón al

que quiere más a su perro que a su prójimo. A ese pobre, no faltará quien le aconseje que por lo menos sea parejo. Pero yo, que divertido me echo *Como un perro* cuando me da la gana, quiero por igual a mi prójimo que a mi perro Phaetro Bravo Alfaro.

Y que me disculpe Phaetro, pero no lo digo DE PURA LENGUA.



Mejor perro, contestan algunos políticos indignados cuando sus “amigos” (mejor perro) les hacen notar su parecido con sus enemigos ideológicos. Cuando, si se dicen de izquierda, educan a sus hijos en escuelas confesionales; cuando, si se dicen representantes del pueblo se construyen *spas* a costa del pueblo; cuando, si se dicen presidentes de una nación, se arrodillan frente a dignatarios extranjeros; y así por el estilo. A mí lo que no me parece bien es que cuando alguien les dice: “Pareces del PAN” (o de cualquier otro partido), contesten: “Mejor perro”, sin tomar en cuenta los sentimientos de estos nobles animales.

Las sociedades canófilas se han echado a cuestras la tarea de defender los derechos humanos de estas ánimas animales que sin mirar, sin hablar, sin un reproche, saben ser los mejores amigos del hombre. Con devoción samaritana, recogen y atienden a los enfermos, protegen a los vagabundos y les consiguen hogares adoptivos, y más allá del ámbito personal, proponen legalizar el derecho natural a la vida y a la integridad física de estos antiguos siervos, hoy casi miembros de la familia humana. Ya quisieran los humanos ser tratados con la misma consideración con que los canófilos y otros defensores de animales tratan a estos desvalidos animalitos.

Pero el perro ha recibido bastante abuso y violencia también. Todavía no hay ley que prohíba que cualquiera insulte a los perros comparándolos con ciertos personajes humanos; que a cualquiera se le diga “eres un perro”; que a ciertos maridos se les diga que son “perros falderos”; ni que cualquiera se defienda de otro diciéndole “ya baja la pata, no vayas a miar”. Y, últimamente, “ya baja la pata, pareces figura obscena”.

Sin embargo, conozco un lingüista de segunda mano que les da a sus perros nombre con apellido y los declara dependientes en las formas fiscales que a veces tiene que llenar. A uno de ellos le escribió esta carta:

Reading, Inglaterra, a 3 de abril de 1986. Mi muy querido Brandon, tantos han lamentado tu deceso que, aunque de natural sobrio y sensato, me han motivado a la elegía. Brandon, querido amigo, hijo, hermano menor: pasaste fugaz por nuestras vidas y, aunque no fuiste a la Normal ni puedes presumir de un doctorado aunque aprendiste inglés, fuiste nuestro maestro, y aprendimos “Cómo se pasa la vida, cómo se llega la muerte, tan callando”. Incansable, noches enteras nos ladraste tu nombre hasta que lo aprendimos: Brandon, y de cariño Brandy.

Querido amigo, hijo, hermano menor, quiero donarte mi epitafio. Viene de un darme cuenta de tu vida. No creas que ignoro lo que fuiste, lo que pudiste ser, lo que acabaste siendo. Mas lo que cuenta, la esencia de tu vida, es que supiste amar y fuiste amado, y esto se puede resumir tan simple y verdaderamente en él. Lo heredé de mi padre, aunque él no lo escribió, sino yo, al contemplar su vida. Lo tenía reservado para él, y me hubiera gustado para mí, pero no he de ser yo quien tales cosas diga. Hoy te lo heredo; es tuyo, pues quiero conservarlo en la familia: “Descansa en paz, Brandon Bravo, *Brandy boy*. Supiste amar y fuiste amado”.

Para ese lingüista, que todavía usa zapatos a pesar de las piedras del camino, quedaron atrás los tiempos de ofender a los perros por medio del abuso verbal. Es más, quedaron atrás los tiempos de ofen-

der. Punto. Sin embargo, todavía le recomienda a cualquiera que lo necesite que no muera como perro, sin dar señales de arrepentimiento. Y no lo dice DE PURA LENGUA.



YO FUI UNO DE AQUELLOS DORADOS DE VILLA, dice Salvador, sonriente y lloroso, cuando se acuerda de sus andanzas con el Centauro del Norte. (De nada le valieron a mi general Villa sus servicios a la patria, su invasión de Estados Unidos, las estatuas en el Distrito Federal, las mil y una películas que los perversos de la imagen del mexicano le han dedicado, su nombre con letras doradas en el Congreso de la Unión, su nombre en mercados y tianguis de Colima, ni otras señales de grandeza y de reconciliación con los dueños de la patria, presentes o pasados. Le tocó la de perder y acabó vendiendo aceites dorados para Pemex.)

Sonriente y lloroso, Salvador continúa su canción: “Yo fui uno de aquellos dorados de Villa, de los que no damos valor a la vida”. La sonrisa es evocación de las emociones espoleadas por las arengas que escuchó, por el clarín militar, por el olor de la pólvora, por el relinchar de los caballos asustados, y sobre todo, por la voluntad exacerbada de matar o morir. Las lágrimas expresan su nostalgia y pesar por lo que ya se fue, por lo que no ha de regresar, por no poder volver a ser uno de aquellos “Dorados de Villa”. O como dice su compadre Aurelio, son lágrimas de nostalgia por lo que nunca fue.

Cuenta Salvador que, nacido en Tuxcacuesco en 1932 y egresado por falta de méritos académicos de la educación laica, obligatoria y gratuita cuando cursaba el tercer año de primaria, ingresó al entonces 25 Batallón de Infantería, aquí en Colima, y después de una impresionante hoja de servicios bajo generales villistas, zapatistas y cristeros, presionado por su padre, se licenció con el grado de sargento segundo y comenzó la nueva vida civil que ahora lleva,

sólo para descubrir que la vida no vale nada, ni para los “Dorados de Villa”, ni para José Alfredo Jiménez, ni para muchos compatriotas y compatriotas.

Al abandonar el 25 Batallón de Infantería comenzó a trastabillar, que para él quiere decir “andar de aquí para allá, sin rumbo fijo en la vida, sin un lugar propio, sólo calentando los lugares, sólo limpiando los rincones ajenos”. A los veintisiete años, para remediar esa situación, se casó con María de 18, pero como muchos otros, descubrió que ni el matrimonio ni los hijos son buena medicina para curar ese mal interno que él y muchos padecen, la infelicidad personal que nos hace andar en la tierra como extranjeros y peregrinos sin importar dónde estemos ni a dónde vayamos. Esa infelicidad que muchos padecen, a veces sin darse cuenta, es la nostalgia de lo divino, ese vacío, esa falta de sentido de la vida, esa carencia de algo por lo que valga la pena vivir o morir. Y en esa infelicidad incurable, Salvador se dio a vivir y a convivir, notable eufemismo que disfraza la vida de mexicano infante, borracho, parrandero y jugador que hizo que María lo abandonara después de veintitrés años de casados y ocho hijos, a lo mejor alguno ajeno. Como “Teresa” la de Pemán, hoy pasa triste y sombrío. Se consuela cuando, bajo los humos del alcohol, evoca con claridad asombrosa su heroica vida de soldado villista. Su edad no le ajusta ni para villista, ni para zapatista ni para cristero, pero sus amigos lo oyen y lo dejan evocar y le siguen la corriente.

Recordar es vivir, aunque los recuerdos sean falsos. Pero vale la pena tener amigos como los que encontró Antonio Machado que de ellos dijo: “El bueno es el que guarda, cual venta del camino, para el sediento el agua, para el borracho el vino”. Y Antonio, alcohólico también, como Salvador Pérez Espinosa, no lo decía DE PURA LENGUA.



XÓCHITL CAMPOS CÁRDENAS, tu nombre está en Suchitlán, que quiere decir jardín, lugar florido. Tu nombre está en Cempasúchitl, veinte flores; en Suchiapan, río de las flores; en Xochicalco, casa de las flores, y en todas partes: en el corazón de la lengua náhuatl que llama a su poesía flor y canto, y en el corazón de los que te amamos y que hoy nos hemos congregado para celebrar tu cumpleaños número quince. Se me ha encargado expresar con palabras esa celebración, no por ser el patriarca de la familia, pues no lo soy; ni por ser el más rico, pues en la familia no hay más que un Rico, y no soy yo; ni siquiera porque escriba *DE PURA LENGUA*, pues hoy lo estoy haciendo de puro corazón. Será, pues, por el amor con que me quieren y nos queremos.

A tu mamá la comencé a querer desde que nació. A tu papá, desde que lo conocí. Hombre bueno y sencillo, honrado y trabajador, el mérito que más le alabo es el de haber sabido escoger una esposa ejemplar, ser él mismo un marido ejemplar y un padre cabal. Tu mamá es una gran mujer, hija de otra gran mujer; no sé de dónde sacó su dulzura de carácter, pero su optimismo ante la vida, y su alegría de vivir, son hereditarios. Y ninguna cosa ha logrado cambiar esa herencia. A tus hermanas y a ti, de la misma manera. Fui su abuelo desde antes de que nacieran, y cuando comenzaron a nacer, con satisfacción fui llevando la cuenta: Tonantzin, Xóchitl, Yunuén, Erandi, Ceceli. Cuando tus papás me hicieron compadre por Tonantzin, yo me hice padrino de todas, y a pesar de que por la gracia de Dios ya no soy católico, nunca he desconocido ese compadrazgo ni ese padrinzago, que me hace padre cuando falte el padre, si hay necesidad. Pienso, pues, que ésa es la razón

de que se me haya invitado hoy a ser como el hada madrina que en el cumpleaños de la princesa llega a expresarle sus mejores deseos. Mi falta de originalidad me hace recurrir a mi maestro para copiar los buenos deseos que él y yo tenemos para ti. Sabiendo que la búsqueda de la felicidad es la búsqueda humana por excelencia, el maestro dejó dicho que son felices de verdad los que saben ser pobres y contentarse; o los que siendo ricos, saben hacerse pobres para beneficio de los demás; los que saben llorar por el mal que le han causado a otros, o a Dios mismo; los que aprenden a no hacerse justicia por su propia mano; los que tienen hambre, y sed de vivir como Dios manda; los que sienten dolor por el dolor ajeno y lo remedian como propio; los que siembran paz y escardan discordia; los que son mal amados a causa de su amor a la rectitud; los que son calumniosamente vituperados y perseguidos, y los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

Éstos son, Xóchitl, flor tú, y flores tus sonrisas, mis mejores deseos. Si sigues esta enseñanza serás feliz; jamás serás como el tamo que arrebató el viento, sino como el árbol plantado junto a las aguas, que da su fruto a tiempo y cuya hoja no cae. Serás feliz, como una oveja que caminando por sendas de rectitud y sin temer mal alguno, encuentra aguas de reposo y delicados pastos para retozar. Serás feliz, como un viandante sin rumbo a quien el rey invita a su banquete, le unge la cabeza con aceite y le llena la copa a rebosar. Y de verdad, el bien y la misericordia te seguirán todos los días de tu vida.

Felicidades, Xóchitl. Felicidades, flor. Los que te amamos, te deseamos hoy la verdadera felicidad, no la del mundo, no la DE PURA LENGUA.



YO A LAS MORENAS QUIERO, dice el *Cielito lindo* que, como las morenas, es de origen moro o morisco y que en el extranjero identifica a los mexicanos, no a los españoles moros que son los primeros morenos, morunos o morochos de la historia de esta lengua. Son morenas las hogazas de pan, las voraces anguilas mediterráneas y las moras o zarzamoras. Son morenas las hermosas mujeres de tez oscura y pelo negro o castaño, como Elenita que, entre moras y cristianas, es la que a mí me roba el corazón. Y son morenas las prietas, como la Chula, que en *Hollywood* era Linda Moreno, y ya de vuelta en México fue, otra vez Prieta, pero igualmente chula.

Y a los morenos ¿quién los quiere? Era Moreno, fray Gerónimo, el andaluz de Utrera, peña de los indios en Oaxaca, en 1631. Era Moreno, José, el guanajuatense, peña de la cultura mexicana, rector de San Nicolás, en Valladolid, hoy Morelia, y de la Universidad de Guadalajara. Era Moreno, Pablo, el yucateco, peña del cartesianismo en México. Era Moreno, Pedro, el jalisciense de Lagos, peña de la Independencia de México. Era Moreno, Silvestre, de la Ciudad de México, peña del derecho y de la Academia Mexicana de la Lengua. Era Moreno, Antonio, el agricultor colimote, peña del cultivo del limón en Colima, y del Partido Liberal Colimense. Y es Moreno, Fernando, peña que fue de la Universidad de Colima, y ahora peña del estado de Colima, en donde, como gobernador, continúa la tradición de construir no sobre arena ni sobre el aire, sino sobre la roca. Y no lo digo DE PURA LENGUA, sino porque lo veo. Eran morenos, morunos o moros los esclavos blancos de los primeros siglos del virreinato en México. Blan-

cos, no por güeros, ni por descoloridos, ni por desabridos, sino por distinguirlos de los negros. Era moreno Morelos, cuyo nombre seguramente se deriva de “moro”. Su obra le cambió el nombre a la antigua Valladolid que, en su honor, se convirtió en Morelia, es decir morería o país de moros. Es irónico que cuando Morelos abolió la esclavitud en México, Maximiliano haya tratado de restaurarla, con la intención de atraer como inmigrantes a los esclavistas *estadoundidenses* ofreciéndoles la posibilidad de establecerse en México y poseer esclavos voluntarios. Y es que la carne llama a la carne.

Aunque asombra, la idea de esclavos voluntarios no es nueva. En la cultura hebrea del Antiguo Testamento, la tierra enajenada, la deuda contraída y los esclavos por venta eran liberados gratuita y obligatoriamente cada siete años, según la calumniada ley mosaica dictada en la montaña humeante. Algunos esclavos, por amor, preferían seguir sirviendo a sus amos, y así, se convertían en esclavos voluntarios. El acto legal consistía en hacerse perforar el lóbulo de la oreja con una lesna en la plaza pública, es decir, ante los jueces y testigos de que su esclavitud era por gusto.

A Maximiliano se le olvidó, o nunca supo, que el esclavo hebreo voluntario es una anticipación del verdadero cristiano, aquél que por su gusto muere y que hasta la muerte le sabe. Fracaso porque a fuerzas ni los zapatos entran.

Como en el *Cielito lindo*, yo también a las moras, moradas, moriscas, morunas, morochas o morenas, quiero. Pero sólo Elenita es mi peña, y la quiero de corazón, NO DE PURA LENGUA.



WHAT THE HECK is this house for a manly cowboy mouse?, pregunta azorado el Ratón Vaquero en la simpática historieta de Cri-Crí, el grillito cantor. Como el camello árabe y el palomo que canta en latín, el Ratón Vaquero pertenece a ese grupo de metáforas que tratan de captar siquiera parcialmente cierta realidad, carácter y modo de ser de las nacionalidades.

De esa manera, el Ratón Vaquero “ha de ser gringuito porque siempre habla inglés”, como si no hubiera en los Estados Unidos millones de ciudadanos bilingües y hasta monolingües que ni hablan, ni necesitan hablar esa lengua. Pero así son los estereotipos. Así también el camello habla en árabe, y nos hace creer que este nombre se aplica a una sola lengua, y no a la multitud de variantes dialectales que muchas veces no se entienden entre sí. Por su parte, el palomo retrata fielmente el azoramiento religioso del pueblo mexicano, pues cuando habla, se le entienden algunas palabras, pero ninguna de sus terminaciones, por lo que causa la falsa impresión de que los misterios religiosos son sólo para los consagrados, o por lo menos para unos cuantos iniciados. Así solía ser la misa en latín, un mensaje a señas, pues las palabras sólo las conocían los sacerdotes.

Pero los que pertenecen a la realidad que esos estereotipos tratan de captar, ven más allá de la fachada y saben bien que los estereotipos engañan, y que no es el león como lo pintan. Por ejemplo, se dan cuenta de que además de ser *a manly cowboy mouse*, el Ratón Vaquero también es recatado, decente e incapaz de decir una palabrota con todas sus letras. Por eso, aunque la piensa, la alcanza a disfrazar. Así ha-

cía el bisabuelito materno de Pombo Trujeque, don Pombo Trujeque, que cuando era llevado a extremos de desesperación por la parvada de bisnietos que permanentemente desolaba su casa, exclamaba: “Miren *quijos* de la guayaba”.

Cualquiera sabe, o se puede enterar de que ni las guayabas ni las madrugadas tienen hijos, pero a los extranjeros hay que explicarles, porque estas cuestiones van más allá del mero significado lingüístico, son parte de una cultura a la cual pertenece la lengua, y son parte del significado social que el mexicano mamó en la cuna, afirmó en la escuela, y desparrama en medio de la sociedad. En la calle, pues.

Así también, la mala palabra disfrazada por el Ratón Vaquero (*what the heck*) nos tiene que ser explicada por un nativo de la lengua inglesa. Cuando yo necesitaba esas explicaciones se las pedía a Arthur Edwards, uno de los fundadores de la Escuela de Lenguas de la Universidad de Colima. Junto con su pronunciación nativa de gente muy bien educada, Arthur trajo a la Escuela de Lenguas el mismo conocimiento y significado social que se mama en la cuna, se afirma en la escuela y se desparrama con su sola presencia. Como ejemplar de su lengua y su cultura nativas, un maestro como Arthur tiene ese conocimiento que vale más que cualquier doctorado adquirido en el extranjero, y cuando se prodiga entre sus alumnos, es un verdadero tesoro lingüístico y cultural, que vale la pena cuidar. El que tenga a algún extranjero a la mano, que lo aprecie, porque si no ¿a quién podrá preguntarle *What the heck is “what the heck”?* Y el que le pregunte aprenderá. Lo digo de verdad, NO DE PURA LENGUA.



CON TODA MI ALMA, contesta cualquier enamorado, sin haber estudiado teología, filosofía o retórica, cuando su enamorada le pregunta si la quiere. Como muchísimas otras, esta frase proviene de la Biblia, sólo que ahí se aplica al amor a Dios que ha de ser, como dice el mejor de los libros: Con toda el alma, con todo tu corazón, con toda tu mente, y con todas tus fuerzas.

Técnicamente, amar de esa manera a una mujer, y no a Dios, es idolatría; es darle a César lo que es de Dios, y negarle a Dios lo que es de Dios. El enamorado habrá de quedar mal con alguno de sus dos amos si no sabe resolver este problema. Digo técnicamente, porque en la vida real, o bien al enamorado no le interesa amar a Dios con toda su alma, o bien su juramento de amor a una mujer es DE PURA LENGUA, el recurso retórico sin el cual, la enamorada no le dará el sí, ni el cuándo, ni el dónde, que él pretende como prueba de amor.

Amar con toda el alma, sépalo Javier Solís, es la verdadera entrega total. En el alma se entrega el aliento, el soplo vital, el ser íntimo, la sustancia espiritual. Nadie se conformaría con menos, pero nadie puede aspirar a más. Al amar con toda el alma, se expresa el *non plus ultra* del amor, su calidad, no su cantidad. Como debe ser. No hay que confiar en los que quieren mucho, sino en los que saben querer.

El enamorado que ha logrado el sí, el cuándo y el dónde, ya sólo tiene que resolver el cómo de la relación. Una mujer, cuyo amado le preguntó cómo lo amaba, convirtió su respuesta en una definición clásica del amor humano de calidad:

¿Que cómo te amo? Déjame decirte cómo te amo.
Te amo a la altura, la amplitud y la profundidad

que mi alma alcanza cuando a solas busca el *ser* y la *gracia* ideal. Te amo, y eres mi necesidad más quieta y cotidiana; te amo a la luz del sol y a la del candelero. Te amo por mi propia voluntad, como los que defienden la justicia; con la pureza del que rechaza la alabanza. Te amo con la pasión con que sufrí mis aflicciones de otros días, y con la fe de mi niñez. Te amo con el amor que parecía perdido con mis santos. Te amo con el aliento, las sonrisas y las lágrimas de mi vida entera. Y si Dios quiere, mi amor será mejor después de muerta.

Eneida Martínez y Patricia Ceballos, mis alumnas en la Escuela de Lenguas, quedaron gratamente sorprendidas al estudiar este soneto de Elizabeth Barrett Browning en su lengua original. En la descripción del magnífico amor que le tiene a su esposo, encuentran “la sensualidad, el romanticismo y la más rica expresión literaria de un sentimiento que la poetisa compara con ideales humanos que estima grandemente: la justicia, la modestia, la honradez, todo envuelto en un lenguaje religioso que Elizabeth probablemente usaba para sus anteriores súplicas al Señor”. Compara, dicen, “su pasada fe con el amor que ahora le tiene a su esposo. Sabiendo de la magnificencia de este último sentimiento, podemos imaginarnos cuán grande era su devoción religiosa antes de conocerlo”. Su amor, dicen, “no conoce límites, ni físicos, ni temporales, y aunque espiritual, no es menos apasionado. Aquí, religión y amor caminan lado a lado”.

Estoy totalmente de acuerdo con ellas, y sólo me faltaría volver a preguntar si este amor que se da con toda el alma es idolatría o mentira. Alguno que sepa ¿podría ilustrarnos, por favor? Y es que, un amor así, ya lo quisiéramos. Un amor que no fuera
DE PURA LENGUA.



EN UN LUGAR DE LA VILLA, de cuyo nombre original quisiera estar enterado, estudia, lucha y trabaja la Escuela de Lenguas de la Universidad de Colima. Nacida en septiembre de 1985 como Escuela de Lenguas, de la que me tocó ser uno de dos fundadores, es una institución de educación superior, comprometida en el campo de la lingüística aplicada a la enseñanza de lenguas; de cualquier lengua, de todas las lenguas, sean naturales o artificiales, sean vivas o muertas, nacionales o extranjeras. Por lo tanto, es motivo natural de atención para este pasatiempo que es DE PURA LENGUA. Su historia todavía puede contarse con unas cuantas palabras:

1. Sus primeras lágrimas las derramó en el ejercicio de la convivencia, lidiando con las dolencias y enfermedades del corazón, de cuya abundancia hablaban y actuaban sus miembros.

2. A la Escuela de Lenguas le salieron sus primeros dientitos y dio sus primeros pasos en el ejercicio de la docencia, con las primeras generaciones de egresados. Licenciados por la Universidad de Colima para profesar la lengua inglesa, conocieron su sonoridad, su gramática, su vocabulario, sus bellezas literarias y su utilidad en el mundo científico, comercial y recreativo. La lengua inglesa, con su intrincado patrón de pronunciación de doce vocales, siete diptongos, un triptongo y 21 consonantes, ha sido su afición, su vocación y su profesión. Los problemas de la adquisición y enseñanza de lenguas, las delicias de la lengua literaria, la cultura en lengua inglesa, etcétera, son su especialidad, y en ella sirven a la sociedad que proveyó los medios para su formación.

3. La Escuela se convirtió en Facultad y alcanzó su mayoría de edad en el año 2003, con la forma-

ción de su cuerpo académico y con el egreso de la primera generación de la maestría en traducción e interpretación, de la que me dio gusto haber sido el fundador.

Hoy tiene la docencia, la investigación, la gestión académica y la tutoría de alumnos como funciones fundamentales, y por medio del diseño y experimentación de métodos y materiales de enseñanza, se propone lograr la autosuficiencia en cuestiones teóricas, técnicas y prácticas de su campo de profesión. Ya no puede seguir siendo solamente consumidora e importadora de los satisfactores académicos y materiales que su funcionamiento demanda. Hoy los debe procurar por sí misma. El futuro de la Facultad de Lenguas está abierto. No sabemos hasta dónde llegará, pero sabemos que debe crecer no sólo hacia los lados como lo ha hecho, sino hacia la altura y hacia la profundidad, como ya lo está haciendo.

Sabemos que el crecimiento cuesta, pero estamos dispuestos a pagar. Debemos llegar al cumplimiento de la visión con la que la Facultad nació ya hace 18 años y estamos en camino. Ese crecimiento es un paso hacia la aventura y hacia la maduración. Los que amamos esta escuela la vemos con esperanza, no con temor ni con animadversión.

La Escuela de Lenguas, así, sin apellido, es una escuela *sui generis*, que en su nombre lleva la universalidad a la que aspiramos: ninguna lengua, todas las lenguas, vivas, muertas, naturales artificiales, nacionales o extranjeras, son su dominio. Felicidades por sus primeros dientitos, por su primer paso, por su entrada a la mayoría de edad. Que sea para bien. Y lo digo de corazón, NO DE PURA LENGUA.



A LOS SESENTA AÑOS, cuando hago cuentas de mi vida, recuerdo con gratitud y admiración a varios maestros que de una manera u otra influyeron sobre una parte de mí para que al final, fuera yo la persona que soy. Que le reclamen a ellos el resultado, pero si yo necesitara héroes, no tendría que ir muy lejos para encontrarlos.

Cuando mis hijos todavía se admiraban de cosas que yo hacía o decía, me preguntaban: “¿Quién te enseñó eso?”, y la respuesta invariable era “Tu papá Chencho”, es decir, mi papá, a quien hubiera querido decirle en vida: “No creas que ignoro lo que fuiste, lo que pudiste ser, lo que acabaste siendo. Mas lo que cuenta, la esencia de tu vida, es que supiste amar y fuiste amado”. Mi papá fue mi maestro de amor, y me enseñó el derecho que todos tenemos de amar a nuestros padres, sin vergüenza, sin importar lo que hayan sido o dejado de ser.

Cosas más prácticas me enseñó mi mamá, mi maestra de solidez. Cuando a la edad de cinco años la maestra de kínder de Coquimatlán me expulsó definitivamente de la escuela, en la primera hora del primer día de clases, mi mamá se convirtió en mi maestra y me enseñó a leer y a escribir, mi primera palabra en inglés, a guardar miserias de dinero en la petaquilla, y a ser cumplido con la palabra dada.

Pancho Ceja me enseñó para qué sirven los libros. Casados con ideas contrarias, solíamos tener largos debates en los que yo nunca ganaba porque siempre que le presentaba un argumento de mi impecable lógica, él lo deshacía con un dato de la vida real. Un día, con más admiración que envidia, le pregunté: “¿En qué libro aprendes estas cosas?” Y él me enseñó un librero lleno que, habiendo puesto a

mi disposición, yo comencé a leer. Chuy Aguilar fue mi maestro de vagancia. En aquellos tiempos en los que la *maldituría* era DE PURA LENGUA, para ser vago y maldito se necesitaba ingenio verbal propio, no copiado de la televisión, y nadie como Chuy, el amigo de mi primera adolescencia, para enseñarle al aprendiz deseoso, a sembrar en campo necesariamente fértil. Porque la vagancia es una vocación. Maldita, pero vocación. Nadie como Chuy para levantarle la falda al sentido común. Cuando los demás veíamos la vida en rosa, el la veía en negro y café, según el ojo con el que mirara. Nadie como él para encontrarle la cuadratura al círculo, y la paradoja al brinco sobre pareja. Y al influjo de ese maestro (tengo muchos testigos) desarrollé y llegué a adquirir en mi propio derecho fama de vago y maldito DE PURA LENGUA, pues nuestras vagancias no pasaban de ahí.

Luego, en el camino doloroso del crecimiento, tomamos rumbos distintos, hasta que ya adultos volvimos a coincidir en esta amada patria chica. Chuy sigue siendo maestro de vagancia. Si le preguntan si se acuerda de lo que dijo al calor de la noche bohemia, contesta: “¿Cómo quieres que me acuerde, si yo tomo para olvidar?” Y si algún aguafiestas le hace saber que es tontería tomar, le contesta: “Para que te lo sepas, y fíjate bien, no hay borracho que sea tonto. El problema es que hay muchos tontos que son borrachos”. Y así sucesivamente. Pero Chuy les lanza esas perlas a los cerdos. Su discípulo más fiel y aventajado se le ha convertido en un viejo sesentón, de segunda mano, que tuvo un maestro de santidad, aprendió a dejar de ser ateo y se convirtió en cristiano. Los muchachos de estos tiempos ya no están interesados en el ingenio verbal. Siendo hijos de la televisión, ya no son, ni pueden ser vagos como Chuy Aguilar y yo fuimos, vagos DE PURA LENGUA.



PISÁNDOLE LOS TALONES A LA UNIVERSIDAD, yo también llego a los 62 años de mi edad. (Felicidades por aquí, felicidades por allá.) Aunque nací frente al Jardín Núñez (cualquiera puede ver la placa en la calle Juárez, al otro lado de la esquina con Madero), pasé parte de mi niñez en Coquimatlán; por lo tanto, soy con mucho orgullo, muchacho de pueblo, como el Chimacas y el Tatachín, mis mejores amigos de esa niñez. La llegada del hombre a la luna, y el apasionado beso entre Madona y Britney Spears no me asombraron tanto como la llegada de la luz eléctrica a Coquimatlán, en cuyo Cerrito de la Cruz, y entre la *pitayera*, como Humberto, Héctor y Jaime, anduve en calzón de manta y *patarraiz*.

Nací cuando se moría joven; no como los niños héroes, ni como los jóvenes abuelos, sino porque la viruela era una amenaza mortal. Por eso, al llegar a esta edad, me siento como campeón: gustoso, completo y perfecto para esa edad.

Según las estadísticas de mis tiempos, debí haberme muerto joven, cuando todavía no se había echado a perder, cuando todavía mandaba, el PRI. O debí haberme quedado en el pueblo y repetir el patrón de vida que ahí aprendí. Sin embargo, me siento ufano de haber sido parte de ese pequeño porcentaje que contradice las estadísticas y demuestra en el hombre esa indeterminación que lo hace ser el mayor misterio del universo.

Al llegar a esta edad, me descubro rico, y cuento mis tesoros en el orden que los encontré. Primeramente, los que me fueron dados en lo natural: mi papá, mi mamá y mis hermanos, y una infancia rodeada de cariño y seguridad; también mis tíos y mis

primos. Luego, los que me fueron dados en lo social: además de los ya mencionados, mi primos Tito y Rico Magaña; Chuy Aguilar, mi maestro de vagancia; Pancho Ceja, Taurino Delgado y Tomás Núñez; Rogelio Aranza y Jaime Antonio Hernández García de la Cadena; Chris Mabey. Todos ellos mejores amigos en alguna parte de mi vida.

A distintas épocas, distintos mejores amigos. Sin que desaparezca la amistad, cada uno de ellos deja su recuerdo en el momento y lugar en que lo fue, y surgen nuevos amigos. Es parte del crecimiento que llaman madurez.

Así pasó cuando conocí a Elenita, hoy mi esposa, y así debe suceder. Dejará el hombre padre y madre —con cuánta mayor razón a todos los demás— y se unirá a su mujer y serán uno. Si a pesar de todo, la amistad evoluciona y permanece, se tendrán amigos comunes para toda la vida, para todo momento, y para todo lugar. Eso sería muy deseable con todos los que acabo de mencionar.

Pero el tesoro que tengo por encima de todos, me fue dado en lo espiritual. Descubrir esa perla y dar por ella todo lo que tenía ha sido el mejor negocio de mi vida. Hasta Pombo Trujeque, el eterno Sancho, dice que si él encontrara esa perla también la compraría hasta con su vida, como la encontró este otro amigo que dice:

Vivir de otra manera no concibo desde que me llamaste a conocerte; enamorado y sin miedo de perderte, en plena libertad por ti cautivo. Más muerte que esta vida no recibo: en la inmensa riqueza de tenerte, mi dueño ya no soy; pertenecerte es la santa embriaguez en la que vivo. En esta perfección en que me envuelves, en las contradicciones que resuelves, muero para vivir, vida es mi muerte. ¿Morir? Morir,

vivir, todo es quererte. Y la mayor contradicción, que dos, tú y yo, seamos uno ya, mi Dios.

Y el que tenga esta perla que cuesta la vida y que no se le arroja a los cerdos es hombre rico. Rico de verdad, no DE PURA LENGUA.



ACUARENTA y que se acabe la cuenta, les responden algunas veces a los que la subieron “A veinte” al recibir uno de los peores insultos que se le pueda hacer al sentimentalismo melcochero del mexicano infante: mentarle la madre con intención de insultar. Mentarle a alguien la madre es calarlo, es ver hasta dónde llega en la defensa de ese sentimentalismo. El que contesta “A veinte”, es como el que paga por ver; no se pasa de la raya que el otro marcó, pero, en primer lugar, le devuelve el insulto aumentado veinte veces, y en segundo, le devuelve la iniciativa. Es como si dijera “Ya llegaste a madres, y tuviste la respuesta; si te quieres salir de madre, no me lo mandes decir”.

Si el que primero le mentó la madre al otro quiere subir la cuenta, tiene que llegar a las manos, o a las cachas, si es tan hombrecito, porque contestar que “A cuarenta”, es como decir “Ahí muere. Nomás te estaba calando”. Todo era un juego, pues, y como ninguno de los contendientes le sacó (ni le metió), el honor de los dos “hombrecitos” queda a salvo, la “amistad” no se pierde, y la madre, bien gracias. Son juegos de palabras, juegos del mexicano infante, juegos DE PURA LENGUA.

La cuenta termina, o el ciclo se cierra, a los cuarenta, no se sabe por qué. Pero hay otros ciclos, o, por transformación fonética, siglos que también cierran la cuenta en la misma cantidad. Cuarenta días y cuarenta noches, sin comer ni beber, ayunó Jesucristo en el desierto. En tres siglos de cuarenta años cada uno, Moisés fue asesino, pastor de ovejas iluminado, y liberador de su pueblo. Los adoradores de imágenes que sacó de Egipto, vagaron un siglo de

cuarenta años en el desierto hasta que todos murieron para que, como hasta la fecha, ningún idólatra pudiera entrar a la tierra prometida. Y así sucesivamente. Pero aunque ningún idólatra entrará a la tierra prometida, ni cuarenta es ley, ningún número debe ser motivo de superstición, como para muchos son el siete, el trece, o el nueve.

La vida moderna ha impuesto nuevos siglos a quienes transitamos por ella. El siglo más pequeño que medimos es el segundo; luego el minuto, y así sucesivamente. Hay siglos de veintiocho días, como los de la luna, de cincuenta y dos años, como los de los aztecas precolombinos, o de cien años como los de Macondo. También hay siglos que simplemente se llaman “tiempos”, como cuando se dice que “Al final de los tiempos cada quien cosechará lo que sembró”. Finalmente, hay un siglo muy significativo para muchos: el siglo de quince días, o “quincena”, por la que muchos pierden o recuperan la fe en los gobiernos; por la que muchos comercios viven o mueren; por la que muchos hombres y mujeres dan el sí, o el no; por la quincena, en fin, hay quienes se atreven a vivir el siglo diario de cada día.

Entre tantos ciclos, siglos y medidas, que cada quien los mida como mejor le parezca. Yo en estos pasatiempos los mido de a veinte. Durante dos de ellos, he hablado DE PURA LENGUA, sin trabas ni cor tapisas, con *todísima* libertad. Gracias Cartapacios, gracias Noticiero. He hablado de papas y camotes, de perros y de zorros, de priístas y de panistas, de sabios y de ignorantes, de lo profano y de lo divino, de todo lo que cabe en el jarrito que es el alma humana sabiéndola acomodar.

A los que se entretienen con estos pasatiempos, que son pocos pero bien contados, en lengua franca les he dicho que “A veinte”, y hoy les digo

que “A cuarenta”. A cuarenta pasatiempos, laboriosamente contruidos, hemos llegado. Dos siglos de pasatiempos DE PURA LENGUA, y aunque la tentación es grande, y mi trabajo mucho, ojalá y no se acabe la cuenta, para seguirles hablando, a veces sí, y a veces no, DE PURA LENGUA.



LUNA, LUNA, DAME UNA TUNA, cantaban las abuelitas de mis tiempos, sentadas a la puerta de su casa, con los nietos en las rodillas, haciéndolos entrar en un misterio lunar, en un misterio lingüístico, y, finalmente, en una comunión de misterio con ellas. Bien entonada y con buen ritmo, esta rima sin sentido no producía tunas, sino maravilla, y la tuna que se había ido a la laguna parecía irremediablemente perdida.

Para este nieto en las rodillas de su abuelita Manuelita, la hacedora de cuentos, la sembradora de huertas y praderas a la Emily Dickinson, luna era la de queso, cercana en el cielo con agujeros de estrellas; y laguna, la de Cuyutlán, la del Túnel, hoy Calle Hidalgo de Manzanillo, en donde se aprendía a nadar, bucear, pescar y remar, antes que a decir “Dos por dos son cuatro” o “Gracias” y “Por favor”.

En días de increíble riqueza de especies y especímenes, se pescaba *lisa*, *furel*, y mojarra con *fisga*; sardina con balde o con canasta; pargo y robalo con anzuelo o con arpón del que los buceadores llamaban *pistola*; camarón con redes manuales; piñas *a gante*; y, si era la temporada, otras clases de pescados a mano, vivitos y coleando, cuando había *varazón*.

Por diversión, aprendizaje, o para completar el plato, los jóvenes del túnel pescaban con anzuelo, con camarón vivo, a todas horas del día, y lo único que necesitaban era ir, o mandar a su hermano menor, a sacar el camarón en la Boca del túnel, por donde fluía el mar hacia la laguna y la laguna hacia el mar, al vaivén de la marea. Si se sabía cómo, se atrapaba el camarón vivo y del tamaño apropiado; y con él, el pargo y el robalo que abundaban en la

Boca. Con frecuencia se pisaban camarones enterrados en el limo, demasiado grandes para carnada; aptos, si acaso, para la exportación, que una vez atrapados por placer, se devolvían a la laguna por su ineptitud para el anzuelo.

Nadie tenía que morir de hambre en el Túnel, pues *malacapas, medios y cuatetes* (mojarras, lenguados y bagres) no eran comerciales, y se tiraban, sin devolverlos al mar, para que no le estorbaran a otros pescadores. Los niños le vendían jaibas a centavo a la señora de los puercos, o las echaban en sus baldes o canastos para alimento de sus propios animales. Nadie las comía, excepto los puercos y los conocedores, que al mojo de ajo, las rociaban con cerveza o con chango para hacer las once.

Para un niño del Túnel, como yo, los cuentos en los que los diamantes se recogen con pala, las pepitas de oro con la mano, y las monedas en cofre, no tenían nada de extraordinario. La laguna, con sus más abundantes, sabrosas e igualmente fáciles riquezas, era un mundo asombroso, más misterioso, más fascinante, y sin tantas mentiras como el mundo de los cuentos.

El túnel, las rimas y consejas sin sentido de la abuelita eran un mundo más cercano y más real. Con el nieto en el regazo, las abuelas aconsejaban de qué parte del cuerpo humano comprar la carne, contaban que “los maderos de San Juan piden pan y no les dan”, y le pedían tunas a la luna, como la que se les había caído a la laguna.

Luna, luna, dame una tuna. El misterio de estas rimas nunca fue DE PURA LENGUA.



LA QUE ME DISTE SE ME FUE A LA LAGUNA, decía la rima sin sentido de la abuelita, y los maravillosos nietos que la escuchaban sentados en sus rodillas, trataban de descubrir el misterio: ¿cómo es que la luna era de queso y también daba tunas?

Que la luna sea de queso, o que los maderos de San Juan pidan pan, no es problema. Por lo menos no es problema científico: la petición de los maderos no es un fenómeno social, ni tiene importancia para entender el presente, y si piden pan y no les dan, que pidan queso.

Además, las rimas sin sentido, no son literatura. Pero cuando sociólogos, historiadores, políticos y literatos se desentienden de este problema, no hay que reprocharles; hay que darles las gracias. Y hay que darle gracias especiales a un lingüista de segunda mano que conozco, porque este problema pertenece, por derecho propio, al país de Alicia, el de las maravillas, y no al de la ciencia, por más que este lingüista se empeñe en confundirlos.

El país de las maravillas es el de *Humpty Dumpty*, el huevo que se sentó en una barda, se dio una gran caída, y ni todos los siervos del rey lo pudieron volver a *juntar*. Es el país de las orugas que fuman pipas de opio, y de los hongos que tienen lado izquierdo y lado derecho. Es el país de los gatos con sonrisa y de las sonrisas sin gato. Es el país de los que reprenden y disciplinan a sus nenes porque, sólo por molestar, estornudan cuando huelen la pimienta. Es el país donde los ratones cuentan colas muy largas y cuentos muy áridos, y todo con la misma palabra.

Es el país en donde, sea DE PURA LENGUA, o sea de corazón, se habla de coles y de reyes, y se indaga sobre la posibilidad de que los puercos tengan alas.

Vivía en el país de las maravillas mi tío Celso Morales, trovador solitario que componía sus propias canciones, y no tocaba por nota, sino por centavos. En una de sus canciones se quejaba de que una vez que cayó a la cárcel por causa de sus muchas deudas, los ratones le comieron el gabán, y se lo dejaron lleno de agujeros “por arriba, por debajo, por delante y por detrás”. Vivía en el país de las maravillas Chava Flores, que conocía un piojo y una pulga que se iban a casar, y no se casaban por falta de *maiz*. Cuando finalmente lo consiguieron, siempre no se casaron porque el gato se comió al padrino que era un ratón. Vivía en el país de las maravillas Pombo Trujique, cuya novia se “resbalaba” en “La Piedra Lisa”. Y en Comala también, pero con los mariachis. Ninguno de éstos tuvo sociólogo ni historiador, y el mundo quizá jamás llegue a conocerlos como a Alicia, porque ellos no tuvieron un literato como Lewis Carroll que los inmortalizara.

También viven en el país de las maravillas los que se preguntan, los que todavía no saben, qué fue primero, el huevo o la gallina; ni si Adán tuvo suegra u ombligo; ni si Dios puede hacer una roca tan grande que ni él mismo pueda levantarla. Al mismo país pertenecen los que hablan de Dios sin conocerlo, como el santo Job, que cuando finalmente tuvo con él un encuentro personal exclamó: “De oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”. Y también son del mismo país los que le buscan la cuadratura al círculo, los que le buscan tres pies al gato y los que se quejan del número indecible, la raíz cuadrada de dos. De cualquier modo, científicos o del país de las maravillas, estos asuntos son cosas admirables y asombrosas, y, aunque a muchos les parezcan, no son maravillas DE PURA LENGUA.



“BORREGUITO”, “BEEE”; “Borreguito”, “Beee”; “Ven para acá”; “Nos been”, contaba Chuy Aguilar, viejo compañero de la Normal, mi maestro de vagancia, y hacedor de terribles maravillas. Nadie como él para explicar la vida y sus vaivenes, para instruir en el arte del piropo (hoy, acoso sexual), o para fascinar con hechos, historias y hazañas como la de comerse un pájaro crudo para ganar una apuesta. Y es que Chuy Aguilar vivía también en el país de Alicia, el país de las maravillas. A cuarenta años de distancia, su perro tejonero, su rústica sencillez, y su vocabulario del más puro madrileño, todavía me causan admiración.

Así también me asombra Emily Dickinson, de Estados Unidos, que decía: “Para plantar una pradera, se necesita un trébol y una abeja; un trébol, una abeja, y una ensoñación. Si las abejas escasean, basta la ensoñación”. Emily sabía de lo que hablaba, y sus versos demuestran su amplia experiencia de hacedora de maravillas. Nacida en 1830, se recluyó en su casa en 1856, y de ahí poco salió. En 1886, tuvo que darle cuenta al Creador, y murió con fama de extravagante, de anacoreta, de mujer rara del pueblo. Pero ella sabía lo que muchos quizá no sepan, y decía: “Nunca he visto un brezal, ni nunca he visto el mar. Pero conozco el brezo y sé lo que una ola debe ser. No he conocido a Dios, ni nunca he entrado al cielo. Pero de que el lugar existe estoy segura, como si dieran comprobante”.

De por lo menos 1775 poemas, sólo publicó cuatro en el transcurso de su vida. Como dice Agustí Bartra: “No conoció el mundo, pero un universo vivió dentro de ella. Realmente, para que la maravi-

lla se realizara, sólo necesitó una casa silenciosa, una ventana que daba al jardín, y la llama de su pasión”. Estoy de acuerdo con Agustí Bartra, pero habría que recordarle que Emily le decía ensoñación.

Desde su auto-impuesta prisión, Emily se propuso: “¿Cambiar? Si las colinas cambian. ¿Flaquear? Cuando el sol dude de que su gloria sea la perfecta. ¿Hartarse? Cuando la florecilla se harte del rocío. Señor, lo mismo que ella, lo deseo yo”.

Con su buen oído, oía que las hojas de los árboles murmuraban, los arbustos repicaban, y las paredes de las cuevas avisaban; por lo tanto, se quejaba de que los centinelas de la naturaleza no la dejaban a solas, y de que la creación fuera como una gran grieta que la hacía visible. Visible, sí, ¿pero ante quién?

Emily se asombraba del dolor nostálgico por lo divino que un cierto sesgo de luz invernal le producía, oprimiéndola como la música de las catedrales y causándole cambios internos de importancia. Asombrada, se daba cuenta de que “No hay nada como un libro para llevarnos lejos; y no hay mejor corcel que el brío de la poesía. Es una travesía que hasta el más pobre emprende sin gasto de peaje. El alma humana viaja en carreta ligera”.

El país de Alicia es un país DE PURA LENGUA, a donde se llega por medio de la ensoñación. Allí, si se camina, se puede ir a cualquier parte, aunque se camine en sentidos contrarios, como caminan Chuy Aguilar y Emily Dickinson, ambos del país en donde las palabras significan lo que uno mande, aunque cobren horas extras. ¿Quién quiere estar despierto con maestros así? Chuy, Emily, mis maestros DE PURA LENGUA.



Para María Elena Andrade, la niña seria; Teresa Cárdenas, la amada esquiva; Adelita Cortés, la hermana de todos; Teodora Chávez, la amada ausente; Estela de la Mora, la chispa de la vida; “la China” Guerrero, angelical; María Elena Maldonado, la sabia; Esperanza Mesina, la mujer feliz; Lilia Molina, por siempre Lilia I; Alicia Navarro, la compañera incuestionable; Gloria Núñez, el alma gemela; Carmen Orozco, la sal y pimienta; Hilda Pérez, la hermosa sutil; Gloria Ríos, la amiga de nuestra nostalgia; Bertha Silva, que tanto nos quiso; “Soco” Zamora, cuya casa fue siempre de todos; “Chelo” Robles, que ahora ya sabe; “Chuy” Aguilar, mi maestro de vagancia; Rafael Álvarez, el gallo tierno; Sergio Amezcua, el amigo fiel; Cuauhtémoc, el vago de la lengua proverbial; “Lalo” Cabrera, el que sublima la vagancia; Jorge Cueva, el otro amado ausente; “Chuy” Enríquez, el joven genial; Tebo Gómez, el modesto sin necesidad; “Peri” Mancilla, que nos permite la broma porque nos quiere; Cayetano Moctezuma, el muchacho alegre; Miguel Montes, el comalteco fiel; Apolonio Rojas, de magnífica insularidad; Felipe Ureña, el amigo sincero; Juan C. Vázquez, el hombre marca diablo.

QUE VEINTE AÑOS NO ES NADA, dice la famosa canción, pero ¿qué tal cuarenta? O cuarenta y cuatro, que son los años que cumple de egresada mi generación de profesores normalistas de la antigua Universidad de Colima. ¿Podríamos decir que nuestras canas, arrugas, o papada no son nada? ¿Que hijos e hijas, que yernos y nueras, que nietos y nietas no son nada? ¿Que puentes dentales y achaques no son nada?

Que somos los mismos, es cierto. Somos los mismos a pesar de que nuestros cuerpos nos contradigan y la sociedad entera nos acuse de acumular tres falsas edades en lugar de la verdadera, la de la eterna primavera, que está en nosotros, aunque nadie la vea y sólo nosotros lo sepamos. Que hemos cambiado también es cierto. Nuestras almas, esas ánimas que nos animan o dan vida, son cada vez más fuertes, y su fuerza va en razón inversa a la de los féretros inertes que como caracoles arrastramos en nuestro diario transcurrir. Transcu-

rrimos, sí. Nuestras ánimas humanas son más fuertes que la carne, a pesar de su jadeante resistencia, y a pesar de la cada vez más obvia evidencia de que el hombre es como la hierba del campo y como la flor de la hierba del campo: risueño como la hierba, hermoso como la hierba, pero que se marchita y cae. También es cierto que debemos cambiar. Ya transcurrimos por la vida, ahora es tiempo de trascender la vida. Ya es tiempo de sobrepasar los límites que la herencia, la costumbre, la cultura, y la tradición, injustamente nos han asignado. Porque cuarenta y cuatro años después, somos más jóvenes en nuestra debilidad que débiles en nuestra antigüedad. Ya es tiempo de trascender, pero ¿cómo le hacemos? Como todas las cosas verdaderas, ésta también es sencilla. Hay que llegar más allá de las alturas. Hay que dejar los intereses personales y buscar la Ciudad sin Templo. Guiados por la fe, emprendamos el camino. Hagámonos dignos del mundo que con certeza esperamos y que, con la convicción de que existe, anhelamos: la Ciudad sin Templo.

Sigamos la paz con todos, hasta donde nos sea posible, y la santidad, sin la cual nadie podrá entrar a la Ciudad. Queremos llegar al monte santo, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la generación de los primogénitos cuyos nombres están inscritos en los cielos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, al mediador del nuevo pacto, a la Ciudad sin Templo. Buscamos la ciudad que tiene un nuevo cielo, donde ya no hay muerte, ni clamor, ni dolor. Buscamos la ciudad cuyas puertas no se cierran de noche porque no hay noche qué temer; la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios, y cuya luz es el Cordero. La Ciudad sin Templo porque el señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo.

Con cariño les deseo que tengan ojos para ver y oídos para oír, y que tengan éxito en este peregrinaje. Y lo digo de corazón, NO DE PURA LENGUA.



EN EL MUNDO ESTÁN SUCEDIENDO cosas increíbles, dijo José Arcadio Buendía cuando vio que Melquiades, el gitano de barba montaraz y manos de gorrión rejuvenecía ante sus propios ojos en virtud de una dentadura postiza, que era la primera que veía. Ni cuando descubrió por sí mismo la redondez de la Tierra y sus implicaciones para la navegación, se maravilló tanto como en aquella ocasión; y eso que ya había conocido el imán, el catalejo, la lupa, el astrolabio, la brújula, el sextante y la alquimia, todos traídos a Macondo, a muy buen precio por cierto, por el gitano Melquiades.

Aunque decía que el saber de Melquiades era intolerable, su propia y colosal sed de saber, y su desaforada imaginación, siempre lo llevaron a buscar la explicación y la consecuencia de lo que le maravillaba. Así descubrió algunas leyes científicas y sus aplicaciones; así inventó máquinas de guerra; así emprendió su descubrimiento de la mar *océana*. Así, sabio de siempre, antiguo y moderno, ejerció en todo momento su pasión por el estudio y la experimentación.

Como a Macondo, a Colima también siguen llegando noticias asombrosas. En astronomía, la increíble armonía del universo, todavía sin ninguna explicación; en geografía, el movimiento de rotación de la tierra, que no produce señales perceptibles para ninguno de los sentidos del hombre; en física, en un mundo de aparente inercia, el increíble viaje autónomo y la increíble velocidad de la luz; en biología, la precisión y rigidez de las leyes de la herencia que dejan el fenómeno de la aparición de la vida, y el origen de las especies, sin más explicación

científica oficial que la increíble hipótesis de que todo lo que vemos, y la presencia misma del hombre, sucedieron al azar. Y así sucesivamente. Excepto por el poder de Dios, no parece haber ninguna explicación suficiente para estas maravillas.

Las ciencias sociales, patitos feos del indagar del hombre, también tienen sus misterios. En psicología, la ciencia de la determinación inconsciente de la conducta, asombra la rebelde autonomía del ser humano con manifestaciones como el altruismo que lleva a dar la vida por otro, aun en contra del instinto de conservación; en lingüística, el pronto, universal y perfecto aprendizaje de la lengua materna, y la increíble y feroz contradicción de las teorías que tratan de explicarlo; en antropología, la existencia de ciertos rasgos culturales universales que han llevado a la asombrosa pero falsa propuesta de la existencia de una conciencia universal; en historia, la torpe repetición de los errores del hombre. Y así sucesivamente. Cosas inexplicables si no se recurre a Dios.

Como a José Arcadio, no nos queda más remedio que el estudio y la experimentación personales, porque si las ciencias no explican, ¿quién sino Dios podrá explicarlo todo? Sin decirle cuáles, a Alicia en el país de las maravillas le enseñaron a creer diariamente cinco cosas increíbles antes del desayuno. Yo, por mi parte, desde que tuve mi famoso encuentro personal con Dios en 1982, como cristiano creo en más de cinco, siempre las mismas, a toda hora y en todo lugar.

Con esas cosas increíbles que creo, es suficiente para dar a entender lo que muchos no quieren entender. O para contradecir a los que prefieren creer en extraterrestres, en sabidurías paganas,

en las panaceas que se anuncian por la televisión, o en las que ofrecen los políticos en tiempos de campaña. Que con su PAN (o con cualquier otra cosa) se lo coman.

Pero no es suficiente creer. Puesto que nos gobiernan, es necesario que nuestras creencias sean racionales; si no lo son, se convierten en fanatismo. Y si no la gobiernan, son creencias en vano, de dientes para afuera, de puro pico, religiones DE PURA LENGUA.



EN UN CUENTO DE PIRATAS, de esos en que el autor le da a uno la libertad de imaginarse los detalles, aprendí dos o tres frases del estribillo que ahora cito de (imperfecta) memoria: “Que es mi barco, mi tesoro; que es mi dios, la libertad; mi amor, la brisa y el viento; mi única patria, la mar”.

Hoy me doy cuenta de que un hombre así, como Espronceda, es peligroso. Si es dueño de su tesoro ¿con qué podemos sobornarlo? Si su amor es tan libre ¿quién y con qué puede atarlo? Si su patria es tan abierta ¿quién puede darle o negarle permiso? Y si ya conoce un dios ¿quién podrá excomulgarlo? Los piratas de Garfio, el adulto archi-enemigo de Peter Pan —el niño eterno—, cantan que “En la vida no hay nada mejor que ser pirata, señor”. Y hasta cierto punto, les doy la razón a ellos y a Espronceda pues, en esa libertad, ¿quién no quiere vivir?

Pero la realidad es otra cosa. El tesoro paga impuestos, la patria tiene otros dueños, hay dioses falsos, “y el amor se acaba” (como dice un cantante que seguramente sabe de lo que habla). Cada uno de estos privilegios de la libertad tiene su costo, y cuando uno se niega a pagarlo, se convierte en pirata. Y a los piratas, los atosigan hasta los pulpos de la televisión que tratan de convencerlos de que no vendan o compren los artículos que mejor pueden pagar, sino los que enriquecen desmedidamente a quienes los venden, los pulpos y sus pulpitos. Y todo en el nombre del libre comercio, que de libre no tiene nada. Pero en fin, cuando los dueños de la patria venden la patria (bajo el nombre de inversión extranjera), ¿qué podemos hacer?

Más claro no canta el gallo. La libertad de Espronceda, el pirata de escritorio; la de Garfio, el pi-

rata de caricatura; la de Peter Pan, el niño de a mentiritas que se niega a crecer; y la de otros como ellos, no es la misma que otros quisieran, y ni siquiera es la misma que ellos quisieran, a pesar de lo que cantan.

Yo también conozco una canción de hombres libres. Es una canción que a muchos les ha costado persecución, cárcel y muerte. La canto con libertad, como hombre libre, y me gusta cantarla por causa de esa libertad que tengo. Esa canción no es nueva, pero en mí se renueva cada mañana. Es una canción de libertad y estoy dispuesto a enseñársela al que la quiere cantar.

Cuando la canto, sé que me pongo en el mismo *mare magnum* que Espronceda, que Garfio, y que muchos otros inadaptados: motociclistas, tenorios, rebeldes, anarquistas, nihilistas, sectarios, heterodoxos, místicos, fanáticos, *padresamaros*, y otros revolucionarios que no se conforman con lo que encuentran en la sociedad ni en la uniformidad social. A éstos los persiguen los que conforman y uniforman a la sociedad: gobiernos, religiones, filosofías, ideologías, ciencias, economías, tratados, etcétera. Esa persecución es el costo que hay que pagar por aprender mi canción. Yo lo pagué y lo sigo pagando. Pero si alguno quiere aprenderla, que me avise. Con gusto se la enseño.

Espronceda canta: “Condenado estoy a muerte, yo me río”; pero yo, que destinado estoy a vida, más me río; más y mejor. A Peter Pan lo persiguen Garfio y otras figuras paternas. Al resto, no faltará quién lo persiga. Pero aunque el mundo del que se han apartado los ha condenado a muerte, ellos se ríen.

Por eso, los que quieran cantar mi canción también serán perseguidos, pero se reirán más y mejor porque aprenderán a reírse de corazón, NO DE PURA LENGUA.



ÉSTA ES UNA LISTA DE HOMBRES LIBRES, que la prisión no pudo aprisionar. Defendían la libertad de conciencia, sin importar cuán poderoso fuera el enemigo. Fray Luis de León, cuatro años preso de la dizque santa inquisición por traducir *El Cantar de los Cantares* al español, reanudó sus clases con la famosa frase “Como decíamos ayer”, y demostró que las cárceles le hacían los mandados.

Richard Lovelace, poeta inglés del siglo XVII, peleando por su rey fue a dar a la cárcel; ahí descubrió la libertad y dijo: “Para las mentes inquietas e inocentes, ni los muros son prisión, ni los barrotes, jaula, sino ermitas. Si soy libre de amar, y si en el alma tengo libertad, no hay ninguno tan libre como yo. Sólo los ángeles”.

George Fox, su contemporáneo, fundador de los cuáqueros, pasó dos años en la cárcel por decir que estaba libre de pecado. Lovelace lo habría considerado su enemigo, y si Fox hubiera correspondido, se habrían enfrentado en el campo de batalla. Lovelace defendía con la espada su libertad de amar a su amada y a su rey; Fox defendía con su ejemplo la libertad de amar a su enemigo y odiar la guerra. Ambos fueron a la cárcel sin dejar de ser hombres libres.

Richard Wumbrandt, pastor evangélico, estuvo varios años en una prisión subterránea de nueve metros de profundidad. Sabía que era de día por los aullidos de los atormentados, y de noche, por el silencio sepulcral de la prisión. Cuando lo viera cara a cara, pensaba reclamarle a Dios la injusticia de que, aunque la Biblia dice que Dios hace salir el sol para buenos y malos, para él no salía. Con este y otros reclamos, dudas y exhortaciones que llamaba sermones, compuso y aprendió de memoria un libro que lue-

go publicó. También era un preso libre. Incapacitado por los golpes recibidos, medio muerto de hambre y desnutrición, y atormentado todos los días por un depravado y cruel carcelero, otro preso libre, en otra cárcel, sufría por ser cristiano, sin queja ni reproche, la atroz persecución. Un día el carcelero le recordó todo el poder que sobre él tenía, pero el preso, con voz quebrada y casi inaudible, le respondió: “Yo soy más poderoso que tú”. “¿Cómo, miserable! ¿No sabes que yo tengo poder de vida y muerte sobre ti?”, respondió el feroz carcelero. “Pero yo soy más poderoso”, dijo el preso, “porque tengo el poder de amarte y tú no puedes amarme a mí.”

He leído muchas veces la historia de San Pablo y Silas, otros presos libres que también estuvieron en lo más profundo de una prisión. A media noche, cuello, pies y manos aprisionados en un cepo, ejercitaban su libertad de conciencia cantando llenos de gozo, cuando de repente hubo un temblor. Sus grilletes se rompieron, y las puertas de las celdas se abrieron, permitiéndoles a todos los presos escapar. Creyendo que se habían escapado, el carcelero se quiso matar con su espada, pues la muerte que le correspondía por dejarlos escapar era peor que la que él se quería dar. Pero la libertad de los que cantaban, era tan grande y tan contagiosa que ni ellos ni los otros presos quisieron escapar. Se habían convertido en presos libres y conocían la verdadera libertad. Cuando el carcelero se dio cuenta, lavándoles las heridas, les decía: “¿Cómo puedo yo también tener esa libertad?” Bonitas historias verdaderas, las de estos presos libres que conocen la verdadera libertad; la libertad que ni los muros, ni la crítica, ni el qué dirán, ni las religiones, ni ningún otro prejuicio ni prejuicioso puede apagar. Estos presos son libres, libres de verdad, no DE PURA LENGUA.



COMO DECÍAMOS AYER, dicen que dijo Fray Luis de León (1528-1591) —monje y poeta—, al reanudar sus clases en la Universidad de Salamanca, después de una ausencia forzada de cuatro años. El dicho del Hermano (“fray”) Luis se volvió famoso y hasta la fecha se usa para indicar el retorno menos alharaquiento posible, pero triunfal, después de una ausencia larga e involuntaria.

Fray Luis había estado en la cárcel de la famosa inquisición por el delito de traducir al español *El cantar de los cantares*, uno de los 66 libros que componen la Biblia. En esa época, el Renacimiento religioso en toda Europa le estaba dando duro a la religión oficial, y la inquisición (que mucho tenía de cárcel y de tormento y muy poco de santa), no podía tolerar que una cuña de su mismo palo la apretara. Lo que sucede es que la religión prohibía que el pueblo leyera la Biblia, y Fray Luis fue a dar a la cárcel por traducirla, a pesar de ser figura cumbre de la poesía salmantina del siglo xvi. Al final, mártir y vencedor, logró poner al alcance del pueblo lo que, irónicamente, él y la religión de su tiempo consideraban la palabra de Dios.

Otro mártir y vencedor en la lucha por la verdad que hace libre, fue su contemporáneo Casiodoro de Reyna, monje también, como Fray Luis y como Fray Martín Lutero. Murió en 1582, y su traducción de toda la Biblia, produjo la versión española más antigua que se conoce (Reina Valera, 1565). Si *El cantar de los cantares* costaba cuatro años de cárcel, la Biblia completa le hubiera costado la vida entera. Por lo tanto, el Hermano Casiodoro huyó, antes de que la inquisición le inquiriera. Le fue mejor a

John Wycliffe (1324-1384), monje también. Precursor del Renacimiento religioso, se le recuerda especialmente porque tradujo la Biblia al inglés. El Concilio de Constanza lo condenó *post mortem* dieciséis años después (1415), por lo que su cuerpo fue desenterrado y quemado, y sus cenizas arrojadas al río. Y digo que le fue mejor porque, como el Cid, peleó su batalla, y la ganó, después de muerto.

Llama la atención que una religión persiga tan ferozmente a sus propios hijos, pero hay que entender que la lucha de estos hombres no era por asuntos temporales, sino espirituales, a favor de la libertad humana de actuar según la conciencia, aunque para ello se tenga que desafiar todos los poderes temporales que existan. Ningún dictador puede soportar a los que obedecen a su conciencia más que a ellos, sea la dictadura que sea. Los puritanos eran un grupo de cristianos que en su manera de servir a Dios, querían seguir su conciencia, no la formalidad mundana de la religión anglicana. Religión y estado al unísono los combatieron, como suele suceder. Pero los puritanos ganaron, y Richard Lovelace, poeta anglicano y partidario del rey, fue a dar a la cárcel, en donde escribió: “Para las mentes inquietas e inocentes, ni los muros son prisión, ni los barrotes, jaula, sino ermitas. Si soy libre de amar, y si en el alma tengo libertad, nadie hay tan libre como yo. Sólo los ángeles”.

Pero todo esto es un divertimento, una distracción, un pasatiempo para recordar la larga e involuntaria ausencia y ahora regreso de este hombre a quien la verdad que leyó en la Biblia lo hizo libre, libre de verdad, no de a mentiritas, NO DE PURA LENGUA.



POMBO TRUJEQUE, que en virtud de las relaciones demasiado amistosas entre una dama española y un apuesto indio colimote, traza sus orígenes a la segunda fundación de la Villa de Tuspa, me pide que publique este manifiesto:

“Pombo Trujeque, nacido y avecindado en la Villa de Tuspa, de padres y abuelos también nacidos aquí, reanuda su campaña para gobernador de la Villa, y descaradamente solicita tu voto, para lo cual manifiesta:

Siempre me han llamado la atención algunas personas que cuando hay campaña hablan de amigos y de las cualidades que debe tener la verdadera amistad. Dicen que un amigo debe ser fiel, confiable, generoso y comprensivo; que debe tener un deseo de ayudar, y de serle agradable al amigo. Entiendo que hay otras cualidades que ni siquiera se me ocurrieron, pero si anduviera buscando un amigo, me daría mucho gusto encontrar uno por lo menos como éste. Si alguien puede cumplir estas condiciones se le considera un verdadero amigo. Y no parece demasiado. Después de todo ¿qué otra cosa podría esperarse de un amigo, de un verdadero amigo?

Desgraciadamente para ellos, esas personas que tan bien saben cómo debe ser un verdadero amigo, y que pueden conmovernos cuando hablan de la amistad, esperan también que sus amigos sean como se ha dicho. En esa esperanza, tienen los brazos abiertos para recibir, pero no tienen las manos abiertas para dar, y con el ojo avizor, pasan el tiempo buscando amigos. Pero los buscan en vano, porque los que comparten sus ideas andan buscando amigos también, y ninguno lo encuentra porque todos quieren recibir y a ninguno se le ocurre ofrecer lo que ellos mismos

andan buscando. Finalmente, llegan a la amarga conclusión de que la verdadera amistad no existe.

Por otra parte, los que sí tienen amigos no se preocupan por la teoría de la amistad. La mayoría son jóvenes, y hacen de la práctica amistosa lo más importante: gozan la amistad sin pensarla, y sin buscar amigos, los encuentran. A veces dos amigos viven su amistad como si fuera para siempre, pero la amistad se rompe cuando uno de ellos crece o se enamora. Entonces, la devoción se entrega a otra persona; la generosidad del amigo despojado se vuelve mezquindad y celos, y aun si el amor entre ellos no se convierte en odio, o peor, indiferencia, su amistad ya no es la misma. Ha pasado a segundo lugar.

Si la amistad entre amigos pasa esta prueba, si los amigos son capaces de adaptarse a la nueva situación, entonces quizá serán amigos para siempre, y cuando crezcan, cuando lleguen a la madurez, se asombrarán de la gente que habla de amigos y de la teoría de la amistad, y de las cualidades del verdadero amigo, y de la excelencia de la verdadera amistad. He dicho.

Pombo es joven, y es asombroso oírlo hablar de esa manera. Hay una nota discordante en lo que dice. Parece sabio, parece necio, parece exagerar. Parece criticar y parece condolerse de la existencia de esos desagraciados perfeccionistas que buscan lo imposible mientras disertan DE PURA LENGUA sobre un tema tan involucrado con la generosidad. No sé si eso le gane algún voto, aparte del mío, claro está.

Tampoco sé si lo que dice es cierto, pero su manifiesto es un excelente esfuerzo para decir lo que se quiere decir exactamente como se quiere decir. Es algo que a mí mismo me hubiera gustado escribir. Y por cierto, Pombo es amigo verdadero, no DE PURA LENGUA.



• **POR QUÉ NO ESCRIBES UN LIBRO?**, les preguntan a los sabios cuando los oyen hablar. Algunas veces, la palabra de estos hombres es como calor ardiente, como dolor intenso, como voz que hace tronar adentro; voz a veces fuente fresca, bálsamo que perfuma, sabor sutil. Los que aman esa sabiduría quieren hacerla suya; los que reciben la vida que hay en ella quieren eternizarla. Como niños que beben la leche espiritual no adulterada, quisieran seguir viviendo de esa palabra que es más buena que el pan, más dulce que el mosto de uva, más deseable que el oro, y como la misericordia de Dios, nueva cada mañana. Si alguna palabra sale de la boca de esos sabios, no falta quién se la recoja y la convierta en escritos, escrituras, biblias y bibliotecas.

Francis Bacon, sabio del siglo xvi, dice en sus *Ensayos* que el estudio sirve para deleitar, para adornar, y para capacitar; pero advierte que estudiar demasiado es pereza, y que adornarse demasiado con estudios es fingimiento. Por eso Pombo (y de cariño Pombito) ya no quiere estudiar. Cree que de escuelas ya sabe bastante. La verdad es que, como muchos otros, Pombo nunca pudo ganar el derecho de pasar a segundo año de primaria, y aunque sería feliz si alguien le pidiera escribir un libro, ya no quiere volver a la escuela.

Si trato de convencerlo, me contesta como John Donne, graduado de la Universidad de Oxford, poeta frívolo, cínico y mundano del siglo xvii, quien preguntándose cuándo habría una mujer bonita, sincera y fiel, contestaba: “Cuando alguien atrape una estrella fugaz, me diga dónde están los años que pasaron, o me enseñe a oír el canto de las sirenas”. Sin embargo Donne, católico de nacimiento, vivió una vida di-

sipada y sin freno hasta que, arrepentido, se convirtió al anglicanismo, la religión oficial de Inglaterra, y se transformó en el principal poeta de temas espirituales y filosóficos, y en el predicador más famoso y elocuente de su tiempo. Además, se hizo esposo de la que seguramente fue la estrella fugaz que él buscaba.

Pero Pombo es más terco. Resentido con el sistema, está decidido a no volver a la escuela hasta que dejando de ser meritatoria, la educación sea verdaderamente obligatoria. En otras palabras, hasta que el niño tenga que cursar la educación obligatoriamente, con independencia de las calificaciones que obtenga.

Si le aconsejo que por lo menos lea un libro, me contesta que ya leyó uno, pero que no le gustó porque no tenía monitos. Si le digo que en el estudio no todo es diversión, me contesta que él y Cervantes (que no necesita ninguna presentación) están de acuerdo en que La literatura debe deleitar y enseñar al mismo tiempo, y, por supuesto, promover el uso de la razón.

Estoy seguro de que debe haber un libro así, que se le pueda recomendar a Pombo. Un libro que sin tener monitos, satisfaga; que sirva para deleitar, adornar y capacitar, como dice Bacon; que deleite, enseñe y promueva el ejercicio de la razón, como dice Cervantes. Un libro que diga la verdad. Bacon dice que hay libros que se prueban, libros que se devoran, y libros que se mastican y digieren. Yo quiero uno de esos para Pombo. Yo quiero para él un libro que masticado y digerido, convierta el alma, enseñe, corrija, instruya en justicia, exhorte con paciencia, haga sabio al sencillo, haga al hombre perfecto y preparado para toda buena obra. Un libro como la Biblia, pues, un libro que no se haya escrito, ni se lea, nomás DE PURA LENGUA.



VÉNGASE CON SU PAPI es el lema del PAPI, que Pombo Trujeque acaba de fundar en la muy noble y leal Villa de Tuspa (si otros que a nango no me ganan quieren vivir del presupuesto, ¿yo por qué no?, dice Pombo, con sobrada razón). Para anunciarlo, lanzó este manifiesto:

Pombo Trujeque, a todos los que se enteraren (y a los que no, no), hace saber:

Que en pleno uso de mis facultades (aunque mi psiquiatra opine lo contrario), no por corregir el error de vivir fuera del presupuesto (aunque esta mentira me convierta en el hazmerreír de los demás políticos), ni para engordar la caballada (porque me propongo establecer una nueva manada), he decidido fundar el PAPI y lanzarme como su único y vitalicio candidato de unidad. Para los fines a que haya lugar. Dado a los 32 grados centígrados y como a cuarenta mil metros de altura en la Villa de Tuspa. ¡Véngase con su PAPI! He dicho.

Aunque a veces desconfío de las iniciativas de Pombo, me siento comprometido a explicar sus puntos de vista para protegerlo del “qué dirán”. Para eso son los clubes de amigos, para que nos cuiden las espaldas. Especialmente, quiero protegerlo de los otros partidos de la Villa de Tuspa, que en cuanto se enteren del PAPI tratarán de negarle presupuesto para sus campañas y evitarle las alianzas políticas con los demás. Pombo pertenece a una familia de plebeyos de abolengo. Uno de sus antepasados ganó el derecho de votar para siempre en todos los plebeyitos que el Gobierno le proponga al pueblo. Pombo es heredero, en primer lugar, de ese derecho y come ansias de pasar a la historia como el primer plebeyo que lo ejerza. Yo le

hago notar que para que eso suceda hace falta el primer gobernante que sea tan nango como para preguntarle a la gente lo que quiere, pero él no entiende, e insiste en lanzarse a la política para ganar para todos el derecho de que los gobernantes oigan sus clamores. Para beneficio de los que quieran hacer hoy la historia de mañana (no como en la Villa de Tuspa, en donde la historia de ayer se hace hoy), le pregunto a Pombo qué quiere decir PAPI, pero sólo me dice que el PAPI es un partido autóctono, de pensamiento iconoclasta y ansía que llegue el día en que todos en la Villa de Tuspa tengan su PAPI.

Pombo está tan entusiasmado con su idea que hasta me ha invitado a ser el segundo miembro del PAPI. Para convencerme, me ofrece una candidatura plurinominal, que en los estatutos será definida como candidatura de lástima o de extrema corrupción y estará reservada sólo para los dueños del PAPI y para sus consentidos. Le pedí tres sexenios para pensarlo e inmediatamente accedió. Pombo propone y la plebe dispone, me dijo.

Pombo quiere invitar a otros partidos a hacerlo su candidato. Me gustaría que por fin trabajaran por un hombre honrado. Si algún partido se anda ahogando y busca candidatos externos, que me avise. Me gustaría que ellos también tuvieran su PAPI. Cuando le dije que por causa de los repugnantes amasiatos ideológicos que se darían esa idea no me parecía muy buena, me dijo que la idea era tan buena que el PRD ya se la ha copiado varias veces.

En otras palabras, Pombo anda como loco por el PAPI, y andando en esa borrachera no atiende razones. Si alguno quisiera mi opinión sobre este asunto, le pediría por lo menos un sexenio para pensarlo, pero si no insistiera, se lo agradecería de corazón, no DE PURA LENGUA.



ÉSTE ERA UN GATO con los pies de trapo, y los ojos al revés, contaban los exánimes padres para defenderse del acoso infantil (que todavía no ha sido tipificado) cuando los hijos, implacables y sin *llenadero*, les pedían “un cuento”, y otro y otro sin tenerles ninguna consideración. Ser desconsiderado con los padres debe haber sido cosa terrible y conducta confesable por lo menos una vez al año, por la cuaresma. Si tan sólo lo hubieran entendido, los desconsiderados se habrían acusado y arrepentido de más de cuatro siestas rotas, de *sincuenta* conversaciones maritales frustradas, y de un sinfín de intimidad interrumpida por la impertinente petición. Pero no lo entendían, y a horas y a deshoras, pedían “Cuéntame un cuento, papá”.

Así, jugando al gato con los pies de trapo con el último aliento de su paciencia, los papás se los quitaban de encima, discreta y amablemente. Hoy los ponen a ver televisión, y muchos confiesan que les da buen resultado. Mejor que un padre cansado del mismo cuento, la televisión educa a sus hijos sin cansarse de contarles las mismas historias, con los mismos conflictos, con las mismas soluciones violentas, con las mismas escenas y canciones pornográficas, con las mismas caricaturas demoniacas, y con los mismos espectáculos que se adueñan de la realidad y la fantasía de los niños espectadores. Hoy en día, los aliviados, pero brutos padres, ya no tienen que molestarse en educar a sus hijos contándoles el cuento del gato con los pies de trapo y los ojos al revés (¿Quieres que te lo cuente otra vez?).

Sólo los abuelos de antes, los viejanos que conocieron el chorizo de amarrar perros y la ropa in-

terior invisible, que tenían más años que el caldo, y más callo que un abulón, evitaban devolverle al malcriado una sopa de su propio chocolate. Al llegar al final de su vida de padres sustentantes, se convertían en abuelos sustentados por sus antiguos sostenidos. A esa edad y en ese estado, contar cuentos era casi una razón de ser, uno entre tantos innecesarios *granjeamientos* del lugar que ocupaban, del pan que tomaban, y de la atención que recibían.

Los que hoy entienden a sus abuelos, parafrasean a Amado Nervo: “Si tienes un abuelo todavía, da gracias al Creador que te ama tanto que no todo mortal cantar podría, dicha tan grande, ni placer tan santo”. No en balde, los malcriados de hoy se rebelan contra los padres que les hicieron *perdedizos* a sus abuelos, y se los cambiaron por una *desabueldada* televisión.

Pero no todos los viejos llegan a abuelos. Alguien rico, manteniendo el poder económico y la espada de Damocles de la herencia, prefiere seguir siendo padre de más de cuatro, y con las riendas bien puestas en sus hocicos, los gobierna y educa no para morder, sino para besar su mano patriarcal. Hasta el día de su muerte, será el papá de los pollitos, el sostén de la cada vez más numerosa familia de mantenidos: hijos pelicanos y arrugados, nietos presumidos e insufribles, yernos atendidos e improductivos, y, si no es redundancia, nueras vanidosas y vacías. Todos éstos, siempre de luto anticipado, viven del cuervo mayor, esperando la oportunidad de sacarle los ojos, llevando (sin equívocos), la cuenta de los años, de los meses, de los días.

Aunque ya sin abuelos, yo tampoco pierdo la cuenta. Como José Alfredo, “de una vez pa’ todo el año”, llevo ya cincuenta y dos semanas de escribir

estos pasatiempos DE PURA LENGUA. Más incansable que la televisión, he repetido los mismos temas de coles y de reyes, de gatos de pies de trapo, de chivos y de mulas, y de uno que otro viejo buey. Y, a veces sí, y a veces no, ha sido DE PURA LENGUA.



NO MATARÁS, le dije a Pombo, impresionado por la verdad y sencillez ya inaudita, y por la contundencia ya inusitada del mandamiento bíblico, cuando lo vi arreglándose para salir. Extrañado, porque no iba vestido de soldado gringo, se detuvo un momento y se sonrió como el pajecillo que describe José M. Pemán con bien medidos y rimados versos: “Calza de seda, fieltro emplumado, tahalí bordado de cordobán; al ferreruelo broche de piedra, y a la goli-lla, rico collar”.

“No matarás”, le repetí, cuando abrió la puerta para salir. Me miró fijamente, con respeto porque me estima, con seriedad, porque me toma en cuenta, y con incredulidad, porque me conoce y sabe que no me meto en lo que no me importa de balde, tratando en vano de penetrar la intención de mis palabras. Y luego, parodiando a Poncio Pilatos, me respondió: “¿Qué es matar?”, y sin darme tiempo de nada, agregó:

No matarás, dice el mandamiento, pero los que no tienen conciencia del mismo, o no se sienten obligados, simplemente hacen lo contrario, quieta y calladamente, o hasta con anuncios en la televisión. En lo jurídico, se legaliza lo ilegal, en lo social se le da aceptabilidad a lo inaceptable, y en la guerra, el propósito es matar; y, como en la novela 1984, hay bárbaros que lo hacen en el nombre de la paz.

El adulterio, el alcoholismo, el tabaquismo, la prostitución, la producción de armas y otras conductas justificadas legal o socialmente son mortales pero nadie las penaliza. Y sobra quién quiera despenalizar el aborto. Que les pregunten a los que venden y consumen bebidas embriagantes, cuerpos, o armas, por qué protestan contra

la guerra y al mismo tiempo dicen “No matarás”. Ellos mismos matan o se matan de ésta y otras maneras. Justifican la guerra que mata, pero vende armas, que reconstruye lo destruido con grandes ganancias, que les da empleo a dos o tres ejércitos, y que permite la venganza. Entonces ¿por qué critican? Hasta a los animales se les atribuyen razones justas para matar. “Es duro el invierno, y es horrible el hambre. En el bosque helado no hallé qué comer, y busqué el ganado, y en veces comí ganado y pastor”, dice el lobo de Gubia, el terrible lobo.

Los que se justifican para matar, dicen “Perdóname, pero no me queda otro remedio”; o “No lo pude evitar”; o “Lo maté porque sabía demasiado”; o “Lo maté porque me miró feo”. Y así por el estilo. La verdad es que están tratando de enderezar una acción que el mandamiento considera chueca, o están tratando de exculpar la violencia, que el mandamiento considera culpable.

Ya al cerrar la puerta dijo Pombo: “En cuanto a mí, tranquilízate. No voy a Irak, sino a la Universidad. Hoy es la mesa redonda *El derecho de abortar vs. El derecho de nacer* y no me la quiero perder”. Y saliendo tan campante como el Rey Arturo después de su propia mesa redonda, me dejó mudo de la lengua, mudo DE PURA LENGUA.



CADA CABEZA ES UN MUNDO, dicen algunos para justificar su independencia individualista y la férrea voluntad que otros, menos generosos, llaman terquedad. Hablando DE PURA LENGUA, de tercicos y de terquedad, los tercicos son personas que, montados en sus machos, son capaces de nadar contra la corriente, de sobarle el lomo a un tigre a contrapelo, de encontrarle tres pies al gato y, encima de todo, salirse con la suya. Un buen ejemplo de terquedad nos lo dio Benito Juárez, al empeñarse en conservar la República, con sus Leyes de Reforma. Esa terquedad fue para su gloria, para beneficio de nuestro país, y hasta para el de aquellos que hoy, excomulgados de su religión, y amparados en sus investiduras oficiales, no lo pueden ni ver. Hoy ya no hay muchos que tomen las excomuniones en serio. No era así cuando Thomas Becket murió asesinado por excomulgar a ciertos personajes. El quinto golpe, el de gracia, se lo dio uno de sus clérigos, y fue tan violento que le sacó y le desparramó los sesos por todas partes.

Otro terco es Sísifo, que representa la infructuosidad del esfuerzo humano cuando trata de ser su propio salvador. Terca es la araña que setenta veces siete reconstruye su tela desgarrada. Terca es la cabra en el puente que, por no ceder, cae en el agua. Y terca de toda terquedad es la mula, alegoría prototípica de este rasgo humano que, muchas veces también es relativo: deseable o indeseable, sublime o execrable, o todo lo contrario, como dicen que dijo uno de mis antecesores DE PURA LENGUA.

Si cada cabeza es un mundo, debe ser imposible que en un agrupamiento humano cualquiera, hablen todos la misma cosa y no haya divisiones sino perfecta unión en una misma manera de pensar y

en un mismo sentir. Eso, ni en el PRI; incluso, no se sabe en nuestros días de ninguna institución que se gobierne por consenso absoluto, consenso donde no haya vencedores ni vencidos, ni aplastantes, relativas mayorías, ni aplastadas, resentidas minorías. Excepto por uno o dos casos que conozco, este ideal bíblico no tiene muchos adeptos, ni aquí ni en China. Y es que para que pudiera haber perfecta unión en una misma manera de pensar y en un mismo sentir, tendría que haber una sola cabeza, y hasta la fecha no la hay.

En cuestiones de lengua, tampoco hay consenso. La confusión de Babel prevalece, y las lenguas del mundo se cuentan por millares; algunas, como el swahili de Tanzania, son de muy reciente creación. En la India, con más de 700 lenguas, la propuesta de implantar el autóctono hindú como lengua nacional ha causado protestas, tumultos, incendios y muertes, y ni esperanzas de lograrlo. La mayoría prefiere el inglés. En nuestro país, los esfuerzos de grupos mexicanos para revivir el náhuatl como lengua nacional han fracasado, y, como en la India, se da el caso de que, con más de 150 lenguas mexicanas, sea lengua nacional la que antes fue extranjera, la lengua del colonizador.

Sabiendo que cada cabeza es un mundo, y que en cada cabeza hay por lo menos una lengua, maravilla el caso de Israel. Allí, una lengua nacional muerta fue resucitada aun antes de la existencia misma del país en donde hoy es la milenaria y orgullosa lengua nacional. Que la población israelí haya aprendido el hebreo como segunda lengua para uso nacional, demuestra en aquellos pioneros un espíritu tan grande como el que se necesita para ir a la luna, derribar el muro de Berlín o preservar la República de México, como hizo Juárez. Viva esa gran terquedad. Y no lo digo DE PURA LENGUA.



DIOS LOS HACE, y ellos se juntan, dicen para criticar ciertas asociaciones indeseables a los ojos del que critica. Si una persona cualquiera se asocia con otra, el crítico hace caer su prejuicio sobre el desconocido, según el conocimiento que tenga del conocido. Si le falta sabiduría, que es el buen uso del conocimiento, expresa su prejuicio con dichos como “Dime con quién andas, y te diré quién eres”, con lo que implica que los dos son igualmente criticables. Si se trata de una pareja en la que el crítico no encuentra ninguna gracia en ninguno de los dos asociados, dice que están “Tal para cual”, o que “Nunca falta un roto para un descosido”.

A veces, por medio de este tipo de críticas —o refranes— se quiere aconsejar al hijo, o al amigo, para que desista de ciertas conductas que se le atribuyen a *las malas compañías*. Si se teme que el aconsejado aprenda la mala conducta de los réprobos, se le dice con tono de preocupación: “El que anda con lobos, a aullar se enseña”, para que no sea ni lobo ni bobo. Si hay peligro de que sufra pérdida, se le dice “El que con niños se acuesta, mojado se levanta”. Y así sucesivamente.

También tienen sus dichos las asociaciones recomendables. El matrimonio se recomienda con la frase: “No es bueno que el hombre esté solo”; las buenas compañías tienen su alabanza en el dicho de que “El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”; y la amistad se encomia al decir que “Más vale tener amigos que dinero”. Como de costumbre, la realidad confirma o contradice los dichos, ya que no son normativos sino descriptivos.

Como siempre, cuando se observa la lengua en relación con algún fenómeno de la vida real, como en

este *pasatiempo*, se encuentran puntos de vista contradictorios. Pero la lengua no es más que un instrumento para la expresión de todas las opiniones, de todos los puntos de vista, de toda la experiencia práctica del hombre. Si hay mentirosos, no es culpa de la lengua, sino del corazón perverso que tuerce la verdad para salirse con la suya. A la lengua no le importa cuán variado o contradictorio, falso o verdadero pueda resultar el registro que hace de esas opiniones o experiencias. Jarrito en el que todo cabe, sabiéndolo acomodar, la lengua no discrimina nada ni a nadie, simplemente registra las contradicciones con fidelidad y sin reproche: “Mis papás no me comprenden”, “Rebelde sin causa”, “Embarazo indeseable”, “Yo soy tu verdadera madre”, que aluden a situaciones conflictivas, vistas desde dos puntos de vista contradictorios.

En la vida real, los únicos *malos malos* y los únicos *buenos buenos*, son los inventados, como los *villanos* o las *victimitas* que “actúan” en la televisión. Las compañías, las amistades, el noviazgo, el matrimonio y otras asociaciones voluntarias son “buenas” o “malas” según el ojo que mire, el corazón que juzgue, y la lengua que sentencie. Esa riqueza de posibilidades expresivas de la lengua puede causar la falsa impresión de que el mundo real y la lengua tienen una exacta correspondencia, de que las compañías, o la gente, o los padres, o los maridos, o las suegras, son buenos o malos. Pero el mundo real no es así. La verdad es que la gente es buena y mala al mismo tiempo: miente cuando quiere y dice la verdad cuando quiere, según su propia conveniencia.

Por otra parte, juzgar rectamente, sin malicia ni ingenuidad, requiere honradez y la *Sabiduría de arriba*, no el conocimiento vano ni la verdad mundana que muchas veces resultan ser verdades DE PURA LENGUA.



CADA OVEJA CON SU PAREJA, dicen, queriendo emparejar lo disparejo. Como de costumbre, un dicho es verdadero cuando describe, no cuando prescribe, y si se deja a la libertad individual, un dicho se entiende como se quiere, o como se puede:

El dinero llama al dinero y la sangre a la sangre; las cuentas bancarias se enamoran entre sí (mientras más gordas, mejor), y los tonos de piel igualmente, según la cantidad de melanomas que las pigmenten. Hasta colectivamente hay comunidad de intereses: las ideologías se alían entre sí, las religiones se ecumenizan y los adversarios se alían políticamente. Por supuesto, en todo esto hay contradicciones, porque, como ya se dijo, los dichos describen pero no prescriben o conforman la realidad.

También hay intransigentes, y los intransigentes se niegan a mezclar una cosa con otra. Para ellos, cada oveja con su pareja quiere decir: las razas, puras; las ideologías, sin maridajes; el nacionalismo, sin concesiones; la religión sin idolatría; la lengua sin extranjerismos; el amor sin dolor; y la tuba sin agua.

Entre estas cuestiones, hay que escoger con quién podemos ser pareja. Que cada oveja juzgue, pero todo juicio es contradictorio y puede causar dolor. Si es una espina, hay escándalo: “Porque tu amor es mi espina, por las cuatro esquinas hablan de los dos, que es un escándalo, dicen, y hasta me maldicen por darte mi amor”. Si Marco Antonio Muñoz estuviera en Colima, causaría ese escándalo en *Las Siete Esquinas*, como se hace aquí, no porque seamos más dados al chisme que los demás, sino porque tenemos ese número de esquinas dónde hacerlo. Si el

amor ofende, o causa vicio, también hay escándalo. “¿Quién te lo dijo, dulce amor mío que te quería, si escribiendo tu nombre, y escupiendo sus letras, me amanecía en las cantinas?”

Pero entonces ¿cómo es el amor? Para algunos teóricos como Shakespeare, el amor es como una estrella, que, aunque se mida su altura, su valor no puede medirse. Para otros más prácticos, el amor es como la estrellita marinera que ilumina los senderos de la noche. Los que mejor conocen el amor, dicen que es paciente y servicial; que no es jactancioso, que no tiene envidia, ni es interesado; que no se irrita, ni se porta mal; que no se goza en la injusticia, sino que se regocija en la verdad; que todo lo sufre, todo lo espera, todo lo cree. Finalmente, que nunca deja de ser.

Hay muchas definiciones, pero en estos asuntos, obras son amores, y sobre aviso, no hay engaño. Por eso, está bien que nos queramos, nomás que no nos pidan una probadita, porque en gustos se rompen géneros, en empedrados hocicos, y en lechos virginidades. Y el que nos pida la prueba, no nos la va a pedir DE PURA LENGUA.



JUNTOS PERO NO REVUELTOS dicen algunos que se consideran superiores a los que los rodean, sea en el quinto patio de alguna perdida vecindad, o en las lomas de algún fraccionamiento urbano; sea en la cárcel o en el templo; sea en la Piedra Lisa o en algún club privado. Como están en las mismas circunstancias, no se entiende en qué pueda consistir su superioridad, ni cuál sea su vara de medir, pues, como todo mundo sabe, los valores humanos sean personales o de clase, no se miden con medidas universales, sino particulares, y lo que para unos es valioso, para otros puede ser despreciable. De cualquier manera, el feo vicio de sentirse mejor que los demás se manifiesta hasta en las mejores familias, independientemente de hermanos y otros parientes o amigos incómodos.

De estas contradicciones, por reflejo de la naturaleza humana, está llena la lengua, el jarrito en donde todo cabe, sabiéndolo acomodar. Allí se advierte que una monedita de oro les cae bien a todos, pero la realidad es que unos bendicen al “Poderoso caballero” y otros reniegan del “Dinero maldito que nada vale”. Uno dice “Ande yo caliente, y ríase la gente”, y otro suspira “Quisiera ser general pa’ andar siempre bien vestido”. Uno presume que es “Pobre pero honrado” y otro que “Con dinero y sin dinero hace siempre lo que quiere y su palabra es la ley”. En fin, la Biblia —el único libro sincero— dice con verdad: “No se puede servir a dos amos”, y “El amor al dinero es la raíz de todos los males”.

También hay contradicción en cuestiones de apariencia. Mirándose al espejo con satisfacción, hay quien dice “Como te ven te tratan”, pero no fal-

ta quien le recuerde que “La mona, aunque se vista de seda, mona se queda”. Hay quien pone su valor en “El atavío externo, de peinados ostentosos, de adornos de oro o vestidos de lujo”, pero hay también quien lo pone en “El adorno interno, el adorno de un espíritu afable y apacible”. Y para terminar, sólo los ignorantes creen poder distinguir entre la belleza y la bondad de la mujer. Por eso, Don Pombo Trujique (abuelito del abuelito de Pombo) aconseja: “Entre mujer buena y bonita, escoge la bonita; porque lo bueno, con poco se le quita”.

Volviendo a donde comenzamos, pues, no parece haber justificación para que unos se sientan mejores que otros, pues cada uno mide con su propia medida: el rico, con su dinero; el pobre, con su honradez; la bonita, con su exuberancia; la fea, con su suerte; la difícil, con su virtud; la fácil, con su popularidad; el viejo, con su experiencia; y el joven, con su vigor. Por otra parte, hay valores divinos que podrían usarse como medida universal, pero están tan devaluados entre los humanos que sólo unos cuantos aspiran a ser campeones de bondad, de verdad, de belleza interna, o de santidad. La mayoría compite en valores inferiores, en valores humanos particulares, relativos, o conformados a las circunstancias humanas. Y para calmar sus conciencias, cuando no hay santos, los inventan.

De todas estas contradicciones, guarda registro la lengua en sus archivos de papel o electrónicos. Sin discriminación ni favoritismo, todo cabe en ese jarrito, sabiéndolo acomodar. Así es la lengua, y así es la historia del hombre. Pero un hombre que no ha resuelto las contradicciones de su propio corazón es como un jarrito que ni él mismo ni nadie ha sabido acomodar. Es un inadaptado, un desajustado, o hablando de jarritos, un malacomodado. Vive en la

contradicción interna y es de los que dicen, “A Dios rogando y con el mazo dando”.

Un hombre con esas contradicciones internas, es un jarrito rajado, aunque parezca tacita de plata, jarrón chino, o ánfora griega. Un jarrito así, sólo está acomodado DE PURA LENGUA.



OTRA VEZ LA BURRA AL TRIGO, dicen para quejarse de los que con irritante tozudez insisten e insisten en algún asunto que ya se les ha pedido que abandonen, pero del cual no pierden esperanza. Pero el inocente animalito ¿qué culpa tiene de toda esa fauna humana con la que se le compara?

Han buscado ese trigo una y otra vez los limosneros en la vía pública, los pretendientes no correspondidos, los papás a quienes no se les ha obedecido, los mormones y testigos de Jehová, los hijos de profesores que piden vacaciones en Acapulco, y varios eternamente fallidos candidatos a gobernador. Y aquellos que podrían conceder el trigo se preguntan: ¿Por qué será tan burro? (Que me disculpen los burros).

Juan Ramón Jiménez se habría indignado si a Platero lo hubieran comparado con seres humanos tercos y sin entendimiento, pues conocía otro aspecto, dulce y paciente, del asno, borrico o burro. Por otra parte, en tono de exhortación a los que ellos consideran asnos humanos, no falta quién les diga que deben ser mejores que los asnos animales (“Ya no seas burro”); y a veces, como queriendo defender a los burros y detener la vergonzosa, infamante e injusta comparación con los humanos, en Comala se dice que “Un burro a las tres entiende” (No como los humanos que no quieren entender, se sobrentiende).

El burro será vilipendiado mientras exista gente terca y sin entendimiento que compare o dé lugar a la comparación; pero vale la pena aclarar que esa tendencia a comparar hombres con animales no es culpa del burro. Es más bien una característica humana la de buscar en sus semejantes, virtudes o defectos que a sus ojos también los animales tienen.

Este *brutocentrismo* se extiende a cualquier tipo de conducta humana. Si la conducta es favorable, la comparación es noble, virtuosa, mayestática. Los listos son *águilas*; los valientes, *leones*; los enamoradizos, *gavilanes*; las bien formadas, *potrancas*; las inocentes, *cervatillas*; y las maternas, *gallinas*. Si la conducta se considera desfavorable, las comparaciones pueden ser ofensivas. El cruel es una *hiena*; el doble, una *serpiente*; el vil, un *chacal*; el sucio, un *cerdo*, y así sucesivamente.

Refiriéndose a conductas sexuales, las mujeres no sólo no se libran de estas “metáforas”, sino que a veces son las víctimas que más las sufren. En el lenguaje popular hay de todo para castigar a las muchachas que son demasiado liberales en su ofrecimiento de ellas mismas a las anatomías codiciosas de los hombres. Al revés de lo que sucede con ellos, si una mujer le entra con cualquiera, es una *gata*, no un *gavilán pollero*; si lo hace sin recato, en cualquier lugar oscuro, es una *perra*, no un *Don Juan*; si es recatada, es *mosca muerta*; si es una viuda o soltera que busca marido, es *vampiresa*; y así por el estilo.

Sor Juana Inés de la Cruz, sabiamente les advierte a las mujeres que el asedio del hombre no es para bien. Escribió sus Redondillas para alertarlas y enseñarles que aunque las bestias se aparean con las bestias, las mujeres sólo deben hacerlo con hombres “de verdad”, nunca con *machos* o *garañones*. Ella misma, no encontró ningún hombre que valiera la pena y para no errar prefirió quedarse y se quedó. Pero no se quedó para llorar, ni para lamentarse, sino para regocijarse en el ejercicio de decir exactamente lo que se quiere decir, y de decirlo exactamente de la manera como se quiere decir. En otras palabras, se quedó para ser escritora y escritora fue, y de las grandes.

Sor Juana tampoco “se quedó para vestir santos”, pues de la misma manera que no encontró hombres de verdad en el mundo, tampoco encontró santos de verdad en el convento. Puras estatuas, imágenes o pinturas. Puros santos DE PURA LENGUA.



ETERNAMENTE TE AMARÉ, cantaba Javier Solís, otro de los mexicanos infantiles, a quienes los falsificadores de la imagen del mexicano no han podido sustituir ni con los disolutos, ni con los afeminados, ni con los drogadictos que hoy se presentan con mucha frecuencia en la televisión.

“Eternamente te amaré, yo te lo juro”, cantaba, y la música dulzona, el ritmo cadencioso y sosegante, y la voz de seda que adormecía, nos hacían creer que ni Javier Solís, ni William Shakespeare estaban locos, que el amor eterno era posible, y que lo único que se necesitaba para experimentarlo era encontrar el objeto ideal que nos causara ese enamoramiento. En nuestra búsqueda no había mujer fea; la belleza estaba, como sigue estando, en el ojo del que se enamoraba, no en el objeto que nos enamoraba. Hoy, crecidos en canas, en grasas, en arrugas y en experiencia del amor, con divertido asombro y agridulce dolor, nos damos cuenta de que el amor es más que ese enamoramiento adolescente, ensoñecido y esparanzado del goce sexual que exaltaban Javier Solís y otros charros infantiles como él.

Por otra parte, aunque es cierto que como muchos poetas de suplemento dominical Javier Solís no tenía otro tema, también es cierto que lo cantaba como si él lo hubiera descubierto; y como no tenía pretensiones de poeta, ni de escritor, sino de carnicero redimido, es fácil disculparle la pobreza intelectual, la falta de imaginación, el sentimiento de melcocha y la escasa variedad temática que lo hacían aparecer como poeta adolescente al que algo le hacía falta para ser el hombre que debería ser. Y sin embargo, pasada con sobra nuestra adolescencia, es igual-

mente fácil, o más, volver a caer en el placer de cantar aquellas canciones y gustar el dulce sentimiento del amor imaginario, imaginado en inmaduras mentes y corazones de hace muchos ayeres.

Pero no todos pueden voltear hacia su pasado, reírse de buena gana, y seguir satisfechos en la construcción de su presente. Cuando descubren el estrecho punto de vista desde el cual miraban el mundo y la vida, y se dan cuenta de que lo que querían construir es irrealizable, muchos adolescentes a punto de ser hombres toman el camino del cínico (la aceptación amarga), o el del eterno rebelde (que ni acepta ni quiere tener nada qué ver con el mundo real que encuentra). Estas dos clases de gente, voltean hacia su pasado y se convierten en estatuas de sal. Pero los que no se conforman cínicamente con lo que encuentran en el mundo, ni lo destruyen sin reconstruirlo, llegan a hombres y son los que verdaderamente lo transforman.

Pensando en el PAPI, el partido político que Pombo solito inventó, aunque sin entender cabalmente, me doy cuenta de lo que Pombo me contesta cuando le pregunto si él es de los unos o de los otros: *Si James Joyce hubiera sido de la Villa de Tuspa ¿habría escrito el Retrato de un Artista Adolescente, o hubiera preferido crecer y escribir el retrato de un hombre en plenitud? O ¿hubiera preferido irse de bracero, de burócrata o de político? El que no esté contento con el candidato que le tocó (y hay mucha tela de dónde cortar), que se venga con su PAPI, y rehaciendo la política, veremos de cuál cuero salen más correas.*

Esto me hace recordar que aunque Shakespeare, James Joyce, Javier Solís y yo podemos, Pombo no puede hablar DE PURA LENGUA.



NO VALE NADA LA VIDA, cantaba José Alfredo Jiménez, quien, cuando se trataba de expresar una filosofía personal de enaltecimiento de ciertos “valores mexicanos” o “virtudes masculinas”, era padre de más de cuatro Juanes y de otros tantos Gabrieles. Muchos intelectuales han llegado a esa misma conclusión, pero José Alfredo fue más congruente y más valiente y más listo que todos ellos, pues él no nada más escribía libros sin ponerlos en práctica, como el autor de *La Nausea*, sino que predicaba con el ejemplo y consumía la vida que para él no valía nada, en parrandas y *tenampas*, en mariachis y canciones de las cuales ciertamente era el rey.

“Así es como vivo yo”, decía; y podía haber dicho igualmente “Así es como muero yo”, pues José Alfredo desperdiciaba de esa manera la vida que para él no valía nada. Los otros que creen como José Alfredo y no se suicidan, dan qué pensar. Si la vida es una náusea ¿por qué no la vomitan? Pero no los estoy incitando al suicidio, sino a la reflexión. Identificados con José Alfredo, pueden sentirse “reyes” y disfrutar sus coronas, pero no necesitan consumir su vida con el afán de ser congruentes con lo que cantan, porque eso ya lo hizo nuestro famoso artista, que al fin y al cabo era “artista”. El que no es artista, el consumidor, ve los toros desde la barrera; ve llover y no se moja; repica la campana, pero no anda en la procesión; no sufre ni se acongoja más allá de lo que sus convenciones le permiten. Por eso, viva el buen artista, que nos permite ser esclavos y dueños del universo al mismo tiempo, sin tener que consumir la vida en el intento.

Ignorante del significado que su famosa frase había de tomar en nuestro tiempo, José Alfredo, el

artista que sólo utilizaba la mano derecha para pedir las otras, supo dibujar un estereotipo más adecuado a la fantasía enana del mexicano, que los estereotipos que los anuncios bancarios, los partidos políticos, la televisión y los secretarios de estado se empeñan en inventarle a nuestros compatriotas. Viviendo como cantaba, hizo lo que nadie más pudo hacer, y le dio vida y realidad a ese personaje que aparece con varios nombres en la mitología o en la literatura universal. Superó a los creadores de Pan, el cabro siempre cabrito, de Pinocho, el niño de Jauja, de Peter Pan, de la tierra donde nadie madura, de Oscar, el del tambor de hoja de lata, de Alicia, la del País de las Maravillas, donde se puede crecer y *descrecer*, del Submarino Amarillo y de la vida regalada. En otras palabras, logró darle a la mitología de la inmadurez un personaje de carne y hueso, ni mítico ni literario.

Entre todos estos infantes inventados en otros países, José Alfredo se convirtió en el primer Mexicano Infante de carne y hueso a la altura del arte (llámese Pedro, llámese Jorge, llámese Juan); se convirtió en el Muchacho Alegre de carne y hueso, que se amanece cantando con su botella de vino; en el primer viejo rabo verde que peina canas, tiene gota y lumbago, pero como los cerros siempre reverdece. Y hoy en día, gracias a su sacrificio, cantando sus canciones, todos podemos gozar de su eterna primera infancia sin desperdiciar nuestra propia vida, porque al fin artista, él ya cometió el primer desperdicio, que NO ERA DE PURA LENGUA.



PARA QUE YO TE HUBIERA ENTREGADO MI AMOR, dice la canción de un despechado que se ha dado cuenta de que le es imposible lograr el propósito de seducción en el que se había empeñado. En el mercado del amor, como le llama Erich Fromm, ¿qué esperaba recibir este hombre que en esa relación sentimental no entregaba ni su amor ni sus besos? Si algo más tenía qué ofrecer, a ella no le interesaba, y de ahí que lo haya despreciado y despechado. Pero si hubiera logrado el beneficio de aquellas caricias *osculares*, si hubiera agarrado a la muchacha de humor, como dice la canción, o si la hubiera sabido poner de modo, como dice la gente, seguramente habría cantado con toda la presunción de su ronco pecho, es decir, habría cantado *pechado*, no despechado.

La palabra *pechado*, claro está, no existe. Según yo, la acabo de descubrir para ese concepto. Si despecho es “la indignación o aborrecimiento producido por haberse malogrado algún propósito en que estaba empeñada la vanidad”, la dignación o desaborrecimiento producido por el logro del empeño vanido-so debe llamarse *pecho*, y de ahí *pechado*, no despechado. Por analogía podríamos descubrir otras palabras que tampoco existen: *tetar*-destetar, *terrar*-des-terrar, *carar*-descarar, *fogar*-desfogar, etcétera. Por supuesto, la lengua no funciona así. La analogía predice, pero no prescribe; posibilita, pero no obliga; idea, pero no realiza. En la lengua, el que habla es rey, y el que tiene más saliva es el que come más pinole.

Incapaz de ponerla de *pechito*, el despechado, que no destetado, le sigue cantando así a la mujer que no ha podido someter: “No tienes término me-

dio, eres buena o eres mala; tú lo mismo das un beso que das una puñalada”. Este conflicto entre hombre y mujer, la competencia por la supremacía, solía llamarse la guerra de los sexos, allá cuando este título no sugería una película pornográfica; o cuando por sexo débil y sexo feo se entendían la mujer y el hombre, no la práctica sexual sin vigor, ni la aberrante. O, como dice mi abuelita, allá cuando a la pregunta “¿Sexo?” se respondía con “masculino o femenino”, y no como ahora que se suele responder “Ahorita no, gracias”. O cuando sólo había dos respuestas: masculino o femenino; y no *unisex*, como ahora.

Confusiones como la de mi abuelita afectan principalmente a las viejas generaciones que sólo conocieron el uso original de la palabra. Las nuevas no tienen problema, recibieron de arriba una palabra con un significado y así la usan. En el caso del vocablo sexo, un mal traductor, seguramente, fue el caballo de Troya que introdujo significados que pertenecían a la cultura extranjera, no a la nuestra. Como la mala traducción pegó, como pegan los injertos, el vocabulario español sufrió un acto más de lo que el Comité para la Defensa del Español, o Ángel Ramírez López —del *Comentario*—, seguramente consideraría una penetración de extranjerismos.

¿Y esto es para bien o para mal? Que la audiencia critique. O, sin extranjerismos, que los que oigan juzguen. Que el que tenga oídos, oiga, y el que vea la barba de su vecino rasurar, ponga la suya a remojar. Yo no depuro lengua. Yo sólo escribo DE PURA LENGUA.



QUE ME SIRVAN DE UNA VEZ PA' TODO EL AÑO, decía José Alfredo Jiménez con la sencillez y vigor que le son naturales al lenguaje cotidiano que nadie como él ha sabido recrear en sus canciones. Siendo el borracho sin vergüenza que era, proclamaba su derecho a la muerte cirrótica, que tuvo, convirtiéndose en el apólogo mexicano por excelencia del vino y la embriaguez.

En México, por alegorías del agridulce suicidio no paramos. Las hay para todos los gustos, para todas las circunstancias, y para todas las edades. Aunque Omar Khayyam pudiera ser el más famoso del mundo; en México, José Alfredo ocupa ese lugar. Sin demagogia, porque predica con el ejemplo, incita a la embriaguez a un pueblo con muy escasa educación, pero que al fin y al cabo es un pueblo que sabe lo que quiere y que sabe dónde conseguirlo. En cambio, Khayyam es el poeta de los que se sienten refinados; de los que presumen de ser bien cultivados, y que quisieran ser como este modelo de simpático y dipsómano hedonista sin escrúpulos que, de todas maneras, muere de cirrosis o algo peor.

Con innegable gracia e ingenio, Khayyam ofrece el lado amable del alcoholismo: la euforia que desvanece inhibiciones, la efervescencia que se resuelve en risa, la bienhechora despreocupación por el mañana y por lo que ha de ser, la penetrante clarividencia, el arrojo, la apostura, el *sex-appeal*, la aceptación de sí mismo, y cien cosas más que el sobrio quisiera tener, y el alcohólico, cuando está borracho, cree tener. Pero entre Khayyam y José Alfredo, yo prefiero al segundo porque sus canciones hablan como el pueblo mexicano. En ese sentido lingüístico, José Alfredo es ejemplo DE PURA LENGUA. Sus frases tienen la

elegancia cotidiana, la filosofía de una sola vista y el artificio espontáneo, sincero y natural de la lengua acendrada por siglos. Por eso, José Alfredo ocupa cátedra entre los apólogos del vino, y sitial de honor entre los rapsodas de la embriaguez; por eso, el pueblo le sigue cantando sus canciones, aun a sabiendas de que su irredento alcoholismo tiene un mañana inevitable, y la cruda de una cruda y eterna realidad.

Pero una cosa es que me convenza el estilo, y otra es que me convenza el contenido de sus canciones. Si así fuera, me convencerían también los hipócritas y demagógicos anuncios de bebidas embriagantes en la televisión. Pero si de ser convencido se trata, yo prefiero esta brevísima apología que San Pablo hace del vino: “Ya no tomes agua, sino un poco de vino, por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades”. Y si se trata de embriaguez, también prefiero la que el mismo San Pablo recomienda: “No te embriagues con vino, en lo cual hay disolución, sino con Espíritu Santo”.

Sabiendo lo que el pueblo quiere, el buen líder promete y cumple; el demagogo, promete y no cumple. Pero ni José Alfredo, ni Omar Khayán, ni San Pablo son demagogos. Sus mercancías embriagan. Por eso, el que quiera una cirrosis o algo peor, que se embriague con vino, pero el que quiera la vida eterna o algo mejor, que se embriague con el Espíritu Santo.

José Alfredo sigue siendo el rey de los que han descubierto que la vida no vale nada. Pero sólo una minoría se da cuenta de que lo que José Alfredo ofrece, tampoco vale nada. Si la vida “comienza siempre llorando y así llorando se acaba”, comamos y bebamos, que mañana moriremos. Pero cuidado, porque si hay una vida eterna, y la hay, entonces lo que acabo de decir, lo digo como siempre: sobrio y no DE PURA LENGUA.



SABIA VIRTUD DE CONOCER EL TIEMPO, dijo Renato Leduc, el coprolálico y *coprográfico* versificador, en un descuido de su *yo* natural: vago, atrabancado, malhablado y de malos pensamientos, el *yo* que sólo mostraba en penumbras ante un auditorio de adictos. Si su *yo* socializado y constreñido hubiera manifestado más reflexiones como las de este soneto, sabríamos de qué otras cosas tuvo lleno el corazón. Pero entre lo que alcanzó popularidad, este opúsculo *rara avis*, parece haber sido un descuido, un *lapis calami*, dictado por circunstancias desconocidas para la mayoría de los que, leído o cantado, gozan del ingenioso retruécano que lo hizo famoso ante una masa de consumidores de canciones y conceptos populares.

“A tiempo amar, y desamar a tiempo”, dice Leduc; con él concuerda Pombo Trujeque, de quien dicen sus amigos que es más nango que mandado a hacer, aunque esta vez podría tener razón. En tragedias sentimentales, Pombo le da dos y las malas al más plantado, pero a veces no se fija en lo que dice y hace que muchos puristas le reprochen su manera de hablar: “La palabra ‘desamar’ no existe”, le dicen. “Pues yo la acabo de inventar”, les contesta; y prosigue: “Según el rey más sabio que ha visto el mundo, hay un tiempo de nacer, y un tiempo de morir, un tiempo de plantar, y un tiempo de arrancar lo plantado, un tiempo de tirar piedras, y un tiempo de recogerlas, y por lo tanto, debe haber también un tiempo de amar y un tiempo de desamar. Y si la experiencia existe, debe haber una palabra para nombrarla. Y si no la hay ¿quién me puede impedir que la invente? ¿La Academia?”

En esto, Pombo tiene razón. En cuestiones DE PURA LENGUA, todos somos expertos. Antonio Machado dice: “Mentimos más de la cuenta por falta de fantasía. También la verdad se inventa”. Si se puede desamar porque la experiencia existe, entonces se puede *desmorir*, aunque se tenga que inventar la palabra. De hecho, tal es el caso de resucitar, que originalmente significaba volver a moverse, volver a levantarse, y de ahí, que aplicado a un muerto signifique *volver a vivir*. Por eso, se dice que los muertos resucitan, aunque sabemos que son muy pocos los que han resucitado.

¿Y si la experiencia no existe? Aunque no se puede *desnacer* porque nadie ha tenido la experiencia de volver al vientre de su madre para borrar su previo nacimiento, el concepto sí existe, y por el poder de la lengua, se le puede nombrar aunque la experiencia no exista. Renacen, o nacen otra vez, los que salen vivos de un accidente que era necesariamente mortal; o de una operación peligrosa, como aquellas en las que, para operarlo, se hace que el corazón deje de funcionar. También en sentido religioso se puede volver a nacer, como hizo aquel maestro judío, Nicodemo, cuando Jesús le enseñó que “El que no naciere del agua y del Espíritu, no puede ver el reino de Dios”. También se consideran renacidos aquellos que han experimentado una conversión religiosa, como los tesalonicenses a quienes les dice San Pablo: “Os habéis convertido de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero”. Y finalmente, sin entrar en consideraciones espirituales, hay quienes resucitan en lo natural cuando utilizan la fórmula auxiliadora, el famoso coctel de mariscos llamado “Vuelve a la vida”.

Ahora bien, si Pombo tiene razón, cualquiera puede inventar palabras, o darles nuevos significa-

dos. Y nadie tiene por qué escandalizarse. Así inventó palabras Lewis Carroll, que vivía en *El país de las maravillas*. Así las inventó James Joyce, y pasa por genio literario. Así también, como vimos, las inventa Pombo, aunque él sólo pase vergüenzas. Desgraciadamente, cuando se le aconseja que mida sus palabras, Pombo simplemente responde que él ni *deputa lengua*, ni DE PURA LENGUA.



ELBA ESTHER PEGÓ UN REPARO, dijo en un diario local un lector interesado mirando a la lideresa del SNTE. El reparo fue del tamaño del volcán de Colima, según el mismo comentario, y Elba Esther respingó de esa manera cuando se le habló de la modernización de la educación. No sé qué habrá pensado Elba Esther de esos comentarios del diario local, pero es fácil imaginar el reparo que habrá pegado cuando ciertos dirigentes sindicales que todavía no acceden al poder la acusaron del asesinato de sus representantes.

Pero mi intención no es criticar a Elba Esther. No, no. Mi intención es evocar aquellos tiempos cuando eran los chivos, no las charras, los que pegaban reparos. Por el sur, Colima terminaba en la Estación, en el Parque Hidalgo, o en la Universidad, es decir, en la Secundaria y la Normal de Maestros. Eran los tiempos de Don Guelo, de Pancho Hernández, de Juan Hernández, de Manuel Velasco, de Jesús Ventura, de Genaro Hernández, y muchos más. Eran los tiempos en los que los “vagos” nos íbamos de pinta a “La Bombita”, debajo del puente del ferrocarril; o a los baños “El Jordán”, frente a La Concordia. El Parque Hidalgo, servía para los mismos propósitos, y para que muchachos como Chuy Aguilar, mi maestro de vagancia, tumbaran cocos a pedradas o salieran a fumarse un cigarro.

Por el oriente, Colima terminaba en la Calzada, o en el camino de la Estancia, o en el del Moralete. Hacia el occidente, terminaba en el barrio de San José o en San Francisco, pues más allá de lo que hoy es Pino Suárez, era *terra incognita*. Finalmente, por el norte, Colima terminaba en el panteón. Los campos alrededor de “La Piedra Lisa” todavía eran mai-

zales, y los niños de la Secundaria Uno, entre ellos Felipe Ureña y Sergio Amezcua, íbamos a la tirada con resortera, precisamente a esos maizales.

En aquellos lejanos tiempos que sólo la magia del recuerdo acerca, eran los chivos los que pegaban reparos, y lo hacían durante la cosecha, cuando alguno de los pizcadores soltaba un verso que el resto tenía que corear so pena de recibir el terrible castigo de irse a “tiznar” a su madre. Uno de esos versos decía: “Un chivo pegó un reparo y en el viento se detuvo. Hay chivos que tienen madre, pero éste, ni madre tuvo”. Inmediatamente después, la frase ritual “Y tizne a su madre el que no diga aisca”, que a coro gritábamos pizcadores y escolares para no incurrir en aquella terrible pena. Después del primer pizcador, otro hacía lo mismo, siempre terminando con un *aisca*, hasta que el grupo agotaba su repertorio.

Pombo Trujeque, que según mi tío Cleto es más nango que mandado a hacer, dice que todos aquellos que en política buscan que la gente se ponga de acuerdo con ellos han desperdiciado este recurso colimote que podría tener alcance universal. No se refiere a los chivos, sino a la palabra *aisca*, que en su sentido náhuatl original era un asentimiento, un “Está bien”, un “Amén”. Según Pombo Trujeque, así como las madres solteras gracias a los anticonceptivos, y el pudor, gracias a la moda, están en peligro de extinción, también el disentimiento político entre individuos y naciones podría desaparecer en un santiamén gracias a esta fórmula. Por ejemplo, un candidato cualquiera, después de que ha sido impuesto, podría pararse ante sus adversarios y decir: “Un chivo pegó un reparo y en el viento se detuvo. Hay chivos que tienen madre, pero éste (señalándose a sí mismo) ni madre tuvo. Y tizne a su madre el que no diga aisca”.

Pero como las ideas de Pombo no están garantizadas, y como sé que cuando le van a hacer examen de sangre se desvela estudiando, yo no me hago responsable de ellas. Sólo las paso al costo. Y el que diga “aisca”, que lo haga por su cuenta y riesgo; pero que no lo diga DE PURA LENGUA.



EL CHARRO SE HA CONVERTIDO, pudieran pregonar algunos que han observado este estereotipo de mexicano, hecho por mexicanos (con la ayuda de algunos extranjeros) y para mexicanos. Ese pregón pudiera provocar inquietudes religiosas entre los carceleros de la conciencia, pero no hay necesidad; el papá de los pollitos puede dormir tranquilo, la conversión no es religiosa y el charro convertido sigue en la tradición que sus padres le enseñaron.

Sin embargo, las asociaciones mentales son inevitables. Los que niegan que su corazón esté involucrado en estos asuntos, los que niegan lo que sale de su propio corazón, inmediatamente buscarán mil y una maneras de explicar el pregón sin involucrar creencias religiosas. Por ejemplo: ¿Se habrá subido a una *Hummer* el charro? ¿Se habrá convertido de la manta al casimir inglés? ¿Del tequila *al whisky*? ¿De Chucho el Roto, quien de lo que robaba les daba a los pobres su “tajada”, a funcionario que ahora simplemente les deja el arca abierta?

Ninguna de estas cosas, por el momento. Son interesantes estos esfuerzos de la imaginación, pero el asunto es que el charro se ha convertido, de estereotipo en signo lingüístico, y en esa conversión ha recorrido un largo camino, desgraciadamente en círculo vicioso. De *txar*, “malo, defectuoso”, que era su significado prerrománico original, se convirtió en *charro*, “aldeano”, en el siglo xvi; y luego, en México, en “falso prototipo de virtudes mexicanas”, y en “mexicano Infante”, a mediados del siglo xx. Finalmente, en “líder sindical, falso, corrupto y venal” en nuestros días.

Que no se ofendan los dirigentes sindicales sinceros, impecables y honrados si alguno se ente-

ra. Sin embargo, “Chema Tamales”, el “Charro Picot”, podría sentirse avergonzado. ¿Sus corvas piernas convertidas en prototipo de *chuecura* moral? ¿Y qué decir del charro Pemex, que ya perdió hasta el modito de andar? Pero no hay necesidad de que todos los dirigentes sindicales se sientan avergonzados. Hay dirigentes y hay charros, y los dos surgieron de la masa, y los dos saben lo que el pueblo necesita y quiere, y los dos saben prometerle bonito, interpretarle sus sueños y hacerlos felices con sus promesas. Pero cuando sólo habla bonito, cuando sólo habla DE PURA LENGUA, sin cumplir lo que promete, cuando sólo jinetea al pueblo para lograr poder y lucro personal, el dirigente se convierte en charro.

Sin embargo, los inexistentes portadores de la *vox Dei*, el pueblo, no distinguen entre unos y otros; la mula no era arisca, la hicieron. Y por eso, cuando de dirigentes y de charros se trata, el pueblo, con una pizca de injusticia, los trata parejo, porque ve puros charros, ningún dirigente. La mula no era arisca, la hicieron.

Cuando de signos lingüísticos se trata, el pueblo también barre parejo. Al castigar con sus viñetas orales, no deja títere con cabeza, ni hace acepción de persona. Sus apodos los aplica a coludos y rabones, su desprecio calificativo, a hijos y entenados. Aunque es el pueblo, hasta a los de casa muerde, y agarrando parejo, no hace distingos entre dirigentes y charros sindicales, entre agentes de policía y mordelones, entre políticos y ladrones, entre partidos políticos y negocios familiares, entre auxiliares y lambiscones, entre choferes y guaruras, entre taxistas y cafres, entre justos y pecadores, entre creyentes y fanáticos, entre servidores y sirvientes, ni entre servidores y burócratas. Y su intención no es DE PURA LENGUA.



• **QUÉ TENDRÁN MIS OJOS** que puras mulas veo? dicen los vagos de Atlacomulco, cuando juegan al dominó, viendo la distribución de puntos sobre sus fichas, y mirando a su alrededor, con mirada divertida, a sus compañeros de juego. Su doble sentido y la intención picaresca caracterizan esta frase como albur, uno de los pasatiempos favoritos de muchos mexicanos y algunos lingüistas de segunda mano, cada uno en su campo de interés, aunque en ambos lados haya muchos que no tengan inconveniente en mezclarlos. Como el de la baraja, el albur oral es un juego en el que hay que escoger entre dos opciones de significado, una de ellas insultante, como en el ejemplo que abre este *pasatiempo* DE PURA LENGUA.

Siendo quienes son, entre albureros nunca falta a quien “le venga el saco y recoja el guante”; además, sobra quién “pague pa’ que lo alquilen”, y el albur no queda sin respuesta, ni la respuesta tampoco, y así sucesivamente. De esta manera, el intercambio de albures se convierte en un verdadero torneo, en un chispeante duelo DE PURA LENGUA maldiciente en distintos grados de procacidad y maldituría, que dura hasta que el ingenio aguante, pues en este juego pierde, no el que se enoja, sino el que tiene que recurrir a la palabra llana para contestar. Recurrir al insulto sin disfraz, a la frase sin doble sentido que cualquiera puede proferir, es admisión inequívoca de derrota, ya que el chiste de este torneo es el manejo ingenioso del doble sentido, de la ambigüedad que dice sin decir, que habla de una cosa para que se entienda otra. Cuando Alfredo del Mazo Vélez era Secretario de Agricultura, y Arturo Vélez obispo de Toluca, me consta que decían los de Atlacomulco con orgullo: “En Atlacomulco, el más tarugo es obispo” (Y

aquí le pido disculpa a los tarugos). No decían “tarugo” como digo yo, sino una palabra que empieza con “p” y termina con un dejo que ya no existe en mi vocabulario. No se sabe si Monseñor Vélez alguna vez recogió el guante, pero lo más probable es que no, bien porque a lo mejor el dicho era cierto, bien porque sabía que la intención no era insultarlo, sino presumir el hecho de que en Atlacomulco hubieran nacido tantos hombres ilustres, como Isidro Fabela, Salvador Sánchez Colín, y otros.

Los pueblos de alrededor, obviamente celosos, tenían su dicho también: “Cuando vayas a Atlacomulco, arregla tu asunto y vente, porque si el pueblo es “de a tlaco” ¿de a cómo será la gente?” El albur, pues, es primo hermano de la indirecta, aunque no falta algún exagerado que los considera también primo segundo de la metáfora, de la alegoría y de la alusión poética. Por lo que yo llegué a saber en mis lejanos tiempos juveniles (allá cuando amarraban los perros con longaniza, y en Colima no había televisión), y por lo que se ve hoy en día, Colima no es pueblo alburero. En términos de coprolalia, aquí le dicen al pan, pan, y al vino, vino, y tiene más éxito la mala palabra, la grosería abierta, la expresión soez que hace enrojecer, que la ingeniosa frase de doble sentido que hace reír. Algunos dirán que en Colima no hay sutileza; otros, que no hay doblez. La verdad es que, entre los vagos colimotes y los de Atlacomulco hay esa diferencia cultural que cualquier sociólogo, psicólogo, pedagogo o lingüista puede convertir en problema de estudio al buscarle una explicación científica. Que con su PAN se lo coman.

Sabiendo lo que sé del hombre, del huevo y la gallina, y de otras explicaciones deterministas o no, a mí me parece que este problema de lengua impura no es un problema de lengua pura, sino más bien, DE PURA LENGUA.



QUE TE PERDONE UN CARNICERO dicen los vagos de Atlacomulco cuando alguien les pide perdón dentro del juego de ingenio que son los albures. “Mi madre no tiene las rodillas para atrás,” es la respuesta inmediata, que implica que la del otro sí las tiene, y así sucesivamente, en este verdadero torneo de lengua impura y DE PURA LENGUA maldiciente en el que el doble sentido insulta sólo al que quiere sentirse insultado y recoger el guante que se le arroja.

A otra intención pertenece el eufemismo, la buena manera de hablar que es un “modo de decir o sugerir con disimulo o decoro ideas cuya recta y franca expresión sería dura y malsonante”. Un amigo que, sin habérmelo dicho por escrito, es lector de estos *Pasatiempos* DE PURA LENGUA, nos contaba el otro día su asombro al observar los cambios que esta actitud eufemística produce en la lengua.

Esto es muy obvio, por ejemplo, en lo que se refiere a ciertas funciones corporales que el diablo, no Dios, le presentó al hombre como pudendas, después de la Caída. Se refería especialmente a las que requieren desnudez. Para que no se avergonzara por ellas, Dios transformó la vergüenza de lo pudendo, en el recato y delicadeza de lo púdico, y en esto se conoce lo que es de Dios y lo que es del diablo: el acto que avergüenza es del diablo, el que causa pudor es de Dios. “El niño Dios te escrituró un establo; y los veneros de petróleo, el diablo”.

Volviendo al tema, hay que decir que la lengua, ese jarrito donde todo cabe sabiéndolo acomodar, guarda registro de los nombres de esas funciones, y también de los eufemismos que los sustituyen. Mi amigo me hacía notar que ya la palabra “baño” no significa el lugar donde la gente se despercude; si

alguno pidiera permiso de “pasar al baño”, no se le ofrecería toalla y jabón, sino papel. Por la misma razón, en Atlacomulco dicen “Voy a escribir una carta”, y me imagino que cuando tienen urgencia hablan por teléfono.

Con el significado de ‘defecar’, aparece en la Biblia el más antiguo eufemismo que conozco. Dice la historia que cuando el rey Saúl perseguía a David para matarlo, entró a una gruta para “cubrirse los pies”. David y sus soldados estaban al fondo de esa caverna, y cuando ellos le hicieron notar que Saúl estaba en sus manos, David se acercó, y calladamente le cortó la orla del manto, pues dijo en su corazón: “Dios me libre de poner la mano sobre el ungido de Jehová”. Con esas palabras, David reprimió a sus hombres y le salvó la vida al que buscaba la suya. Si alguien busca un eufemismo para “defecar”, aquí hay uno bueno, pero yo más le recomendaría el ejemplo de lealtad de David.

Se dice “mingitorio” para referirse a la micción, pero por no decir “defecatorio” se dice retrete, tocador, WC, excusado, servicio, Damas, Caballeros, baño, etcétera. Los nombres se suceden unos a otros porque, con el uso y con el tiempo, todos llegan a contaminarse con el tabú de las funciones que nombran. La palabra “el baño”, es el término más universal que se usa en Colima por el momento. “Quiero hacer del baño”, dicen los niños, y uno que otro adulto. Con el paso del tiempo, es seguro que sea sustituido por un término más limpio de connotaciones fisiológicas, y así sucesivamente.

Y usted ¿se avergüenza o se *pudoriza* por causa de sus funciones corporales? No me tiene que contestar. Aquí no es confesionario para que nos metamos en lo que no nos importa. Esta es una pregunta retórica y lenguaraz. Una pregunta DE PURA LENGUA.



• **QUIÉN POMPÓ?** preguntan algunos con buen humor, hablando chiquiado, a manera de felicitación cuando ven que alguien estrena. El buen humor o chiste de la frase consiste en que sugiere un infantilismo inexistente en el que estrena, quien con toda seguridad ya gana, o debería ganar, su propio sustento, y por lo tanto, ya nadie le “pompa” nada. Es su propio proveedor, y ya no es niño.

En cuestiones de fe y santidad, vale la pena seguir siendo niños, o hacerse como niños, pues de ellos es el reino de los cielos. Pero hasta el mismo San Pablo —que reprendió sin eufemismos a San Pedro porque éste quería seguir “A Dios rogando y con el mazo dando”— decía: “Cuando era niño hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño”. Así también, el hablar *chiquiado* debe desaparecer del lenguaje de los padres, so pena de que lo copien los hijos.

“¿Quién *pompó?*”, logra una buena imitación del habla infantil inmadura en la que la sustitución, o la eliminación de fonemas, son fenómenos típicos. En el adulto, hablar *chiquiado* cae como patada de mula y hace que la gente sospeche que algo anda mal. Pero en el niño es lo típico y no hay problema. Por ejemplo:

Mi sobrinita Cintia dice: “Fe fé chu papá”, “Ya pomí”, “Pácate tonchi”, y muchas otras frases parecidas porque apenas tiene dos años. Hace tres días, con su cara redonda y traviesa, y sus ojos de inocencia de cristal, se asomó a su patio, y viéndome en el mío, entabló esta conversación en la que ella fue la única que habló: Primero me preguntó “¿Ya vini-

te?"; luego me dijo "Ya mi voy". Después, cambiando de idea, "¿No mi voy?"; y luego, contestándose a sí misma, "Tí. Tí mi voy". Su conversación se parece muchísimo a la de mi amigo Pombo Trujeque con alguien que en aquel tiempo era un niño de la misma edad. Volteando hacia la banqueta, dice Pombo: "¿Qué teto?", y su amigo: "Parete tateta... parete tamote..." y, probándolo: "Ah, e terote".

La imitación del habla infantil inmadura tiene funciones retóricas o pragmáticas que van más allá de la madurez de la forma lingüística. Como en "¿Quién pompó?", se habla *chiquiado* para felicitar al que estrena, o bromear, o enternecer, o hablar con cariño, etcétera. A veces también para ponerse a la altura de un niño y compartir con él su inmadurez e inocencia. Esto hace que muchos padres prácticamente les enseñen a sus hijos a hablar *chiquiado*. Al principio les parece bonito, pero cuando el niño crece, lo que antes a todos deleitaba, ahora los abochorona, y entonces son los ayes, el crujir de dientes, y las muchas visitas al terapeuta del lenguaje, pues no es lo mismo la inevitable inmadurez infantil que el detestable hablar *chiquiado* de quien ya debería hablar como la gente. Y es que las cosas de niños tienen que abandonarse a su debido tiempo.

Mi sobrinita Cintia, además de su habla inmadura, se chupa el dedo, hace berrinches y tiene inocencia de cristal. En ella pasa, está en la edad. Pero en adultos que hablen *chiquiado*, hagan berrinches, se chupen el dedo, o tengan la inocencia del que acaba de nacer, algo anda mal. A estos adultos inmaduros, si los hubiera, les convendría el consejo de San Pablo: "No seáis niños en la manera de pensar; sed niños para la malicia, pero maduros en la manera de pensar". Y San Pablo, que le reprochó a San Pedro su hipocresía, nunca hablaba DE PURA LENGUA.



NO ES LO MISMO ATRÁS QUE ANANCAS, dicen los sutiles para establecer diferencias importantes entre dos cosas aparentemente iguales. Sin ninguna necesidad, los groseros usan frases que incluyen apellidos como Domínguez, para el mismo propósito de distinguir, dilucidar, aclarar, apurar, clarificar, o establecer cualquier cosa.

En esto de establecer diferencias, el traductor es un experto. Toma un texto en una lengua extranjera y tiene que pasarlo a la lengua materna para que otros lo conozcan en su propia lengua. Al traducir, tiene tal variedad de palabras, frases y giros idiomáticos a su disposición que muchas veces por no fijarse cuál escoge, se ha ganado su buena fama de *traduttore-traditore*. Como quien dice, se ha metido a redentor, y ha salido crucificado. Y es que su trabajo es difícil; junto con la forma y el significado lingüísticos, debe traducir también el significado social y cultural. Si no lo hace, muchas veces se convierte en *traditore*, o por lo menos en mal traductor. Por ejemplo, en *Thanaptosis (En vista de la muerte)*, el poeta puritano de lengua inglesa William Cullen Bryant exhorta a sus lectores al ajuste de cuentas con Dios. En su poema, exalta el *vario lenguaje* de la naturaleza que, dice, le habla por igual al alegre que al triste. “Para el primero, tiene la voz del júbilo y la sonrisa y elocuencia de la belleza; para el segundo, tiene la tierna y curativa condolencia que embota el filo de sus más sombríos pensamientos” —su depresión— “antes de que lo advierta”.

Y luego, a quien “como peste del espíritu sufre el recuerdo de su mortalidad, y se estremece y llena de angustia ante el pensamiento de la dura agonía, del sudario y crespones, y de la oscuridad ya sin

aliento de la angosta morada, le recomienda salir al aire abierto, atender la enseñanza de la naturaleza y esperar la quieta voz que viene de su alrededor, de la tierra y de sus aguas, y de las profundidades del aire” (“*List to nature’s teachings while from all around—earth and her waters, and the depths of air— comes a still voice*”). Con palabras de las que sólo él se hace responsable, dijo una vez Rogelio Luna, mi ex-alumno en una clase de literatura inglesa en la Escuela de Lenguas de la Universidad de Colima, que el poema “*Thanaptosis es como una historia con significado moral y sentimiento personal, escrito casi sin artificio poético, en un lenguaje común y corriente, espontáneo, exacto, y no meramente decorativo*”. Tiene mucha razón, y por obra y gracia del traductor, *Thanaptosis* debe tener las mismas características en español.

Una traducción de Agustí Bartra, que DE PURA LENGUA estamos comentando, casi lo logra, excepto por la quieta voz, que al lector de habla hispana no le dice nada por ser un giro idiomático de la lengua inglesa. El angloparlante lo sabe perfectamente, porque ha crecido con esa frase, pero al hispanoparlante hay que decirle de dónde viene esa quieta voz. Eso es traducir la cultura también, porque el puro significado lingüístico nos deja demasiado suelta la imaginación. Y como dice otro poeta: “Suelta la rienda, tenaz la fusta, libre el espacio ¿qué hará el corcel?”

Aquí es donde el chile verde le ha de dar sabor al caldo, el profesor debe agarrar el violín de rancho, y el traductor ¡a lo que te truje, Chenchá! Que el panteísta oiga la voz del universo impersonal; el ateo, la de su materia cerebral; y el creyente, la de Dios. Pero para eso es necesario que *la quieta voz* sea, por lo menos, *la quieta voz de la conciencia*. Pues “No es lo mismo atrás que anancas”, ni “Las juntas” que “Las levantas”, ni “depura lengua” que DE PURA LENGUA.



LAS QUE SE LLAMAN FIDELIA, deben tener mucha fe, dice una pequeña rima con la que se quiere decir que el nombre debe coincidir con el carácter, naturaleza o manera de ser de la persona; en otras palabras, que el nombre debe ser verdadero. Si seguimos la lógica de la rima, las que se llaman Perala, Blanca o Margarita deben ser muchachas de alma blanquísima como la nieve, o por lo menos de apariencia nívea, no nivea; y las que se llaman Rosa, deben ser de carácter profundo, sutil y fragante. Y así sucesivamente.

Aunque no todos estaban de acuerdo, así pensaban algunos filósofos de la Grecia clásica. Según ellos, si un nombre no corresponde a la esencia de lo nombrado es un nombre falso, un sonido sin significado, un nombre DE PURA LENGUA. Usando la misma imagen, San Pablo dice que una obra de caridad —a las que hay tantos tan aficionados— cuando se hace sin caridad —sin amor de Dios en el corazón— no es más que un címbalo que resuena, es decir, una limosna, un sentimiento de melcocha que no es amor, aunque otorgue un beneficio material. En otras palabras, es caridad sin calidad, caridad DE PURA LENGUA.

El nombre debería corresponder a lo nombrado, pensaba con gran sentido del humor Felipe Ureña, muchacho de aquellos tiempos, basquetbolista de fama, excelente profesor y mejor amigo, que solía decirme: Ring, ring... ¿Está el señor Bravo?... ¡Que lo amarren! Así también pensaban del nombre de cierto profesor de filosofía en la añorada Escuela Normal Superior de México; Miguel Bueno y Malo se llamaba, y lo apodaban “El Regular”. Esto de los apellidos pone a prueba el amor verdadero. A mi sobrina Gabi Bravo no le importó casarse con Daniel del Toro por-

que lo amaba. Pero Ruth Flores no amaba tanto a Rubén Colores, pues nunca quiso ser la señora Flores de Colores.

Otros piensan que la persona debe hacer honor a su nombre. Durante un torneo de ajedrez, mi hermano —el mayor ajedrecista que ha dado Colima— tuvo un contrincante que quiso apantallarlos: —Yo soy el doctor Recio. —Pues yo soy el profesor Bravo, y a las pruebas me remito, dijo mi hermano, y le propinó una recia derrota aunque el otro se defendió reciamente. Y como no me gustan las tostadas de pata, yo, que me llamaba Cuauhtémoc, ya no quise llamarme así cuando supe lo que le había pasado al joven abuelo, pues no me creía tan heroico como para no decir dónde estaba el tesoro. Mi amiga Zoila Rosa Partida, de Manzanillo, tampoco estaba de acuerdo con su nombre, y siguiendo mi ejemplo se lo cambió y ahora sólo se llama Zoila Partida.

El pueblo, a veces nota la falsía que hay en los nombres que no coinciden con la esencia del individuo. Entonces, le dan un nombre que sí coincida. De ahí vienen los apodos. “Juan se llamaba, lo apodaban Charrasqueado”; por la tremenda velocidad a la que manejaba en aquellas calles somnolientas de Colima, a Elías de la Mora, sus amigos le apodaban “La Sotana Voladora” o “El Loco”. Sus enemigos, no sé cómo le dirían. Finalmente, la rima completa dice así: “Las que se llaman Fidelia, deben tener mucha fe. Tú, que te llamas Socorro, Socorro, socorre me”. Yo a nadie se la recomiendo como sustituto del *Padre Nuestro*; si acaso a algún político honrado, si fuera amigo de Socorro, la de Pueblo Juárez.

Porque los hombres honrados deben entrar a la política a servir a los hombres, no a servirse de ellos; a dar, no a recibir; a socorrer, no a ser socorridos. Y a eso, los que le quieran entrar, que le entren de corazón, NO DE PURA LENGUA.



LE JERRÉ, dicen los de Colima para admitir su falta de puntería, por ejemplo, cuando tiran una piedra, o hacen un disparo y no dan en el blanco. Cuando mi bisabuelita, que tuvo cinco hijas, dio a luz a la quinta, mi abuelo, que sabía reconocer sus yerros, dijo “Otra vez le jerré”. Y, según Juan Oseguera, los de Tecomán decían “Te jerré, mano, perdóname”, cuando se les pasaba la mano y, por error, le cortaban de un machetazo la cabeza, no sólo la nariz, a algún rival en amores.

Cuando se trata de echar pedradas, a veces son las piedras mismas, no la puntería, lo que falla. Cuando estos errores suceden, no se utiliza el verbo *jerrar* para confesarlos, sino más bien, el verbo *atascar*. Pombo Trujeque (y de cariño *Pombito*), se hizo famoso porque cuando su novia le azuzó los perros, quiso agarrar una piedra, y que se atasca los dedos. Por eso rompió definitivamente con ella, y le compuso el *Son del Perico Mudo* que, en parte, dice así:

Éste es el Perico Mudo
Que se canta por Colima
Que se canta por Colima
Este es el Perico Mudo
Cuando tu abuela vivía
No salías ni a la calle
Hoy no sales de la calle
La que te lleva es tu madre
Cuando te llevo a La Piedra
No dejas de resbalarte
Cuando te llevo a Comala
Resbalas con los mariachis
Cuando no te vengo a ver
Dices que ya no te quiero
Pero si te vengo a ver

Me cuchileas los perros
Hoy o mañana me largo
Ya no volverás a verme
Ya no volverás a verme
Ni los labios a morderme

En este asunto, Pombito *le jerró* dos veces. Al “atascarse”, se le olvidó que el error es humano; y al cortar a su novia, se le olvidó que el perdón es divino. Pombo admite que *le jerró*, por lo menos la primera vez. También yo considero mis propios yerros al considerar mi situación económica. En la época pre-Humbertista, cuando la Universidad de Colima sólo tenía dos escuelas, me inscribí en la de Leyes, que funcionaba donde hoy está el IUBA. Al terminar el año, vi que no era mi vocación, y como no di el ancho para enfermera, me tuve que ir a México, y acabé de *pobresor*. Aunque no me quejo porque tengo otra riqueza que no es de este mundo, me pregunto si no le habré *jerrado*.

Por supuesto, *jerrar* es una forma popular de “errar”. Sin razón aparente, hay una *jota* donde no debería haberla. Hurgando bajo la superficie, encontramos que para decir “Le erré”, es necesaria una interrupción de la voz entre las dos vocales. Pero por no agradarle los culteranismos, el pueblo, que habla como quiere —y hace bien—, usa una *jota eufónica* que, contradictoriamente, a los puristas les suena mal. Si por eufonía, dicen “Siete u ocho”, “aguja e hilo”, “zacate y yerba”, “el agua fresca”, etcétera, ¿por qué no dicen “Le jerré”, así, con *jota*? ¿Es que la *jota* no es hija del alfabeto? A estos puristas, si les cuchilean los perros, les recomiendo que no se agachen a recoger una piedra, porque sin darles tiempo de decir “Le-erré”, pudieran atascarse los dedos; error que de ninguna manera es DE PURA LENGUA.



COMO EL CURA DE COAHUAYANA es un dicho regional que nació por referencia al Padre Abraham, quien ejerció su ministerio 40 años en aquel lugar. No dado a burguesías burocráticas, llevaba el registro parroquial en la memoria, daba certificados sin asentarlos en los libros correspondientes, y cuando alguien se escandalizaba, simplemente respondía: “Todo lo tengo aquí”, tocándose la sien derecha con el índice del mismo lado. Confiar sólo en la memoria es ser como el cura de Coahuayana.

Otros archivistas no tienen tan buena memoria como él, por eso llevan el registro en libros de papel. Cuidadosamente ordenados y sistematizados, cualquier dato de esos archivos puede obtenerse en menos que canta un gallo. Pero sin orden ni concierto, un archivo sería tan inútil como hoy en día la memoria del cura de Coahuayana que, siendo polvo, siguió el destino común del hombre y al polvo volvió.

Sin orden ni concierto, por ejemplo, estaba el Archivo Municipal de Colima, antes de que José Manuel Romero de Solís, de la Universidad de Colima, lo transformara en el Archivo Histórico Municipal, sistema eficiente que hoy enorgullece a todos los colimotes.

Presa de usuarios exfoliadores y expoliadores, verdaderas *chancharras* humanas, ese archivo perdió documentos que hoy sólo se conocen por menciones en obras locales de carácter histórico; presa de comejenes y polillas, muchos de sus valiosos documentos han quedado irremediabilmente mutilados; y presa del paso de los años, su antigua escritura se ha vuelto irreconocible para el indocto, o para el que no esté dispuesto a pasar, como José Miguel, horas y horas,

lupa en mano, aprendiendo a leer la equívoca caligrafía, las confusas abreviaturas, y las arcaicas formas lingüísticas en que están escritos. Pero eso se acabó. El archivo ya está en orden y ya no es presa de nadie, ya no está como el archivo del cura de Coahuayana; hoy, es patrimonio de los colimenses y de los mexicanos en general.

La lengua también tiene sus archivos, archivistas e historiadores. Sus registros más acabados solían recibir el nombre de “artes y vocabularios”, y hoy reciben los de “gramáticas” y “diccionarios”. Como los históricos o administrativos, estos archivos lingüísticos también son un caudal de información en el que puede nadar cualquier interesado. En ellos, llámense diccionarios, tesoros o enciclopedias, se aprende gramática, filosofía, historia, lenguas, y casi cualquier cosa, hasta religión. Pero hay que tener cuidado. La utilidad del conocimiento DE PURA LENGUA que se obtiene en esos archivos es relativa, y mal empleada, puede resultar inútil y hasta perjudicial. Don Quijote, perdió el seso, y muchos sabihondos han perdido el rumbo y naufragado en el profundo *mare magnum* del conocimiento enciclopédico que, a decir, verdad, sólo cuando es bien empleado alcanza fama de sabiduría.

Al *diccionarófilo* hay que hacerlo poner los pies sobre la tierra, como hizo aquel famoso poeta que dijo: “Una inglesa sensual, de labios rojos, me dice que me adora, con los ojos. El ceño del marido, que es un belga, me anuncia un puntapié. No necesito saber ya más. El diccionario huelga”. Por supuesto, sólo lo decía DE PURA LENGUA.



SI MI ABUELITA TUVIERA RUEDAS, sería bicicleta, dice el vulgo mexicano refiriéndose a lo imposible. Y eso que viven en el país donde el presidente tiene su presidenta, el gobernador su gobernadora, el general su generala, y en donde se ha dicho que debiera haber obispas. Pero mencionan a sus abuelas provocativamente, sabiendo que amenazan el casi sacrosanto matriarcado que rige a la mayoría social, política y religiosa de México. Son seguramente huérfanos, que no se han dado cuenta de que hay un país en donde las abuelas pueden tener ruedas sin ningún problema. Es el país de Alicia, el país de los conejos con reloj, de las Reinas de Corazones que cocinan pastelillos, y de los Caballeros del mismo color, que se los roban.

Que mi abuelita tenga ruedas o no, no es problema. A ciencia cierta sé que lo que ella tenía era un gabán que poco usaba (se lo ponía para el frío cuando mi abuelo no estaba). En todo caso, las ruedas de mi abuelita no son problema científico, más bien, son problema del país de las maravillas, problema DE PURA LENGUA, de los que sólo atraen o distraen la mente de sabios ya de por sí distraídos, o de lingüistas trasnochados. Pero aunque no sean científicos, esos problemas son tan fascinantes como cualquiera de los que desvelan a algunos investigadores de la Universidad que, enamorados de la ciencia, viven en una búsqueda ininterrumpida e ininterrumpible de la elusiva, cambiante, relativa, fraccionaria y muy poco duradera verdad científica. Con las adaptaciones del caso (*mutatis mutandis*, como dicen algunos diciendo que no quisieran decirlo) estos científicos, en su búsqueda, bien po-

drían tener de lema esta canción: “*Te juro que dormir casi no puedo. Mi vida es un martirio sin tu amor. Mirando las estrellas me consuelo; vuelvo a dormir y vuelvo a despertar. Dejo el lecho y me asomo a la ventana. Contemplo de la noche su esplendor. Me sorprende de la luz de la mañana, ay, en mi loco desvelo por tu amor*”. Así digo yo de Dios, también *mutatis mutandis*, y NO DE PURA LENGUA.

El mundo de Alicia está lleno de *mirabilia*, es decir, maravillas o cosas dignas de mirarse o admirarse. Hasta con el ojo pelón se advierte la semejanza entre *mirabilia* y maravilla, pero cuidado, un lingüista aguafiestas que conozco podría comenzar a preguntar que *cómo* (peor si pregunta *¿por qué?*) llegó *mirabilia*, palabra latina hasta el siglo XI, a convertirse en *maravilla*, palabra española ya en el siglo XII.

Este proceso de cambio tiene más qué ver con distinciones fonéticas y con las adaptaciones alfabéticas necesarias para representarlas, que con errores ortográficos. Estamos hablando de la historia de la lengua española (siglos X al XV), de una lengua que apenas nacía, que era latín y no lo era, y cuyo vocabulario se formaba, como vemos por el ejemplo, según las reglas de una lengua todavía inexistente. Pero si Noam Chomsky tiene razón, esa lengua existía ya, como herencia genética, en el cerebro de sus futuros creadores. Como quien dice, lo que todavía no existía, gobernaba lo que apenas comenzaba a existir. Esto indica que nunca hubo hombres que aprendieran a hablar por imitación de los sonidos naturales, ni cuyas primeras palabras fueran gruñidos, tal como algunos antropólogos —por falta de una explicación verdadera— quisieran hacernos creer. Si esto es demasiado maravilloso, también es digno de verse. Pero ¿quién le pone el cascabel al gato? El hecho de poder preguntar no garantiza que se pueda respon-

der. Y como yo no soy un buen *desarzobispoconstantinopolizador*, mejor que contesten aquellos antropólogos y los que en ellos crean. Porque aquí, en estos pasatiempos, las maravillas y problemas, son DE PURA LENGUA.



SON EXTRATERRESTRES, dicen de ET los que no creen en el amor humano; y de Jesucristo, los que no creen en el amor divino. “Son extraterrestres”, dicen los supersticiosos hablando de fenómenos que nadie sabe explicar. “Es extraterrestre”, dice del origen de la vida en la tierra Sir Francis Crick, el descubridor del ADN. Sólo lo contradice Oparin, con su todavía más fantasiosa teoría de que la vida en la Tierra se hizo solita, aquí en la Tierra. Que con su PAN se lo coma. Son también fantasiosos los creadores de dibujos animados, monstruos para el cine, detectives para la televisión, y *juandieguitos* para los altares. Pero los que se llevan las palmas son los que inventan extraterrestres, sean *itís*, dioses griegos o *supermanes*. Por otra parte, la realidad puede ser más fantasiosa que la imaginación y producir sucesos que a la razón le son inaceptables y que la gente califica de increíbles o inexplicables. Por ejemplo:

Muchos periodistas han muerto por saber demasiado; muchos estudiantes, por no saber suficiente; y muchos inocentes, por no saber nada de nada, como los niños abortados (legal o ilegalmente). Hay quien ha sido encarcelado, torturado y muerto por buscar la justicia humana; otros, por buscar la divina. Paradójicamente, éstos fueron quemados vivos por los que enseñaban la justicia divina; y muchas mujeres han muerto por su propia mano, porque no supieron qué hacer con la libertad que les otorgaba la llamada liberación femenina.

Los que sí han de ser extraterrestres son los políticos, no importa de qué partido. Ya se salieron de madre, y creyéndolo tonto, le ofrecen al pueblo dizque una mejor vida a cambio de que el pueblo les pague impuestos hasta por enfermarse y comer. Le di-

cen “IVA a las medicinas y alimentos”, mas el pueblo les contesta: “Te IVA a creer, pero me arrepentí”. Esos políticos, que con su PAN se lo coman.

Pero consuela ver el otro lado de la moneda, las historias de rectitud, de justicia y de bondad que de vez en cuando aparecen en la Tierra sin aparente explicación. Sócrates, quien perseguía la suprema bondad, a costa de su vida obedeció las leyes en las que él creía. Luis Pasteur arriesgó su vida para probar que su vacuna contra la rabia servía. Pero qué *valiente* suena un presidente que defiende la libertad en Irak, pero no va él mismo a pelear en Irak. Ni en Chihuahua o Tamaulipas.

Pombo también merece ser reconocido como benefactor y benemérito de México. Al revés de los partidos políticos, simpatiza con el pueblo, pero no con los gobiernos que quieren cobrar IVA por enfermarse y comer: “*Que del presidente para abajo todos ganen igual que los maestros. Sin subsidios, ni prebendas. Con ese sueldo, se olvidarán del IVA y todos estaremos más contentos*”. Y aunque Pombo pudiera ser más nango que mandado a hacer, esta vez quiero apoyar su iniciativa: “¡Viva Pombo! ¡Viva el defensor del Pueblo! ¡Muera el mal gobierno!” Pero no me atrevo a decir: “Muera el gobierno” como dice Pombo, ya de plano. No todos somos tan valientes.

Esa es la realidad del hombre terrestre; del polvo viene y al polvo va, y su más profunda contradicción es la de querer el bien, y hacer el mal. El que no viva así, que me lo avise para que seamos dos. Que me diga cómo le hizo, para poder comparar. Y si no es extraterrestre, seremos como el buey y el león que comen paja en paz, echados uno junto al otro. Yo seré el buey, y él será el león. Pero si insiste, cambiemos. Nomás que no sea extraterrestre, que no viva o exista DE PURA LENGUA.



VERDE QUE TE QUIERO VERDE, dijo definitivamente Federico García Lorca, y consagró en su obra la música de la lengua sin significado fijo, o para decirlo de otro modo, con cualquier significado que se le quiera dar. La palabra “verde”, en “verde luna” puede significar una cosa, y en “verde cielo” otra. Y sin la obligación de significar nada, “verde rojo” puede significar cualquier cosa, o ninguna. “Que la signifique o que no la signifique. Me da lo mismo,” pareciera decir García Lorca, y así ha sido por generaciones.

También liberados de la responsabilidad de que lo que se dice signifique algo, muchos versificadores han seguido el ejemplo y han escrito líneas que no se parecen en nada a la poesía de García Lorca en la que, aparte de su significado, su rica imaginación deleita, sus comparaciones asombran, y su música satisface. Por supuesto, García Lorca no es un poeta sin sentido, aunque sus símiles y metáforas sean como alcancías, a las que hay que meterles para sacarles. Pero algunos versificadores contemporáneos no son alcancías; no vale la pena meterles nada porque al fin y al cabo no se les va a sacar nada.

“Fue la noche de Santiago y casi por compromiso se apagaron las esquinas y se encendieron los lirios”, continúa el poeta, con una deliciosa ambigüedad en la que no se sabe si se entregó a la casada infiel “casi por compromiso”, o si “las esquinas se apagaron” “casi por compromiso”. Como en la buena poesía, en realidad no importa porque lo que se quiere decir se entiende, y bien. Para que un lingüista cristiano y sesentón pueda repetir de (imperfecta) memoria estas líneas, se necesita primeramente confesar que también fue joven, y que también tuvo un

tiempo en el que no fue cristiano. En aquel entonces, eran los libros, no las obvias vistas de la televisión, lo que se apoderaba de la realidad y la fantasía de los consumidores. *Motechando* poetas y pidiéndoles aquí y allá frases prestadas, se lograba un acervo que perfumaba la conversación en bancas oscuras y en esquinas lluviosas, y se lograba la comunicación *oscular*. Recurrir a las canciones populares, excepto en las serenatas, era un plagio demasiado obvio.

Hoy en día, las aventuras de quintos patios, de ricos de pacotilla, de infantes de utilería, y de vicios dignificados, así como el ritmo de pesadilla y la pornografía rampante y desenfrenada tanto de la televisión comercial como de la supuestamente cultural, deben tener sobre sus jóvenes consumidores un efecto diferente al que tenían los libros sobre los jóvenes consumidores de mis tiempos, mis contemporáneos, hoy sesentones sin vergüenza.

Por ejemplo, hace diez años, contaba Jesús Díaz Virgen, mi maestro de quinto año de primaria, que para pedirle una quebradita a una muchacha había que decirle: “¿Me permite esta quebradita, señorita?” Y al terminar la pieza había que decirle: “Muchas gracias, señora”. Por eso, hay personas de mis tiempos que no quisieran que sus hijas fueran de esta clase de jóvenes. Más bien querrían que sus relaciones sentimentales fueran como las que cantaba Virginia López, también ya hace mucho tiempo: “Comenzó por un dedito y la mano agarró”.

Por otra parte, los muchachos de mis tiempos ya no son jóvenes freudianos. Con mucha razón, se han desilusionado de la machacona insistencia freudiana en que la sexualidad sea la única motivación de la conducta humana. Han crecido y madurado. Sus intereses se han diversificado; sus motivaciones se han aclarado; sus anhelos se han reencaminado.

Como García Lorca que no es poeta de un solo tema, tampoco ellos tienen una sola dimensión o una sola motivación. Ahora tienen tanto lo obvio como lo sutil; lo tangible como lo intangible; lo efable como lo inefable. “Y un horizonte de perros ladra allá lejos del río”, que quiere decir lo que queramos que diga, con tal de que no sea DE PURA LENGUA.



JUVENTUD, DIVINO TESORO, ya te vas para no volver. Cuando quiero llorar no lloro, y a veces lloro sin querer, dice Rubén Darío en bien medido, bien rimado y bien respaldado verso. Lo del respaldo es importante, pues ¿qué chiste tiene un verso si no es verdadero? La verdad artística tiene su propia definición. Necesita un autor y un lector. Esta mirada del poeta hacia su pasada juventud, necesita un lector que comparta la virtuosa nostalgia por el ayer y que le dé testimonio de verdad al verso. Con ello se cumple la primera condición de la poesía verdadera, su efabilidad o capacidad de ser comunicable. ¿De qué sirve la poesía incomunicable?

La segunda condición es opuesta a la primera. La poesía tiene un elemento inefable: la sonoridad del verso, su memorabilidad, y sobre todo, la facultad de suscitar conmociones o movimientos anímicos sensibles pero inefables o inexpresables en el lector. Dicen que Oscar Wilde lloraba cuando les leía sus propios cuentos a sus hijos. Cuando le preguntaban: “¿Por qué lloras, papá?”, les contestaba: “Las cosas bonitas me hacen llorar”. La poesía conmueve hasta al corazón malvado y depravado sin explicación posible, porque si no ¿de qué sirve la poesía?

La verdad artística no depende de la cantidad de veces que un número dado de individuos descubre que un verso es verdadero. Ese grado mayor o menor de consenso se llama calidad, y va en relación directa con su universalidad. Un verso efable, inefable y universal es raro. No toda poesía alcanza ese rango, pero la popularidad es el grado mínimo de universalidad.

En sus alcohólicos versos, José Alfredo Jiménez le cantó al pueblo mexicano sus más caras ver-

dades, pero no creo que ninguno se atrevería a postularlo para un premio Nobel. Cuando dijo que “No vale nada la vida”, contradijo el único valor que la mayoría acepta sin chistar: el de la vida *per se*. Quizá por esto se encontró finalmente solo, cantando una verdad que lo aisló del resto del mundo. Su verdad no alcanzó universalidad, pero en el lento suicidio en el que se embarcó, demostró que su canción era verdadera, no como la canción de muchos que ya sea sentimental, nacionalista, moral, profesional, ética, artística, política o religiosa, no los gobierna. Y ¿de qué sirve una convicción o una religión que no gobierne a sus adeptos?

El pueblo no critica a José Alfredo, ni yo tampoco. Más bien lo aprecian, lo estiman y lo quieren porque sus canciones le cantan efable e inefablemente al corazón. Y, como lo movió a una manera de vida, su verdad es más genuina que la de muchos enamorados que escriben versos falsos o que la de muchos publicistas que escriben comerciales para la televisión o para las campañas políticas. Tampoco son de fiar los que dicen que creen en Dios pero viven como si no creyeran. El que no los conozca que los compre. Más confiable es este pasatiempo que sin decir mentira se escribe y se proclama DE PURA LENGUA.

Mi hijo Javier cumple años hoy; y mi esposa Elenita, el próximo miércoles. Les dedico este pasatiempo para demostrarles mi amor. Felicidades, Javier; felicidades, Elenita. *I love you*. Y no lo digo DE PURA LENGUA.



EXPLICANDO UNA TARDE ANATOMÍA, dice un famoso verso de cuya continuación no puedo acordarme, pero que a diversas personas les provocará diversos pensamientos y sentimientos: a algunos de vida y muerte, de finitud e infinitud; a otros, les evocará prados luminosos, ríos rumorosos, arrullos de palomar. Los más *literalistas* verán entrañas, vísceras y órganos; cuerpos, restos y cadáveres; nombres y nomenclaturas. Cada cabeza —calavera, pues— es un mundo, y las emociones que las alimentan son también personales. “Cada quien habla de la feria según le va en ella”.

Hablando de un muerto que quedó en el fondo del mar, dice bellamente Ariel: “Con sus huesos se hace coral, sus ojos se han convertido en perlas, el mar lo ha transformado en algo rico y misterioso, y las ninfas del mar le tocan a difunto cada hora”. Pero el sombrío Miguel de Mañara, no sin cierto arte, exhorta: “Repara, hermano mío, que esto sin duda has de pasar, y toda tu compostura ha de ser deshecha, en huesos áridos, horribles y espantosos, tanto que la persona que hoy juzgas más te quiere, sea tu mujer, tu hijo o tu marido, al instante que expires se ha de asombrar de verte, y a quien hacías compañía, has de servir de asombro”.

Manrique se maravilla de ver “Cómo se pasa la vida, cómo se llega la muerte, tan callando”. John Donne reconviene: “Muerte, no estés tan orgullosa. Aunque algunos te crean poderosa y temible, no lo eres. Si el descanso y el sueño, que son imagen tuya, nos dan mucho placer ¿cuánto más tú? Eres esclava del destino, de la casualidad, de reyes y desesperados; moras entre el veneno, la guerra, y la enfer-

medad. ¿Por qué, pues, te envaneces? Después de un breve sueño, eternos despertamos, y muerte ya no hay. Muerte, ese día morirás.”

A los que no se las dan de poetas ni en el aire las componen, a los mexicanos que en la vida real — no en el escritorio— construyen la cultura popular, la Muerte les viene guanga, la Huesuda nomás les pela el diente, la Flaca les hace los mandados, y la Ciriaca, lo que el viento a Juárez. Estos y otros apelativos cariñosos se escuchan todavía en las loterías de pueblo y de barriada en las que, como en otras rifas, se explota económicamente la religiosidad supersticiosa y el cristianismo pagano o sincretismo del pueblo que así extraviado construye su sabiduría.

El día en que, innecesariamente alentado por promotores de la “cultura popular” y de la fe *nacionalera*, el paganismo sincrético se desborda en veneración de los muertos, vacías del cerebro, las Calaveras se divierten versificando críticas en los periódicos: “Yace aquí, sin paz, Vicente, que se creyó Presidente, que habló de más sin gran sabiduría, que nunca supo lo que hacía. Logró que México cambiara, pero de manos, no de mañas; de tepocatas, y otras alimañas”. Más buenas que el PAN, se deshacen en las bocas de niños glotones, mientras que el cancionero popular se hace maestro en el arte del verso sin sentido: “El tren que corría sobre el ancha vía, de pronto se fue a estrellar contra un aeroplano que estaba en el llano volando sin descansar. Quedó el maquinista con los ojos fuera, mirando pal conductor que ya sin cabeza buscaba un sombrero para librarse del sol”.

Pero ya en la solitaria verdad del hogar, ahí donde nadie nos mira, ni nadie nos engaña, ni a nadie podemos engañar, la muerte mueve y conmueve a los que no tienen fe verdadera ni esperanza, a los que le temen a la muerte más que a la vida, y mu-

cho más que a Dios. Son como Pombo, que en público, entre sonrisas y muecas, se enfrenta con bromas y cariñosos apelativos a la muerte, pero que en privado —y qué terrible verdad— solloza y tiembla con razón y deja escapar mortales ayes de *profundis*, no DE PURA LENGUA.



REINA Y SEÑORA, por vuestra corte, con un revuelo de vendaval, corre y circula, vuela y rebulle cierta noticia que tiene a todos sobre las ascuas de la ansiedad, dice José Ma. Pemán, uno de tantos poetas ignorados a pesar de sus dulcísimos versos. Pasó de moda, pues, pero no falta quién recuerde y aprecie las sonoras estrofas con las que describe su vida diaria y su sociedad. En este caso, sabrosamente relata los amoríos de una reina que tenía los ojos verdes (no todos son perfectos) y de un paje que vestía calza de seda, fieltro emplumado, tahalí bordado de cordobán; al ferreruelo broche de piedra, y a la goliella, rico collar.

Si esta noticia causó escándalo y duda, no hizo menos la de que la Villa de Tuspa ya tenía su PAPI, el partido que Pombo solito fundó y preside vitaliciamente. Al saberse la noticia, las universidades organizaron foros, los medios masivos publicaron sesudos comentarios, la televisión puso un programa de concurso más idiota que de costumbre, y en fin, todo mundo trató de sacar raja. Hubo inclusive dos partidos que se sentaron a la mesa de las negociaciones (porque a la de compartir el PAN y la sal no se sientan) a opinar sobre el nuevo partido.

Igual revuelo causó la noticia de que Pombo volvería a ser candidato en la elección extraordinaria para gobernador de Tuspa y que usaría el mismo lema que le dio tantos votos en la anterior: “A Pombo le gustan las gordas”, refiriéndose, no a las mujeres de succulenta apariencia, sino a los sopitos de mantequilla que no sé por qué les cambiaron el nombre.

Para esta segunda vuelta, Pombo está considerando añadirle a su campaña una nueva propuesta,

a saber: “Que, dado que los partidos tienen secuestrada la democracia, se permitan los candidatos independientes sin más restricciones que la de apegarse a la ley en términos de financiamiento y estatutos”. Pombo dice que con esto se garantiza el derecho constitucional a votar y ser votado sin el latoso, costoso, estorboso, y *obstaculizante intermediarismo* de los partidos, que nos salen proporcionalmente más caros que el gobierno.

Con esa plataforma no sé si Pombo pueda volver a ganar. Se necesitan votantes muy listos para entender lo que ni Pombo entiende. Por otro lado, qué importa. La Villa de Tuspa siempre tendrá los gobernadores que se merece. Finalmente, Pombo dice que muchos que están de acuerdo le han pedido “Que se repita”, a lo que Pombo accede al grito de “Si a usted también le anularon la elección, véngase con su PAPI”. Y en fin, sin darle la razón, le doy la palabra; y lo declaro mi candidato. Y le deseo que gane, para que el pueblo gane. Si usted está de acuerdo, véngase con su PAPI, como dice Pombo. Y ni él ni yo lo decimos DE PURA LENGUA.



EN EL PANTEÓN DE LOS GRINGOS —cuyo reposo no ha sido perturbado ni por la bárbara profanación del campo santo, ni por las poderosas máquinas del progreso que abrieron calles a su alrededor, ni por mi hijo Ricardo que ejerce a 50 metros de ahí en un novísimo consultorio dental, ni por el ruido de la vida humana que invadió el sosiego de la vida natural que antaño los rodeaba— hay una estatua.

Su antigua sede era el Parque Hidalgo, y allí tuvo sus buenos tiempos y sus buenos momentos. Con su gorro frigio, encarnaba el sentimiento patrio, compartía honores con los héroes y recibía homenaje de musa, de la musa libertaria de Hidalgo, el Padre de la Patria, el anciano “que hizo libre mi nación, que tenía blanca la cabeza y encendido el corazón”. Ahí se le conocía como *La Estatua de la Libertad*.

Hoy su existencia no tiene sentido; o mejor dicho, hoy ya no le damos ningún sentido a su existencia. Su historia terminó desde que un bárbaro ayuntamiento la cambió de lugar. Arrancada de su antiguo sitio, su blanco mármol acusa la pátina del polvo, su gesto de brava revolucionaria pasa inadvertido, y la vandálica mutilación que sufre es motivo de risas y de burlas. Escondida en este antiguo refugio de gringos, no tiene nada qué ver con lo que la rodea, y su presencia sólo sirve para despertar la imaginación de los burlones, o la nostalgia de quienes la vieron en mejores días. Como está al paso de perros y de niños bien, parece temerosa, como la muñeca de Cri-Crí, de que alguno de ellos la vea, alce la pata, como la Figura Verdaderamente Obscena, y desagüe sobre ella, haciendo llover sobre mojado, humillación tras humillación.

Nos indignaríamos por ella públicamente, pero no vale la pena. Sabemos que es estatua, y entendemos que, fuera del sentimiento que los ingenuos le atribuyamos, ella no tiene ninguno. Ya sin historia y sin nombre, es una mera forma material, igual que las que hay en los altares, que permanecen impasibles, sin importar cuánto dolor se presente ante ellas, ni cuán tibias, cuán amargas, y cuán abundantes lágrimas se derramen sobre sus ensalivados pies.

Pero si su historia se perdió, es decir, si su existencia dejó de tener significado histórico, siempre es posible darle o inventarle uno nuevo: que los dueños de la Patria —no importa de qué partido— le emblanquezcán el mármol, que le quiten lo manco, que la expongan a una nueva conciencia ciudadana, que le den otro nombre, y adquirirá una nueva historia. Será *La Libertad de los Gringos*, por aquello de que esos gringos ya son libres de los prejuicios que los apartaron de sus congéneres; será *La Musa Apacible*, por la paz imperturbable que esos gringos gozan ya; será *La Virgen de la Encarnación* de la Historia de los Gringos, de nuestros gringos, y la legitimación definitiva de su paso por estas tierras.

Pombo Trujeque dice que si fuera asunto de La Villa de Tuspa, le pondría *La M.A.M.I. de los Gringos*, pero por más que le insisto, no me explica el sentido de ese título, y sin sentido, no hay historia. Afortunadamente, estamos en La Villa de Tuspa, y cualquier cosa que diga Pombo, aunque él la diga de corazón, habrá que tomarla como DE PURA LENGUA.



HABLANDO DE LA OTRORA Estatua de la Libertad, Harrancada por vándalos ahistóricos del contexto revolucionario que le daba sentido a su existencia material, se nos viene a la memoria su gorro frigio y su antiguo significado como encarnación de la lucha libertaria, y de la aspiración de Hidalgo y otros héroes de la patria nacional; y también, con tristeza, nos damos cuenta del gradual deterioro en la conciencia de los hombres que, ya sin reconocer ni su nombre ni su historia, la consideran una mona más.

Al decir mona, no me refiero a la especie animal de la que algunos congéneres dicen descender; ni a la proverbial mujer vanidosa que aunque se vista de seda, mona se queda; tampoco al falso alivio que en el rico es alegría y en el pobre borrachera; mucho menos a la mona que en Colima solían arrullar con innata ternura las pequeñas a quienes visitaba el Niño Dios el 25 de diciembre, día de su natividad.

Más bien me refiero a la figura humana, hecha, pintada, o dibujada que no alcanza a impresionar la conciencia con un significado, o cuyo significado se perdió. Pudiera ser, dicho con todo respeto, uno de los monos del Camino Real, a quien nadie conoce, y cuyos gestos los vagos aprovechan para reírse de los que los pusieron ahí para honrarlos por su bien hacer. Pudiera ser uno de los que hay en los altares, que ya no están de moda, a quienes ya ni los más idólatras les prenden una veladora o les dirigen una oración. Pudiera ser el que, por el rumbo de la Villa se debate entre la *monificación* o la *heroificación*, es decir, entre el olvido o el reconocimiento de su significado individual: el nombre, la obra, el sentido de la vida de Don Manuel Álvarez, de quien ese “mono” es representación.

Me refiero, pues, a cualquier monumento, o como les dice la gente, *monumento*, cuyo sentido ya no es, o nunca fue, parte de la conciencia de los únicos, que dándoles significado pueden transformarlos de simples monos de existencia material, en personificación heroica de la libertad, la santidad, la virtud cívica, etcétera. Entre ellos, la otrora Estatua de la Libertad, hoy convertida en mera mona manca cuyo antiguo nombre y significado se han perdido, y cuya historia individual se interrumpió.

Una breve leyenda parece querer legitimar su nueva situación, pero como es DE PURA LENGUA, no lo consigue, pues las alegorías deben tener algo qué ver con la realidad que representan, y ésta, con su gorro frigio —símbolo de lucha libertaria—, no tiene nada qué ver con la paz imperturbable de un panteón profanado, aunque se trate del panteón de nuestros gringos, o de lo que hoy lo sustituye.

En esa estatua, ya sin nombre y sin historia, lo que antes se creía un gesto de bravura heroica se ha convertido en mueca de dolor; lo que se pretendía que fuera un paso al frente, ha quedado en incapacidad de caminar, y lo que pudo haber sido una forma luminosa es una mona opaca por la suciedad y la sombra de los árboles que la rodean, la exponen a los excrementos de los pájaros, y le impiden refulgir.

“El muerto al pozo y el vivo al gozo”. Le toca el turno al presente panteón municipal. Y no lo predigo DE PURA LENGUA.



EN EL CIELO NO HAY ALMEJAS, predicaba divertido Enrique Jardiel Poncela, maestro de necios que, por lo menos en este aspecto dejaron de serlo. No se refería a los moluscos que adornan la mesa, deleitan la boca, causan bienestar en el estómago, y llenan de contentamiento el corazón de quienes los consumen. Más bien, con afortunada expresión de bien humorado desprecio, se refería a las almas humanas que no alcanzan a dar el peso, ni la medida, ni la estatura necesarias para cumplir su anhelo de llegar al cielo.

La expresión “almas humanas”, pudiera sorprender a los que viven bajo la errónea enseñanza o impresión de que sólo los seres humanos tienen alma. También los animales y muchas cosas la tienen. De hecho, sépanlo tirias y troyanas, tanto *alma* como *ánima*, animado como animal, se derivan del latín *anima*, que se refiere al aliento vital o soplo de vida, a lo que anima o le da vida a la materia. En consecuencia, *alma* es sinónimo de vida, y en el hombre se refiere a su parte anímica o animal, que comparte también con otros animales, es decir, con otros seres vivos o animados. Esa alma, humana o animal, es capaz de pensamiento, propósito, emoción, sentimiento, voluntad y otros afectos. Por eso entendemos que el hombre no es la única criatura con alma, o que no es lo anímico o psicológico aquello que distingue al hombre del animal. Entonces, tampoco lo anímico ni lo psicológico diferencia al hombre de la bestia, sino lo espiritual, que es el otro soplo de vida.

Aunque por ser objetos inertes, inanimados o sin vida, parezca contradicción, también las cosas tienen alma. Así se habla de los dibujos animados, del alma de las lenguas, y del alma de la fiesta.

Una buena guitarra tiene un alma o barra de metal que impide que la tensión de las cuerdas permanentemente afinadas le doble el puente. Aunque un pistolero tiene que ser desalmado, la pistola con la que asesina, a pesar de no tener sentimientos tiene alma, que es el hueco de su cañón. Y hasta los huecos cántaros tienen alma, pues se dice que una persona indiscreta e insensible tiene alma de cántaro.

Aunque el alma es sustancia espiritual, muchas veces se comporta como sustancia material. Puede tener madre, como el *alma mater* de los universitarios. Como callos, a muchos les duele el alma; de otros se dice que viven con el alma en un hilo. Los moribundos ya tienen el alma entre los dientes; y a muchos se les va el alma a los pies, y quizá por eso se dice, si en ese trance mueren, que entregaron los tenis, no el alma.

Lo que sucede es que las palabras vivas o animadas cambian y adquieren significados, muchas veces opuestos a los originales. Pero la lengua es un jarrito en donde todo cabe sabiéndolo acomodar, hasta los significados opuestos o disparatados de muchas palabras. En otros tiempos, las gentes se bañaban en acuarios y los peces en piscinas. Hoy son los peces los que viven en acuarios y la gente la que se baña en piscinas. Al morir, muchas almas o ánimas se vuelven famosas, como la de Sayula. Entre los vivos y vivales, hay muchos que sabiendo que no se pueden ir al cielo, pero tampoco quisieran irse al infierno, quisieran ser por lo menos almas en pena, las que dizque purifican sus pecados en un supuesto pero inexistente purgatorio o purificadorio de las almas. Pero esos señores tienen almejas, almas de mala calidad, y según Jardiel Poncela, se tendrían que ir al infierno, porque en el cielo no hay almejas.

De todos estos significados y debates, con imparcialidad y manga ancha, guarda memoria la lengua. Sólo el hombre y el cielo no son como un jarrito en donde todo cabe sabiéndolo acomodar. En el cielo no hay almejas, ni puros, o purgados DE PURA LENGUA.



LA CARNE DE BURRO no es transparente, les dicen. En algunos lugares a los que se atraviesan e impiden la visibilidad de los afectados. Aunque no hay peor sordo que el que no quiere oír, la frasecita da resultado y el burro aquel se quita inmediatamente. En el futbol (así, a la mexicana), en donde no hay sutileza ni doblez, para no engañar a nadie, simplemente les avisan “Va la piedra” o “El agua de riñón”. Todo esto me parece bien, y el que no ayuda, que no estorbe, pero ¿qué culpa tienen los burros? O, si alguien, cuando le preguntan si es del PRI (o de cualquier otro partido) contesta: “Mejor perro”, ¿qué culpa tienen los perros? O si alguien con su conducta le provoca asco o repugnancia a otro, ¿qué culpa tienen los puercos? Y así sucesivamente. Estas comparaciones (en las que tan mal librados salen los pobres animales) son un recurso lingüístico, una evaluación del carácter humano que, según Charles Osgood, puede ser descrito con sólo tres dimensiones: lo bueno y lo malo, lo activo y lo pasivo, y lo fuerte y lo débil. En estos contrastes queda comprendida toda la grandeza y mezquindad, la luz y oscuridad, lo santo y lo profano, lo cómico y lo trágico, la envidia y la generosidad, etcétera, que el alma animal del hombre (válgaseme la redundancia) puede expresar.

Hablando de bueno y malo, los animales han sido espejo del hombre. Si alguien es trabajador, es una hormiga; si es haragán, es una cigarra; si es veloz, es un galgo; si no le para la boca, es un perico. Si alguien es doble, es una serpiente; si habla larga, tediosa, vacua y falsamente, es un grillo; si es terco, es una mula; si es político del montón, es un caballo flaco; si es un estorbo para los ambiciosos, es un dinosaurio; si es del PRI es una tepocata; si es mentiroso es un Fox, y así sucesivamente. Pero los ani-

males ¿qué culpa tienen? ¿No habrá por ahí algún “niño verde” que les organice un desagravio o que haga promulgar una ley para protegerlos?

La evaluación de nuestras características morales por medio de este espejo animal, alcanza también esferas religiosas, literarias y populares. Por ejemplo, de los que ponen su esperanza en Dios, y no en el hombre, ni en las religiones, se dice “Los que esperan en Yhwh, nueva fuerza tendrán, volarán con poder, como el águila”. De los que vuelven a su maldad después de haber sido perdonados, se dice que son “como perro que vuelve a su vómito” o “puerca lavada que vuelve a revolcarse en el cieno”. En la literatura, las fábulas abundan, siempre mostrando la oscuridad del hombre animal. “¿Por qué me cubres?”, le pregunta la luciérnaga al sapo que se lanza sobre ella para cubrir la belleza de la que él carece. Y el sapo, desconcertado, sólo atina a responder “¿Por qué brillas?” A este sapo humanoide, y a su compañera de desgracias, la araña, Rubén Darío les aconseja: “Saluda al sol, araña, no seas rencorosa. Da tus gracias a Dios, oh sapo, pues que eres”.

En el dicho popular, “un burro a las tres entiendo”; así, no es tonto el que no aprende, sino el que no quiere aprender. Y así sucesivamente. Lo único lamentable es que el hombre quiera verse en el espejo de los animales para denigrarlos atribuyéndoles sus propias debilidades, y no para enaltecerlos, adoptando los ideales que también pueden representar. DE PURA LENGUA todo se vale, pero el chiste es que en verdad, se tenga la admirable condición que cualquier animal representa. De otra manera, no es el león como lo pintan, y toda su fiereza y majestad, su fuerza y agilidad, por falsos, se convierten en ruidos de perro —que *ladra y no muerde*—, recursos de hombres que parecen, pero no son; que prometen, pero no cumplen; de hombres DE PURA LENGUA.



COMO COMO COMO, COMO COMO COMO, dice el acertijo de hoy. El que lo *desacertijidizare* un buen *desacertijidizador* será. En un anuncio de radio, una voz femenina dice con escándalo: “Don Procopio, cómo come usted”. Y Don Procopio, responde: “¿Cómo cómo como? Como como como”. Al revés de lo que sucede hoy en día, en aquellos anuncios comerciales no había, o yo no observaba ninguna intención de ligar erótica o sentimentalmente a los dos personajes de este anuncio.

Lo que sucede con estas voces de antaño es que no se les consideraba malignas. Por ejemplo, en el mismo anuncio, la joven no era una seductora modelo de apariencia extranjera, sino una bonita muchacha mexicana de dibujo; Don Procopio, era un hombre bigotón, barrigón y sombrerudo, que comía como puerco (que me perdonen los puercos), es decir, en exceso, con codicia y desordenadamente, según mostraba la ilustración. Pero los tiempos cambian. A muchos años de distancia, hoy puedo ver que intencionada o desintencionadamente, el mensaje de este anuncio es que los glotones pueden comer y beber lo que quieran, y excederse tanto como puedan; siempre y cuando, consuman el producto anunciado. Hoy vemos clara la maldad de estos anuncios: “Coma como puerco, al fin que nosotros le vendemos el anti-indigestivo X”. O “Póngase hasta las manitas, al fin que usted manda”. O “Haz lo que se te pegue la gana, al fin que viajas hoy, pagas después”.

Si el acertijo de este día le parece inescrutable a alguno de la presente generación, le recomiendo que de urgencia tome un curso compensatorio de lectura, con énfasis en la acentuación. Como Borges, yo también quisiera que las páginas que he escrito DE

PURA LENGUA “prosiguieran su intrincado destino en la conciencia del lector”. En este comentario, y según sus mismas palabras, Borges se refiere a sus “temas habituales: la perplejidad metafísica, los muertos que perduran en él, la germanística, el lenguaje, la patria, la paradójica suerte de los poetas”.

Construyendo intrincadas historias, según su enciclopédico conocimiento y recóndita emoción, Borges hace bolas a más de uno de sus lectores. Yo, mucho menos listo, quisiera no hacerlos bolas a todos cuando trato mis temas habituales: chivos y mulas y uno que otro viejo buey. Y si al paso del teclado se involucran algunas coles y algunos reyes, o la vida y la muerte, o lo profano y lo divino, o el amor y el desamor, o lo real y lo imaginario, no lo desprecio; más bien involucro en mi lengua DE PURA LENGUA, de lenguados y deslenguados y de lingüistas y deslingüistas de segunda mano, todo lo dicho y por decirse.

Pero no es mi intención crear acertijos borgenses, ni dejar a mis lectores como “El Golem”, que “alzó los soñolientos párpados y vio formas y colores que no entendió, perdidos en rumores”. Mucho menos quisiera quedar yo mismo como “el rabí de Praga” quien al ver el monstruo que había engendrado, se preguntaba entre adolorido y complacido: “¿Por qué di en aumentar a la infinita serie un número más y la inacción dejé que es la cordura?” Yo, sin ser Borges, me digo y me pregunto: “Conoce el perro y lame sólo los pies del amo. Conocen las ovejas un pastor del rebaño. Conoce el hijo un padre, y adora un solo Dios. Y los que no son hijos de Dios ¿quién es su Padre? ¿Cuántos dioses adoran? ¿Cuántos pies lamen?” Y yo ¿cuántos pies lamo?

Y que sirva de adivinanza; el que me la *desadivinare*, buen *desadivinator* será. Y no lo digo DE PURA LENGUA.



TIENEN TUS OJOS UN RARO ENCANTO, dice una antigua canción. “Tus ojos tristes, como de niño que no ha sabido lo que es cariño; tus ojos tristes, como de santo”. ¿La conoce usted? Antes de contestar, piénselo, pues decir que sí, lo colocaría a los ojos de los demás entre los antiguos, viejitos, vetarros, ancianos, senectos, seniles o adultos en plenitud (de achaques). Pero si no le gusta que le digan viejo diga como yo: “Mi abuelita me la cantaba en la cuna”.

Hablando de la irreversible edad, hay quienes se consuelan comparándose con el vino que, entre más añejo, mejor, pero la verdad es que la edad avanzada tiene sus inconvenientes. Por una parte, pertenecer a una clase que se considera ya fuera de combate, que ya ni fu ni fa. Por la otra, los inconvenientes físicos: la dentadura postiza, las dolencias lumbares o artríticas, la prohibición de comer o beber, la pérdida de *sex appeal*, la necesidad de tintes o colorantes para disfrazar la edad, etcétera.

Hablando de disfrazar la edad, hay quienes la disfrazan lingüísticamente, con eufemismos. Por ejemplo, en México, se acabaron los viejos, ya sólo hay ciudadanos de la tercera edad o adultos en plenitud. Si la moda cunde, si hay algún consuelo en este disfraz lingüístico, pronto ya no habrá asilo de ancianos, tendrán que llamarse “Casas de la tercera edad” o “Casas de los adultos en plenitud”. Y el bien nombrado Instituto Nacional de la Senectud, tendrá que cambiar de nombre. Cuando algún ratón tierno sufra el embate de algún gato viejo, ya no podrá defenderse con las palabras “Viejo cochino”. Para no ofender su sensibilidad, el bocado apetecible tendrá que decirle al desdentado: “Adulto en plenitud cochino”, o algo por el estilo (que me perdonen los cochinos).

La lengua da para todo. Los que no desean exagerar, admiten su *terceredad* como un estado de ánimo. Dicen que así como por las puertas se entra o se sale, por los caminos se va o se viene, y por las cuestas se sube o se baja, así también la edad se sufre o se goza, ya que este estado también es relativo. Pero los que realmente saben, no disfrazan su edad, más bien, la adornan. Saben que mientras más se avanza en edad, más se avanza en eternidad, y más cerca se está de la vida verdadera, de la eterna. Son como Agustín Lara, maestro DE PURA LENGUA, que en lugar de despreciar la edad de aquella mujer que ya se pasaba de años, le cantó palabras perdurables: “Cuando aparezcan los hilos de plata en tu juventud, como la luna cuando se retrata en un lago azul, entonces nadie podrá robarme tu cariño, ni tus locuras podrán volverme a atormentar”.

Y ¿qué decir de los “Beatles”? que en pleno triunfo juvenil le cantaban a los que saben llegar a la tercera edad: “Cuando de aquí a muchos años me haga viejo y pierda el pelo ¿me vas a seguir enviando tarjeta de San Valentín, felicitación de cumpleaños y una botella de vino? Y si me salgo a dar la vuelta y vuelvo a las tres de la mañana ¿me dejarías en la calle? Y cuando llegue a los 64 ¿todavía me vas a necesitar, y a dar de comer?”

Hay quienes se inconforman con la idea de envejecer y dicen “Viejos los cerros, y todavía reverdecen”, lo cual, desde luego, es cierto, pero sólo cuando se habla literalmente de los cerros. O cuando se aplica literariamente a instituciones como la lengua, que reverdece en cada creación o recreación del pueblo, del artista, o del cantor. Como todo mundo sabe, a los hombres de edad, sólo les reverdece el rabo, mientras que a las mujeres sólo se les alegra la viudez. Para éstos, su eterna juventud es un tesoro DE PURA LENGUA.



DANDO Y DANDO, pajarito volando, dicen los desconfiados, sin poder evitarlo, al cerrar un trato o ponerse de acuerdo con sus contratantes. Como creen que todos son iguales a ellos, no pueden evitar la desconfianza o su falta de fe en la bondad, poder, o confiabilidad de los demás. Si tampoco los otros confían, y están en igualdad de circunstancias, se arreglan dando y dando porque cuando no hay igualdad, el pez más grande se come al chico, los gobiernos se hacen justicia por su propia mano, los agiotistas se cobran a lo chino, y así sucesivamente.

El caso más patético de desconfianza lo dramatiza Tirso de Molina en *El Condenado por desconfiado*, obra clásica de la literatura española. Este “condenado por desconfiado” es un monje católico de gran santidad que de repente descubre que es imposible ganar el cielo por medio de sus buenas obras. Al ver que tampoco tiene fe en que Dios lo salve por la mera gracia Divina, acaba convencido de que al morir, se irá al infierno. Como todos los que se encuentran en esa situación, el condenado toma una decisión y, ¡oh, maravilla del teatro!, la decisión le resulta totalmente *alrevesada*. Mientras que casi todos los que no tienen fe en la gracia y bondad de Dios insisten en portarse bien y hacer buenas obras, el condenado por desconfiado, sabiendo que sin fe es imposible agradar a Dios y que por lo tanto no puede merecer la gloria, se dedica a merecer el infierno, portándose mal. Y —otra vez la magia del teatro— lo consigue y se va al infierno. Claro está que no es ni el primer desconfiado ni el último, pero éste se hace notable porque no pudo resolver su problema. Y es que hay muchos que sí lo han resuelto. Algunos hasta se han vuelto famosos, como Lutero, aunque la mayoría permanece oscura e ignorada, excepto para

la Santa Inquisición. Hablando de desconfianza, hay que recordar que “La mula no era arisca, la hicie-ron”, o que “El que con leche se quema, hasta al jo-coque le sopla”. Así les pasa a muchos en la política hoy en día. Primero creyeron en el PRI, y les fue mal. Luego creyeron en el PAN, y les fue peor. Ahora, no quieren creer en el PRD, y con esos dueños que tie-ne en la Villa de Tuspa, no los culpo. Y si la ADC se alía con el PRI, con el PAN o con el PRD, ¿no estará de-mostrando que es más de lo mismo? Pues si éste es el caso, entonces ¿en quién vamos a confiar?

Acostumbrados al atole con el dedo de un dis-curso oficial repetido con tintes patriotereros durante muchísimos lustros (por no decir sexenios), hoy que se encuentra un discurso oficial también, pero total-mente opuesto al anterior, los mexicanos se pregun-tan que si el primero era DE PURA LENGUA, y se pre-guntan también cuánto tardará este nuevo discurso en pasar a la misma categoría de ser más de lo mis-mo. Es el cambio, les dicen, pero, cuando el cambio cambie ¿qué va a pasar? Como le dijo a su amada un poeta olvidado: “¿De modo que nosotros, cuan-do de amor hablamos somos como los otros?” Así cualquiera dice “Hasta no ver no creer”. Pero los di-chos populares describen, no prescriben; son más ap-tos como comentario de lo sucedido que como pre-dicción de lo por venir. Y no siempre son confiables. Pueden ser sabios en una circunstancia, necios en otra. Por eso, no hay que mencionar la sogá en la casa del ahorcado, ni las toallas de cuatro mil pesos en las casas presidenciales, ni la banca extranjeriza-da en las campañas priístas, ni el duopolio televisi-vo, ni las relaciones con el Vaticano en el Jardín de la Concordia, etcétera, etcétera. Después de todo, lo que en el rico es alegría, en el pobre es borrachera, y lo que unos creen de corazón, sin desconfiar, los des-confiados lo aceptan DE PURA LENGUA.



NUNCA FALTA UN PELO EN LA SOPA, es una buena frase para quien, sin tanta alharaca, desea quejarse de la imperfección de lo que quisiera perfecto. Puede tratarse de una persona normal que, poniéndose en el justo medio, comprende que el elemento indeseable es un prietito del mismo arroz. Por lo tanto, de buen ánimo lo tolera, pues lo considera pecado venial o perdonable. De buena gana, y sin perder su buen humor, acepta que sus hijos nazcan chatos, no más que resuellen bien. Sin asimilar la imperfección que lo rodea, le sabe dar acomodo a su dolor.

Pero para el perfeccionista no hay *peccata minuta*. Si William Blake podía ver una eternidad en un grano de arena, él puede ver un motivo de eterna inconformidad en una brizna de polvo, sea en el ojo ajeno o en el propio. Si es un ama de casa, su terrible compulsión de mantener todo perfectamente limpio, la obliga a pensar que vive con ángeles, y por lo tanto, se cree con el derecho de exigirle a su pobrecita familia que no caminen, que usen sus alas para cruzar sobre el piso que acaba de trapear. Su ideal es que nadie ensucie, ni nada se ensucie. Por eso le pone fundas a sus muebles, y cubiertas de plástico a las fundas, y le deja a sus flores artificiales su envoltura plástica original.

La principal, más notoria y más desafortunada característica del perfeccionista, y la que lo hace más infeliz, es que, sintiéndose perfecto él mismo, exige perfección en los demás. Si la imperfección de los demás no es de su incumbencia, se convierte en un amargado y constante criticón. Como habla de lo que hay en su corazón, muchos querrían decirle que lo que no le quepa no lo reparta, pues, solían de-

cir los prestidigitadores: “Mientras más mires, menos verás”. Y él, mientras más mira las imperfecciones ajenas, menos puede ver la propia. Peor tantito, cuando la imperfección de los demás sí es de su incumbencia, la convierte en afrenta personal, y a cada uno de los imperfectos en su más imperdonable enemigo. Como nadie le da el ancho ni la medida, se queda solo. Desesperado, quisiera poder decir “Perfectos del mundo, uníos”, pero como nadie le llega ni a los talones (que, por supuesto, son de barro), se convierte en un Nabucodonosor, perfectamente solo y perfectamente infeliz. Su terrible compulsión no lo deja estar: no tiene paz, no tiene gozo, ni tiene amor.

En cuestiones DE PURA LENGUA, en el hablar y el escribir, también hay exigentes. Quieren los puntos sobre las íes, y no admiten que pase ni una jota ni una tilde sin justificación. Quieren la lengua pura, las cuentas claras, y el chocolate espeso. Quieren el habla breve, buena y sustanciosa. Y si es posible, galana. Si es con afán perfeccionista, le piden peras al olmo, tunas a la luna, y pan a los maderos de San Juan que, por supuesto, no les dan.

Pero si saben mantenerse dentro del ideal griego de la moderación; si llegan a comprender que ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbré, entonces quizá podrán hablar y escribir como recomendaba Juan de Valdés en el siglo xv, “con sencillez y precisión”. Si tienen algo que decir, mejor. Y si no, aunque sólo escriban DE PURA LENGUA.



EL QUE NO OYE CONSEJO, NO LLEGA A VIEJO, dicen con dicho favorito los viejos, los que ya están grandecitos y ya saben lo que hacen; los que vienen, cuando otros apenas van; los que tienen el camino andado; los que peinan canas, presumen arrugas, tienen largo el colmillo, y saben más por viejos que por diablos. Pero aunque su experiencia es mucha, no todo mundo está dispuesto a aprovecharla. Y es que pagan porque los alquilen; aconsejan de oficio, cuando nadie les pide consejo. Son prestos para hablar, tardos para oír. Son como esas muchachas que andan enseñando lo que nadie quiere ver. Son como esos poetas que sólo tienen un tema que ya nadie quiere oír. Son como discos rayados que ya nadie quiere reponer; como ropa rota, que ya nadie quiere remendar. Son viejos, antiguos, pasados de moda. Hablan cuando nadie quiere oírlos, opinan cuando nadie les pide opinión, tanto van al agua que llenan el cántaro hasta que se derrama, y, sin darse cuenta, riegan sobre mojado y acaban hablando solos.

Los más jóvenes no quieren oírlos porque no quieren escarmentar en cabeza ajena; y sus contemporáneos y mayores, porque ellos ya han escarmentado. Los jóvenes no los escuchan porque quieren ser ellos mismos; los viejos, porque ellos ya llegaron a ser. Aquéllos, porque quieren vivir su vida; éstos, porque ya la vivieron. Los jóvenes, porque prefieren el ruido que ensordece y el resplandor que ciega; los viejos porque la edad los hizo sordos, y porque ya vieron la luz. Unos porque no están dispuestos a oír la voz que clama en el desierto; los otros, porque ellos son la voz que clama en el desierto.

La verdad es que ni unos ni otros oyen consejo. Son como Gabino Barrera, que no atendía razo-

nes andando en la borrachera. Para los borrachos de años, oír consejo es como traer cocos a Colima, o llevar ates a Morelia; están llenos del consejo de su propia experiencia, y en el colmo de su embriaguez, se arrojan el derecho de aconsejar sin ser aconsejados. Para los borrachos de juventud, oír consejo es perder vida; su hambre y su sed sólo se sacian vaciando la copa de su divino tesoro.

Pero entre los extremos de ciegos y sordos —el viejo que se empeña en hablar cuando nadie le pregunta, y el joven que se ufana de no escuchar a nadie—, están los viejos que saben y los jóvenes que indagan; los viejos que callan, y los jóvenes que escuchan. Entre ellos no hay diálogo de sordos, y no se pisotean las perlas de la sabiduría compartida. El tonto de la colina es tonto, hasta que aparece el discípulo; y cuando el discípulo aparece, el maestro aparece también.

Hay tiempos de hablar, tiempos de callar, y tiempos de escuchar. Hay que saber cuándo hablar, cuándo callar, cuándo escuchar. De otra manera no se llega a viejo. O se llega, peleando con los jóvenes. Hay que saber ser viejo, y hay que saber ser joven. Como Pombo, que no quiere escarmentar y está dispuesto a entrar en alianzas que no le convienen, como la del PAPI con la demás boyada (¿o es caballada?).

Pombo no oye consejo, es joven. Joven de corazón, pero yo diría que más bien, es joven DE PURA LENGUA.



AL NOPAL LO VAN A VER sólo cuando tiene tunas, dicen algunos nuevos ricos para quejarse de que los necesitados sólo los busquen para pedirles favores. Algunos ricos de antaño ya ni se ruborizan. Han aprendido a no quejarse, y a sempiternamente decir “Hoy no, mañana sí”. Han aprendido que, de algunos parientes, como del sol, mientras más lejos, mejor, y han constatado que, como el muerto, también el arriado al tercer día apesta. Son duros como la piedra, y no dan ni la sombra.

Yo no sé si tengan razón. La *Biblia* dice que es más bienaventurado dar que recibir, y manda no resistir al malo, darle al que nos pida, y ser perfectos. Pero como cada cabeza es un mundo, no hay muchos que obedezcan los mandamientos bíblicos; no quieren ser como el árbol, “que extiende sus ramas y las aves del cielo vienen y anidan en ellas”. O como el cedro del Líbano que “ningún árbol en el Huerto era semejante a él en hermosura, y bajo cuyo ramaje parían todas las bestias del campo, y a cuya sombra habitaban muchas naciones”.

Si se busca el amor de los congéneres, es menester la hermosura del árbol que, sin dar fruto, da abrigo y consuelo. Pero si se es feo y espinudo como el nopal, y si no se quiere dar fruto ni cuando se tiene, es natural quedarse solo. Y es que un nopal sin tunas es como una nube sin agua, un panal sin miel, o un rico, nuevo o de antaño, sin generosidad.

En la lengua hay un nopal tunero, rico de antaño que, siempre dispuesto, brinda en silencio y sin queja su buen fruto de árbol bueno. Es el diccionario. De él, dice Pablo Neruda, “De joven te ignoré, me vistió la suficiencia y me creí repleto; y orondo

como un melancólico sapo dictaminé ‘Recibo las palabras directamente del Sinaí bramante. Reduciré las formas a la alquimia’”.

Sin embargo, un día, este “lomo de buey, pesado cargador, sistemático libro espeso, se rebeló, movió sus hojas y sus nidos, movió la elevación de su follaje; árbol era, natural y generoso, y las palabras brillaban en su copa inagotable, opacas o sonoras, fecundas con la fronda de lenguaje, cargadas de verdad y de sonido”. Ese día, Neruda descubrió que el diccionario no es un “inútil y anacrónico camello, ni una tumba, sepulcro, féretro, túmulo o mausoleo, sino preservación, fuego escondido, plantación de rubíes, perpetuidad viviente de la esencia, granero del idioma”, al que se acude, sin falsa pretensión, precisamente porque tiene tunas.

De la misma manera que se aprende a darle al César lo que es del César y se tiene que aprender a pedirle a Dios lo que es de Dios, Pablo Neruda aprendió a pedirle al diccionario lo que es del diccionario: “De tu espesa y sonora profundidad de selva, dame, cuando lo necesite, un solo trino, el lujo de una abeja, un fragmento caído de tu antigua madera perfumada por una eternidad de jazmineros, una sílaba, un temblor, un sonido, una semilla: de tierra soy y con palabras canto”.

Si hemos de juzgar por los resultados, el diccionario, “viejo y pesado, con su chaquetón de pellejo gastado”, le concedió a Pablo su petición, y le entregó “no sólo una gota de sus vertientes virginales”, sino un verdadero río de ese TESORO DE PURA LENGUA.



AMIGO, le dicen a uno los desconocidos, sin saber lo que hacen, pues “amigo” viene de “amar” y no es que lo quieran a uno, sino que necesitan una palabra cualquiera para llamarnos la atención y poder nos preguntar la hora, vendernos un reloj, o despertarnos la codicia y hacernos víctimas de algún fraude. Palabras como amigo en esas circunstancias, no significan lo que significan sino, lo que con ellas se quiere significar; en el mejor de los casos, un gesto de paz, una promesa de no agresión, una señal de que no se tiene malas intenciones, y así por el estilo. En lingüística se agrupa este tipo de recursos de la lengua bajo ese criterio. La situación es muy frecuente. Se pregunta: “¿Cómo está?”, no para saber, sino para saludar. Si el que responde no entiende la intención, dice cómo está, y comienza a quejarse de sus males, el primero puede ofenderse, o por lo menos aburrirse. Por eso, la mejor respuesta posible es algo así como “Bien gracias, ¿y usted?”, con lo que se le devuelve al primero la iniciativa y la responsabilidad de iniciar una verdadera conversación, si quiere.

Si ante esta pregunta el primero comienza a quejarse de sus males, ya no hay ofensa, puesto que el que preguntó abrió la puerta. En ese caso se inicia una verdadera comunicación, cada uno se queja por turnos, y se establece una competencia para ver quién es el campeón de sufrimiento. El hipocondriaco se queja de sus muchas enfermedades, con lujo de detalle y sapiencia. El pobre se queja de la carestía, con sobrada razón. La pareja desengañada, se queja con atroz amargura porque supo la verdad. El hambriento empleado se queja del voraz y abusivo patrón, con el debido resentimiento. El que no tiene de

qué quejarse se queja del calor o de los temblores, y así sucesivamente.

Si se quiere profundizar la comunión y hacer la plática verdaderamente sabrosa, se puede decir “¿Ya supiste que...?”, y comenzar un intercambio de información que puede ir desde el informe inocente y objetivo hasta la perversa calumnia, pasando, desde luego, por el chisme y el rumor.

“¡Qué milagro!” es una expresión de sorpresa, pero también una invitación segura para que el milagroso narre sus aventuras. Si acepta la invitación, contesta “Acabo de llegar del Norte”, o algo por el estilo, y queda a la espera de preguntas o comentarios; pero si contesta, “Pues ya lo ves, también los hago”, se está haciendo del rogar, o de la boca chiquita, quizá en espera de una segunda invitación. Quizá simplemente no quiera hablar.

Ni “Amigo”, ni “¿Cómo estás?”, ni “¡Qué milagro! ni ninguna de estas frases dice lo que dice, sino lo que, sin decirlo, se quiere decir. Pero no son frases huecas, ni fórmulas sin sentido; son más bien recursos retóricos que los hablantes de una lengua conocen y comparten entre sí, pero que, como se ve, van más allá de lo lingüístico. Son parte de una extensa red de presuposiciones y convenciones que se expresan por medios lingüísticos pero que, paradójicamente, quedan ocultos a los ojos y oídos de los hablantes que las comparten y utilizan entre sí. Como quien dice, “No oigas lo que te digo, sino lo que te quiero decir”. Se parecen mucho a la metáfora, pues.

O como dice Pombo: ¿Cómo te quedó el ojo? Aunque, claro, Pombo abusa de este sistema retórico que no es DE PURA LENGUA.



PALO DADO, NI DIOS LO QUITA, dicen algunos que no conocen a Dios, de las cosas que parecen ya no tener remedio, ni lucha, ni modo. Por lo general, se refieren a acciones que perjudican a otros, y que una vez realizadas ya no se pueden *desrealizar*. Aquí caben el castigo injusto, el secreto revelado, el primer beso, etcétera; los cuales se pueden contradecir, negar o repudiar, pero cuya existencia perdura. Son actos imposibles de regresar, actos que no *desexisten*. No pasa lo mismo con una silla, que se deshace; ni con un hombre, que desaparece con la muerte y que, aparte de la resurrección para juicio, ya no volverá a aparecer en esta tierra; ni con un error que se puede corregir, aunque muchas veces con costo. En general, perdura lo de significado inmaterial y decae lo de significado material. Como dice la *Biblia*: “El hombre es como la flor silvestre; la hierba se seca, y la flor se cae, pero la palabra del Señor permanece para siempre”.

A veces, el palo dado es retribución. La civilizadora ley mosaica es un buen ejemplo. Mandaba una retribución justa de “Ojo por ojo y diente por diente”. Algunos, que no conocen la *Biblia*, la malentienden, pero esta ley se dio para evitar que el que había perdido un ojo o un diente le cobrara dos o más al que tenía que resarcirle el daño causado. En otras palabras, se trataba de que la retribución fuera justa, y no de que se perdiera toda la dentadura o hasta la vida del primer ofensor. En aquella antigua sociedad, el ladrón pagaba por lo robado; el violador, por lo violado; el homicida, por la pérdida del otro; y así por el estilo. Esto no se parece a la venganza, ni al perdón, sino a la justicia, que es lo más a lo que aspira normalmente el ofendido.

La ley mosaica es nuestra “justicia”, y a pesar de sus fallas, no parece haber alternativa, excepto la que recomienda el poeta Alexander Pope: “El error es humano; el perdón, divino”. Por eso a muchos les es difícil perdonar, porque ni piensan, ni sienten, ni actúan divinamente. Aunque renuncian a la venganza y a la justicia, cuando dicen “Yo perdono pero no olvido”, su perdón es falso, pues el verdadero perdón trae consigo el olvido. Y es que el verdadero perdón es don divino, como dice Pope.

Aparte de la ley mosaica, también podía suceder que el ofendido buscara justicia o venganza por su propia mano, y que para su mala suerte, le lloviera sobre mojado. Cuando Don Juan Tenorio sedujo a la virtuosa doncella Doña Inés, su enamorado trató de cobrarse a lo chino al grito de “Imposible la hais dejado, para vos y para mí”, pero perdió la dama y perdió la vida porque, después de todo, Don Juan era más fuerte. Más le hubiera convenido ajustarse a la ley mosaica y volarle a Don Juan alguna de sus novias. La ley mosaica, pues, también protegía de esta manera a la víctima.

Estas cuestiones son complicadas, y al que piensa en ellas demasiado le puede suceder lo que al ciempiés. Cuando, en el colmo de su resentimiento, el sapo le preguntó cómo le hacía para caminar, quedó tan azorado tratando de explicar cuál pie movía primero y cuál después, que ya no se pudo mover. Y no sólo el ciempiés podría paralizarse. Pombo no se casa porque no puede decidir si el caso de Doña Inés es la seducción de una virtuosa doncella, de una exvirtuosa doncella, o de una virtuosa exdoncella. Y es que para Pombo, a quien apodan “el Inocente”, esta cuestión de Doña Inés y la virtud virginal, aunque lingüística, NO ES DE PURA LENGUA.



LOS VIAJES ILUSTRAN, dice acertadamente un dicho popular, pues, en verdad, mucho se puede aprender viajando, y de viaje en viaje, sólo los que tienen ojos y no quieren ver, y los que tienen oídos y no quieren oír, vuelven vacíos. Quienes vuelven de un viaje todavía con los ojos redondos por las maravillas que vieron, algo han aprendido; pero también aprenden los que vuelven con los platos rotos por las desilusiones, chascos y desengaños que sufrieron, como a mí me sucedió en la ciudad de Guanajuato hace un año.

“Hay muchas casas, puras casas, bien altas”, decían admirados mis paisanos y condiscípulos de Coquimatlán, después de haber visto México, DF. “Y hablan bien chistoso”, agregaban para colmar la maravilla de los que nunca habían visto, ni podían imaginar, lo que otros habían oído. “Cartago debe ser destruida”, dijo en el siglo II a. C., un famoso general romano después de ver esa república. Y la convirtió en ruinas. “Puras ruinas”, dijo la abuelita de Pombo Trujeque, famosa analfabeta que ganó el concurso “Más nanga que mandada a hacer”, y recibió el premio que le permitió ver Roma en el siglo XX de nuestra era. “Está barata la ropa usada”, dijo su marido, famoso millonario de novísima alcurnia, después de ver Nueva York. Como quien dice, cada quien habla de la feria según le va en ella, o dime cómo te ilustran los viajes, y te diré quién eres.

Yo estoy haciendo las maletas para pasar en Ahuiran, pueblo mexicano de habla *poré*, un delicioso fin de semana. Espero volver encantado de ese viaje porque no voy a conocer ni ruinas, ni casas altas, ni grandes urbes, sino a más de 300 jóvenes cristianos de la región que se reúnen en ese lugar para pro-

clamar la vida nueva, santa y buena en la que ahora viven, habiendo dejado atrás el pecado y las vanidades del mundo. Voy a llevar los ojos, los oídos y el corazón bien abiertos, por lo que pueda aprender, pues no quiero ser como esos mexicanos que llevan chiles y molcajetes al extranjero, que van preparados para no ver, ni oír, ni gustar; que no pueden quitarse el sombrero de charro, ni aceptar que, aparte del chile verde, haya otros condimentos que le den sabor al caldo.

Estos mexicanos son como aquel muchacho que conocí en Inglaterra, en un paseo a Stonehenge, el asombroso monumento megalítico de la planicie de Salisbury, que cada año congrega millares de heliólatras aficionados a las cosas ocultas y otras supersticiones. Cuando supo que yo era mexicano me dijo como queriendo pelear: “Nuestras pirámides son más grandes que las suyas”. Sin embargo, nos hicimos buenos amigos y me enseñó a preparar fruta en vinagre en su estilo nacional. Tampoco quiero ser como Pombo Trujeque, que en la función del Teatro Nacional Inglés, en Stratford-upon-Avon se quedó dormido en la mera escena del balcón de la famosa obra *Romeo y Julieta*. No quiero ser como esa gente que cuando va al extranjero lleva los ojos vendados y el corazón envuelto en la enseña nacional. Prefiero el estilo de los que vuelven del extranjero desmitificados, pero conmovidos por la universalidad de la naturaleza humana. Como aquel estudiante de Pekín que me contaba este cuento chino: ¿Cuál es el colmo de la felicidad? Tener casa inglesa, sueldo americano, esposa japonesa, y comida china. ¿Y el de la infelicidad? Tener casa japonesa, sueldo chino, comida inglesa, y esposa americana. Yo no sé si será cierto. Sólo conozco las casas inglesas y la comida china, y ambas son deliciosas.

Sin embargo, en una lista de preferencias de sabores me gustaría incluir los sopitos de la Villa, los frijoles con elote, y un raspado de jamaica. Y sé que ni Pombo ni yo le haríamos el feo a un *curry* hindú con *chappati*, a un *sweet-and-sour* chino con verdura, a un *cheddar* inglés de postre, o a un vino tinto italiano para amenizar la mesa. ¿Y el postre? Que sea DE PURA LENGUA.



EN EL DÍA DE LOS MUERTOS quiero recordar, como dice Jorge Luis Borges, “A los muertos que viven en mí”. En primer lugar, al que murió y resucitó. San Pablo, al conocerlo ya resucitado dijo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Santa Teresa, desesperada por su tardanza exclamó: “Vivo sin vivir en mí, y de tal manera espero, que muero porque no muero”. Y alguien más, encantado por su presencia, confesó: “Vivir de otra manera no concibo desde que me llamaste a conocerte: enamorado, sin miedo de perder; en plena libertad, por ti cautivo. Más muerte que esta vida no recibo: en la inmensa riqueza de tenerte, mi dueño ya no soy. Pertencerte es la santa embriaguez en la que vivo”. Y yo, también modesto, sólo puedo decir: “Me sedujiste, oh Jehová. Fuis-te más fuerte que yo, y me sedujiste”.

También menciono a mi mamá, quién se arrepintió de sus pecados en los últimos años de su vida, confió sólo en el evangelio del Señor Jesucristo y recibió la salvación y vida eterna, por gracia, no por obras. En tercer lugar, tacaño de espacio, a cuatro compañeros cuya vida resumo con cariño en una frase. Boni, el niño de Guatemala, el que se murió de amor. Pancho Rivera, renuevo cuyos aliños un viento helado marchita en flor. Lupe Barbosa, *el fiel, el bueno, el que nunca le hizo mal a nadie*. Chelo Robles, la mamá de los pollitos. En el 45 aniversario de nuestro egreso de la antigua Normal de Colima (1955-1958), Ma. Elena Maldonado, pionera de la Educación Especial en Colima, y cuyo nombre le fue merecidamente impuesto a una de nuestras escuelas, dijo de Boni que “El privilegio de haberlo conocido y gozar de su afecto nos distingue” y que “Como maes-

tro logró enaltecer la figura docente, dejando un recuerdo de cariño y admiración”. Socorro Zamora, lideresa sindical, invoca literariamente a Chelo Robles y le dice: “Al elevar nuestro pensamiento al ayer, que nos convirtió a todos en maestros al servicio de la Patria, hacemos honor a lo que en vida hiciste en bien de nuestra sociedad”.

Hay quienes toman la muerte en serio, y quienes la toman en broma. Nuestra Doña Griselda —la que tiene su corazón en Colima— desencantada de la vida, se encanta con la muerte: “Moneda al aire, hableme la muerte sin nadie alrededor, sin quien recoja el último renglón, última hoja, que todo en suma en polvo se convierte”. Jorge Carrera Andrade siente su presencia: “Un viejo vive en mí, fabricando mi muerte”, y Villaurrutia se escribe un desesperanzado epitafio que mucho tiene de calavera en serio y mucho de terrible paradoja: “Duerme aquí, silencioso e ignorado, el que en vida vivió mil y una muertes. Nada quieras saber de mi pasado. Despertar es morir. No me despiertes”. Parece ser verdad que “La muerte y la vida tenemos por gracia. Ni las merecemos ni las entendemos. Saberse consciente, saberse mortal, es saberse vivo. Saber que la muerte vendrá, es tener alivio”.

“¿Y las calaveras?”, interrumpe Pombo con mal escondida impaciencia. “Ya me anda por leer mi calavera”. Ya la leíste una vez, le contesto para disuadirlo, pero finalmente le concedo la palabra sin concederle la razón: “Yace aquí, sin paz, Vicente, que se creyó presidente. Habló de más sin gran sabiduría, y nunca supo lo que hacía. Logró que México cambiara. Pero de manos, no de mañas. De tepocatas, y otras alimañas”. De esto, no sé qué decir, excepto que Pombo es un calavera que no *calaveriza* DE PURA LENGUA.



BONITAS LAS COMALTECAS, dice un popular son colimote con razón, y cualquiera que de día camine por las calles de Comala podrá comprobar fácil y abundantemente que las muchachas de Comala son bonitas en verdad, sin importar peso, tamaño, forma, tono de piel, o cualquier otro rasgo externo que se quiera examinar. Y es que la belleza es un rasgo interno del cual ninguna muchacha carece, y que además, está en quien la contempla y no solamente en la contemplada. Por eso hay contradicción en los gustos populares, y a los hombres les gustan grandotas aunque les peguen, o chaparras aunque tengan que besar el suelo.

También les gustan rejegas, para domarlas; sumisas, para adorarlas; ingratas, para infamarlas; y así sucesivamente, siempre, como dice el dicho, rompiendo géneros. La verdad es que el misterio de las parejas es un misterio.

Hasta Pombo Trujeque, se dio el lujo de rechazar a una reina de belleza que le rogaba que la hiciera feliz. Y es que Pombo está de acuerdo con un poeta pueblerino que despreció a una mujer por *catrina*, pues: “lleva rojo en las mejillas, las naguas a las rodillas, ha de ser pa la calor; lleva las trenzas cortadas, y las ojeras moradas, y las uñas de color”. Según el ilustre poeta pueblerino, esa clase de mujeres “Odian y aman en un brete; donde hay tanto colorete, no puede haber corazón”.

Lo malo es que Pombo se lo creyó, y aunque decente y de dinero, rechazó a su reina de feria. Para que no haya malos entendidos, hago constar que las opiniones de Pombo, que cuando le van a hacer un examen de sangre se desvela estudiando, son de su exclusiva responsabilidad.

Y volviendo al son colimote, la buena noticia es que, aparte de ser bonitas, las comaltecas “saben amar”. Yo no sé, ni digo nada; habría que comprobarlo en un paseo nocturno por las calles oscuras de Comala; pero cuando Pombito rechazó a su bien arreglada pretendiente, me confesó que, como al poeta pueblerino, sólo una cosa le gustaba de la catrina: “Me da besos de a montones, apretados, mordelones, que luego me hacen llorar. Ella a veces también llora. Sus mejillas descolora, pero las vuelve a pintar”.

Hablando de méritos y deméritos, parece que las comaltecas tienen el defecto de quererse casar, lo cual a Pombo le parece muy bien, tanto que por eso volvió con su noviecita, “la santa, la divina, la que a diario se encamina a la iglesia del lugar, y llorando de tristeza, ante el Cristo reza y reza sin cansarse de rezar”. A esa muchacha, Pombo le mandó decir:

Qué diablos ni qué catrinas. Riega flores en tu casa, que la ausencia pronto pasa y mañana volveré. Riega flores, muchas flores, dulce amor de mis amores, que mañana te veré. Te veré mi *guarecita*, que en esta *ciudad* maldita donde se aprende a pecar, siento unas ganas inmensas de arroparme con tus trenzas, y de ponerme a llorar.

La verdad, yo no sé qué pensar de Pombo. El que juzga según lo que se ve, siempre puede equivocarse con respecto a lo que no se ve. Si Pombo se fijara sólo en los peinados ostentosos, en la cara rayada, en los vestidos diseñados para dejar ver, y en los besos mordelones de su reina de feria, seguramente no podría ver lo que con ojos naturales no se ve: el espíritu afable y apacible, y las buenas obras, que ojalá sean el verdadero adorno de esa mujer. Digo ojalá por causa de los escépticos, pues ese adorno, es

como el viento, no se ve, pero bien que se siente. Y si una mujer se adorna de esa manera, es bonita y sabe amar, aunque no sea comalteca, y aunque se quiera casar. Y a esa mujer, el que la encuentre, que no la quiera nomás para una probadita, que no la quiera nomás DE PURA LENGUA.



AÑO NUEVO, VIDA NUEVA, dicen algunos con optimismo, a pesar de fracasos anteriores. Otros lo dicen con esperanza, como queriendo echar borrón y cuenta nueva a una vida de desesperanza, plagada de vicios, errores y malicia que quieren, pero no pueden, corregir. Año nuevo, vida nueva, dicen los cínicos con escéptica amargura; pero los que están dispuestos a pagar el costo de una vida nueva, lo dicen con temor y temblor, NO DE PURA LENGUA.

La vida nueva es búsqueda constante del ser humano. La buscan los votantes al tiempo de las elecciones, y los políticos al cambio de regímenes; los estudiantes al final de sus estudios; los enfermos, al iniciar sus tratamientos; los convertidos, al separarse de las religiones ineficaces; y las madres primerizas, al dar a luz. Pero cuando esa vida nueva se les envejece, todos se dan cuenta de que lo que en realidad querían es la vida eterna, no cualquier clase de vida eterna, sino la vida eternamente nueva, la inmarcesible, intachable, sin manchas ni arrugas, que es más difícil de encontrar.

A estos ilusos, les pasa lo que a “El Inmortal” de Jorge Luis Borges. Este personaje descubrió que la mera inmortalidad no aprovecha para nada. Al encontrar el río que purifica de la muerte, encontró a los inmortales. Entre ellos, bestias sin habla y sin escritura, había uno que, por su humildad y miseria bautizó como “Argos”, porque le recordaba al viejo perro moribundo de “Ulises”. Como Argos carecía de lenguaje, el Inmortal se imaginó que él y Argos, cada uno vivía en un universo distinto; que sus percepciones eran iguales, aunque Argos las combinaba de otra manera, y construía con ellas otros objetos; que posible-

mente Argos ni siquiera construía objetos; que para él todo era un vertiginoso y continuo juego de impresiones brevísimas.

Pasaron los días y los años, hasta que una mañana, llovió con lentitud poderosa, y en medio de algo parecido a la felicidad, Argos recordó su nombre. Se llamaba Homero y era el autor de *La Odisea*. Que cada quien elabore para sí mismo las consecuencias de ese descubrimiento. Borges no es el primero que piensa que el lenguaje determina nuestra percepción del universo, la organización de nuestras percepciones, la clasificación de nuestras impresiones y la formación de nuestro concepto y nuestro conocimiento del mundo y de la vida. En otros campos de estudio, esa hipótesis se conoce como relativismo lingüístico, pero en “El Inmortal”, sólo es una de tantas ideas secundarias que Borges maneja dándoles la novedad de lo imaginario, la magia de lo inimitable, el encanto de lo insondable, y la realidad de lo ficticio.

Dice Salomón que no hay nada nuevo bajo el sol. Y ése es el tema de Borges, cuyo cuento no se puede leer para aprender, sino porque se sabe. Es inútil, pues, desearle a nadie “Año nuevo, vida nueva”. Pero como esto es lo que sinceramente les deseo a mis lectores, lo de Borges sea dicho DE PURA LENGUA.



EL MUCHACHITO GRITÓ ¡PAPÁ! con el penoso sentimiento de la revelación: su papá se iba, y a él lo habían mandado con su tía para evitarle cualquier estorbo en su partida. No se sintió traicionado, ni herido, ni enojado. Simplemente se dio cuenta de que su papá se iba, y quedarse sin su papá era insoportable. Si hubiera sabido cómo, le habría dicho: “Si me dejas ahora, no seré capaz de sobrevivir”; pero como no sabía, solamente gritó: ¡Papá! y, ciego de lágrimas, salió corriendo tras de él.

La sonrisa divertida pero cariñosa de su tía, y su firme pero suave mano no habían podido detenerlo. Ella comprendía que no había ninguna tragedia. Que un papá se vaya a trabajar sólo es tragedia para el niño de tres años que de repente se da cuenta de que su delicioso paraíso termina abruptamente, sin ninguna explicación, bajo el disfraz de una sencilla pero incomprensible frase: “Dile a tu tía que si me manda un poco de tenmeacá”.

El muchachito corrió como nunca había corrido, como nunca volvería a correr, como nunca correrá en su vida que ahora suma ya más de setenta años. Todavía esperanzado, llegó a la playa de la laguna, que era también el patio de su casa. Alcanzó a vislumbrar la amada figura, y lo vio despedirse de su mamá, empujar la panga al agua, treparse en ella, sentarse entre los otros pescadores y súbitamente, voltear en respuesta a su desgarrador: ¡Papá!

El papá apuró a los pescadores. La panga se hizo más y más pequeña. Mamá y tía comenzaron a regresar hacia la casa, igual que las otras esposas y familiares. No hubo para él ni ayuda ni consuelo. Cuando ya no pudo distinguir las facciones de su

papá, el muchachito se dio cuenta de que todo estaba perdido. Su papá se había ido. Lanzó un último y abatido “Papá”, y se quedó ahí, llorando quedamente su desesperanzada impotencia.

La panga y su papá recortaron su silueta contra el fogoso ocaso que le incendiaba la sangre a la laguna. Su papá ya ni siquiera volteaba. Y cuando ya no había ninguna esperanza, la panga comenzó a volver. Incierta en un principio, y en plena certidumbre después. Papá estaba volviendo. Su papá estaba volviendo por él. Su papá volvió por él, y ese día, el niño presintió el significado del amor que se entiende en las entrañas, no del que se concibe DE PURA LENGUA.



MI TÍA LUPE CUMPLE OCHENTA Y OCHO AÑOS, les digo con orgullo a casi todos los amigos. Se lo he dicho a los que le encuentran más chiste a la vida real que a los juegos, a las novelas o a las películas; se lo digo a los que entienden que “si tienes una madre todavía, da gracias al Creador que te ama tanto”. Y se lo digo también a los que tienen el amor del Padre en sí mismos, y por lo tanto, saben amar como Dios manda. Mi tía Lupe cumple ochenta y ocho años, y todos los que la queremos estamos aquí para felicitarnos mutuamente porque todavía tenemos esa dicha tan grande y ese placer tan santo.

Estamos aquí, tía, todos tus hijos. Los nombrables y los innombrables; los Bravo, los Magaña, los Cárdenas. Somos los canosos y los desdentados, los cincuentones y los viejitos con credencial; las bellas de siempre y los afortunados que las consiguieron; los lampiños de cara y de testa, y alguno que otro barbón. Somos los flacos de siempre, y los redondos de hoy; los muchachos de aquellos ayeres; las muñecas y los maniqués de aquellos tiempos.

Y luego, están también los innombrables que son como la arena del mar, como las hojas del árbol, y como las estrellas de la noche, tus nietos y bisnietos que sólo un cronista profesional podría nombrar. Los vemos, pero no los sabemos; su crecimiento es silencioso, como el de las raíces, y estruendoso, como el del siempre mar que siempre se escucha dentro de nosotros. Son también, y les deseamos que lleguen a ser, los canosos y desdentados del mañana, las muchachas de otros ayeres, las hijas de otras familias. Somos los que somos, reunidos hoy en torno a la que fue antes que nosotros y que hoy cumple ochenta y ocho años.

Finalmente estoy yo, tu más imparcial admirador y el que más calladamente ha recibido tu influencia. De tu niñez no sé nada y de tu juventud, no me acuerdo; pero de lo que has sembrado en mí, estoy consciente y lo agradezco. Desparramada en los demás, he visto tu vida fructífera y generosa. Sufrí con tus miserias y recibí de tus gozos y hoy quiero dar este testimonio. Me acompañan y dan gracias conmigo y por mí, mi linda esposa y mis deliciosos hijos, comparables en todo a los innombrables e innumerables que hoy festejan tus ochenta y ocho años.

Tía: como dije al principio, digo al final: Te tengo, tía, todavía; doy gracias al Creador que me ama tanto. Y te festejo, una vez más, con los que tanto te aman. Que así sea siempre. Amén y amén. Que sean muchos días de éstos. Te lo deseo de todo corazón, NO DE PURA LENGUA.



CUANDO NACIÓ ROSA DELIA MI HERMANA era tan bonita que los ciegos veían claramente y los mudos proclamaban que parecía muñeca. Se llama Rosa, y le dicen “La Muñeca”. Mi abuelita Manuelita, que sembraba huertos en “El país de las maravillas”, la dormía en sus brazos con este canto de tonos rituales: “Soy la muñeca. Soy la muñeca de sololoy”. Por eso muchos la conocen por *Soyla*. Desde lugares muy lejanos venía la gente a verla, y luego, cuando me veían a mí, nunca he sabido por qué, me preguntaban con incredulidad: “¿Tú eres el hermano de La Muñeca?” En fin, estoy contento de ser el hermano de La Muñeca. El que le salvó la vida.

En Manzanillo, La Muñeca y yo aprendimos a nadar en la corriente de mar que por El Túnel entra y le da vida a “La laguna”. Sostenido por gruesos pilotes, un puente de madera conectaba las dos orillas de la corriente, que los niños del barrio cruzaban nadando arriesgando ser arrastrados a “La laguna”. Un día, la Muñe, que siempre ha sido más valiente que yo, se arriesgó a cruzarla cuando todavía no sabía nadar. Desapareció bajo el agua y yo, pensando lo peor, la alcancé a sacar por los cabellos. Tendría ella cuatro años, y nunca ha creído que su hermano y el mundo estuvieron a punto de perderla para siempre. Pero estoy contento de haberle salvado la vida porque si no ¿quién habría hecho las tortillas conmigo?

En Colima, al volver de la escuela, Rosa y yo hacíamos las tortillas. Mi papá había comprado una tortilladora manual de rodillos en la que Rosa y yo “torteábamos” sobre un comal de fierro, sobre una estufa, primero de leña y luego de petróleo. Mi papá llegaba después y cocinaba sabrosos guisos, hoy he-

rencia culinaria familiar. Después llegaba mi mamá y todos nos sentábamos a comer. Un día, las tortillerías mecánicas nos salvaron de esa rutina que tanto unía a la familia en esa sencilla convivencia alrededor de la mesa.

La Muñeca creció como tenía que crecer y se convirtió en una mujer de carácter fuerte pero sutil, fragante pero discreto. Ha llegado a la cima del desarrollo humano, pero no se ha quedado ahí; también se ha desarrollado en el conocimiento de lo divino y camina ya hacia la eternidad. Elenita le escribió estos versos recientemente: “Corren las tazas tras las cucharas, la naciente vida hacia el amor. Inflama el alma el encuentro ansiado, el misterio eterno del temor de Dios. Corren las tazas tras las cucharas. Corre la Vida tras el Amor”.

Como solía ser tradicional en Colima, mi hermana hizo carrera de maestra en Manzanillo; inicialmente, de primaria y luego de español, en la secundaria. Varios de sus alumnos —Víctor Gil Castañeda, Agustín Lara Esqueda, Nabor Ochoa, Rogelio Rueda, Rubén Calderón, entre muchos otros— ejemplifican lo que con frecuencia descubro: ex-alumnos, que hablan de ella, con respeto y agradecimiento, como alguien que se dedicó a enseñar al que no sabe, y a ayudar al que no puede. En los últimos tiempos, se ha dedicado a viajar y a visitar los sitios de su interés que pudiera encontrar en el mundo. Su primer país extranjero fue Inglaterra (1978), en donde colaboró conmigo en la investigación del aprendizaje del inglés. Pasó largas temporadas en Bonn, donde tiene una amiga alemana, promotora de la lengua española en su ciudad. Viajó por Turquía y conoció “las siete ciudades de Asia”, Belén, Nazaret, Jerusalén —en donde Jesús desarrolló su ministerio

evangélico; Constantinopla, donde Constantino, en el siglo IV, año 324 de nuestra era, le dio nacimiento a la religión católica (no al cristianismo) de la cual merecería ser reconocido como el primer obispo (para no decir Papa). “Va y viene la Viajera, confundida entre las aves; va y viene la viajera, rumbo al Cantar de Cantares”.

En un viaje a Israel, con visita al río Jordán, reafirmó su fe evangélica y renovó la hermandad espiritual que nos une. Poco a poco hemos ido construyendo una nueva relación más allá de la familiar, en la que podemos querernos como Dios manda, porque el amor de Dios es amor de verdad, NO DE PURA LENGUA.



RICARDO ESTÁ ADELGAZANDO, me dijo Elenita, gózosa, cuando vio las piernas demasiado altas y la cintura demasiado baja de los pantalones de Ricardo. Él estaba adelgazando, y sus viejos pantalones con parches sobre los parches le quedaban demasiado cortos en el extremo inferior, y demasiado bajos en el superior. Estaba creciendo. Ya no tenía la cabeza patricia llena de rizos; ni las redondas y bien alimentadas mejillas, ni la mirada transparente del que todavía no se ha descubierto a sí mismo. Ahora era un niño de cara afilada, pelo corto, cuerpo anguloso y la mirada divertida y retardora del que se complace en la persona que ha comenzado a descubrir en el espejo. Estaba creciendo, y por primera vez nos dábamos cuenta. La “Mamá Elefanta” le escribió unos versos conmemorativos y el suceso quedó registrado en la memoria colectiva de lo que llamamos la vida familiar.

Cuando llegó a su primera juventud, como antes su hermano mayor, y como después su hermana menor, Ricardo fue enviado a crecer fuera del hogar paterno; el águila empujaba al polluelo del nido para que aprendiera a volar. Tenía la consigna de volver en un año con una decisión sobre su futuro, pero ya no volvió. Se quedó en la gran ciudad, se hizo profesionalista, y ya nunca volvió a vivir bajo el techo que lo cobijó de niño, cuando estaba adelgazando.

En sus tiempos de joven estudiante, Ricardo conoció la soledad del polluelo fuera del nido y aprendió a volar. Pero no aprendió a la primera, y muchas veces perdió el cielo y cayó al suelo. Un día en que se dio cuenta de que el suelo era un barro pegajoso que le impedía alzar el vuelo otra vez, lloró de-

lante de su Padre y mío; y su Padre y mío, lo alzó otra vez al cielo. Y así aprendió a volar, y vuela. Y ahora, yo vuelo junto a él.

Una vez, antes de que eso sucediera, me dije “Ando buscando un cielo: este privado anhelo, esta quieta añoranza de ternura encerrada y esmerada virtud. Ando buscando un cierto sabor en la mañana, una mirada limpia, una voz que no engaña, un corazón abierto que dulzura derrama. Ando buscando un hijo para llenar el hueco que su forma reclama”. Ahora, sólo digo ¡Eureka!

Un día me dio unas gracias que yo no sabía por qué. Cuando le pregunté, me dijo: “Porque dejaste de fumar, y dejaste de beber. Gracias a eso, todavía estás aquí y yo puedo estar contigo” (“Después de tanta ausencia”, completo yo con tierno corazón).

Un día le enseñé el secreto que él mismo ya conoce: los nietos hacen crecer el corazón de los abuelos de la misma manera en la que los hijos hacen crecer el corazón de los padres; así sucedió con sus hijitos, que me hicieron crecer el corazón. Esto lo sabemos él, como padre; y yo, como padre y abuelo: el corazón da de sí, y todos caben sin estrecheces. Así sucederá con los hijos de mis otros hijos. ¿Nietos? Que vengan más; que vengan todos los que Dios mande. Lo digo de corazón, no DE PURA LENGUA.



HIRAM, MI HERMANO MAYOR, irrumpió en mi conciencia un día del siglo pasado cuya fecha no puedo precisar. Ese día, como otros muchos, fuimos a pescar furel al rompeolas de Manzanillo. Hiram pescaba; yo, “como un can de casa o como un corde-ro”, lo seguía. Un día, después de haber pescado de sol a sol desde las horas tempranas de la mañana hasta las horas tempranas de la tarde, volvíamos a casa para comer. Ese día, Hiram me hizo una demostración práctica de la gracia de Dios.

Íbamos sedientos de tanto sol y de tanta falta de agua, y al pasar por el mercado, Hiram se detuvo en un puesto callejero y pidió “Uno de grosella”. La transparente caja de cristal sudaba frío, y el rojo líquido burbujeaba en silencio, desprendiendo claras esferas incoloras que subían desde el fondo y desaparecían en la superficie del antojable líquido. Cómo hubiera querido tener veinte centavos para comprarme “Uno de grosella” yo también. Pero él no siempre los tenía, y yo, nunca los había tenido; ni siquiera, hasta ese día, había tenido conciencia del valor del dinero. Pero la sed fue buena maestra. Con esa lógica infantil tan inocente, y ese egocentrismo infantil tan innato del que nunca ha aprendido y jamás ha practicado el dar y el recibir, di por hecho que la grosella era de mi hermano, y de nadie más. Yo no tenía ni la sombra de un derecho a recibir, ni el asomo de una idea de pedir.

Hiram recibió aquel alto dispensario cilíndrico de vidrio transparente lleno hasta el borde, y sin siquiera voltear a mirarme, le dio lo que yo calculaba que era un buen trago. Yo no tenía envidia, ni enojo, ni desesperación; ni siquiera más sed de la que ya de

por sí me ponía pegajosa la lengua y rasposa la garganta. ¿Qué derecho tenía yo? El veinte era suyo, y sólo suyo. Entonces, Hiram me pasó el vaso para que yo tomara. Me rehusé. ¿Qué derecho tenía yo de recibir tan grande gracia? Con una seña me insistió y yo tomé un tímido sorbo y recibí el consuelo en la lengua por lo menos. Hiram tomó otro buen trago, y me entregó otra vez el vaso, y esta vez, sabiéndome agradado, la grosella pasó por la boca y más allá, camino del estómago.

No sé si ésta fue la primera vez que probé la frescura del hielo, pero a ciencia cierta sé que fue la primera vez que probé la gracia de Dios, que me dio Hiram a beber, refrescó con delicia todo mi ser y se anidó en mi corazón. Entiendo que los teólogos no definen la gracia de Dios de esta manera, pero el que la conozca como yo, no dejará de reconocerla.

Aparte de mis papás, Hiram es el primero de varios hombres que me han robado el corazón. Los ha usado Dios para mostrarme cómo es su gracia, que da sin merecer: papá Chencho, mamá Lola, Hiram, David, Steve, Adrián, Nahum. No en balde hay alguien a quien llaman “la llena de gracia” por el enorme favor que recibió sin merecerlo aquel lejano día. Yo también, como ella, he recibido gracia plena.

Hay muchos que se asombran de que quiera tanto a mi hermano. Espero que este relato los haga comprender, y quizá hasta recordar, las veces que Dios ha derramado su gracia también sobre ellos, por medio de sabrá Dios quién. Y si se acuerdan quién, corran y demuéstrenle su agradecimiento, como yo hoy a Hiram, de corazón, NO DE PURA LENGUA.

El Colima

María Elena Alfaro Solís

México, D. F., 1964. Cursaba yo el primer año de la Escuela Normal Superior en la Especialidad de Inglés. Eran años de efervescencia; de pronto, como un cometa, *El Colima* desprendió su luz, de la A a la Z, en mi entonces mágico mundo, ese espacio, tan lleno de vivencias a las que solía referirme dándoles nombre, color y movimiento, como El Mundo Mágico de María Elena Alfaro.

En Atlacomulco, Rogelio y todos los amigos le decían *El Colima*. Llevaba a Colima untada en la piel: “Mi papá Chencho, mi mamá Lola, mis hermanos Hiram David y Rosa Delia”; pintada en los ojos: “Mi tía Marta, mi tío Cleto, mi tía Lupe, mis primos Tito, Rico, y Beto”; copiada en la voz: “Rosa mi hermana, Rosa mi prima”; grabada en el alma: “mi maestro de vagancia, el kínder de ‘Coqui’, mi maestra de primero, y de toda la vida, el Colorado Naranja, los volcanes, el Perico Mudo, el Barrio del Manrique, la Manriqueña, el Callejón del Caco, el Pollo, el Padre Ochoa, la Salada, la Boquita, el Túnel, Miramar, Cayayán, la Laguna, la pesca, los guamúchiles, la tirada, el venado, el Parque Hidalgo, el Cerro de la Cruz, Pancho Hernández, Don Guelo”, “El sol es la vida, jovencito”, “Amor chiquito acabado de nacer”. Hiram, Mari, Raúl, Adriana, Daniel, Gabi, Tulio, Mari, Miguel, Gina, Enrique, Améri-

ca, Ricardo, Chelo, Roberto, Elizabeth, Pipi, Fili, Jeza, Neo, Gil, Mati, Peri, Pancho Ceja, Taurino, Tomás Núñez, Chuy Enríquez, Cayetano, Paco Rivera, Lalo Cabrera, Felipe Ureña, Sergio Amezcua, Pera, Estela, Alicia, María Elena, Carmen, Socorro, la China, Adelita: estrellas y luceros que presos en el caleidoscopio de su muy personal mapa del tiempo, hablan en él.

Le decían *El Colima*. Al verlo, supe que algo inédito se iba a dar a conocer. Supe que el sol era tan intenso en Colima como él. Su reflejo, y el de las lunas llenas delineaban su horizonte y mostraban su tesoro entre el vientre espumoso de encajes de un mar único. Eran mil y un espejos fragmentados, de oro y plata, de cristal cortado, danzando entre las ondas certeras, vivas, de su *pura lengua*.

Así lo conocí, y así lo quise. Me vio mostrándome un sol de fuego y una tajada de luna tierna. Eran el mar y la arena, palmeras, nubes y luceros temblando libres en el viento austero. El quemante sol y la mística luna. Día y noche juntos en la preciosa joya de su corazón, encendida sobre playas llenas de secretos y neblinas.

Era el inteligente “Gato de Alicia”; de singular sonrisa, arqueadas cejas y penetrantes ojos rasgados desde los que cobraba vida una luz que con énfasis se prendía y apagaba a su voluntad. Esa luz desprendía calor y color de miel, derramándose desde entonces, en un abrir y cerrar de ojos, en mi alma de abundantes y fértiles campos en flor.

Fue entonces que penetré de lleno en su mundo. El mío dejó de ser mágico, y se volvió real. Se volvió el del Colima, cuando me bautizó en su esencia y me volví “*The Huntress*” (La Cazadora). Así el inglés, objeto de estudio, se convirtió en piel, huesos y san-

gre, cuando escribió de mí, entre otras cosas: “*The Huntress: I saw her again. The Huntress. The unforgettable. The charming soul charming my soul, again in kind complicity sharing her mind, smiling out her story, her story sparkling mine. The Huntress. The Unforgettable. The Friend*”.

Ayer y hoy, en su voz y en la de su guitarra habla su espíritu; cobra vida, igual que en su mirada, un reino de cielos, planetas, nostalgias, añoranzas y recuerdos. Volcanes, huertas, ríos y mares, cómplices con la noche tropical, hablan de su luna interna: Colima, grabada en su piel, pintada en sus ojos, escrita en su alma. Desde entonces, lo quiero y lo querré, *and he loves me, not just with words or tongue, but in deed and truth*. Gracias a Dios, al que ama por sobre todas las cosas y por quien sabe que sin embargo, el volcán es bello. Y todo esto también lo saben y sabrán sus hijos y sus nietos. Es *El Colima*, mas no DE PURA LENGUA.

Notas biográficas para mis nietos

Mis primeros nietos, para quienes comencé a escribir mis *Notas biográficas* en 1982, fueron Javiardo, Ricavier y Ciatilé. Los tres deseados, bien recibidos y amados. Hubo también un nietecito que murió al nacer, Arturo. Por causa de Arturo, se pensaba que el siguiente niño sería niña, pero nacieron Javiardo y Ricavier; por la misma razón, se pensaba que el cuarto niño podría ser niño, pero nació Ciatilé, conforme al profundo anhelo de la Mamá Elefanta. Así nacieron mis primeros nietos, en directa contradicción con una mal calculada ley de las probabilidades. Ya desde entonces se veía que serían únicos e irrepetibles. Nos hicieron muy felices, y el corazón se ensanchó con cada uno, para que no hubiera estrechez. Para la segunda tanda, ya habíamos aprendido que los nietos los da Dios, como él quiere, según el beneplácito de su propia voluntad. Y cuando nacieron La Arañita, la Iguanita y el Sol Colosal, solamente nos asombramos y le dimos gracias a Dios de que hubieran nacido humanos, no gusanos. Con el mismo espíritu, esperamos hoy una tercera tanda de nietos, que ya comenzó con Daniel, el de los ojos estudiosos.

Por lo tanto, cuando cuento mis bienes me encuentro con una esposa, tres hijos, sus cónyuges, siete nietos, y cuarenta y seis años de matrimonio con la misma, única e irrepetible. Con esta mujer se apli-

ca a medias el siguiente dicho: “Entre mujer buena y bonita, escoge la bonita; porque lo bueno, con poco se le quita”. Escogí la siempre bella, que me salió muy buena, y su bondad, lealtad, devoción, camaradería, apoyo, compañía, deleite y amistad no se le han quitado. Por eso, cuando puedo, le digo como dice Pablo Neruda: “A nadie te pareces desde que yo te amo. Cuánto te habrá dolido acostumbrarte a mí”.

Yo soy un abuelito de los viejos tiempos, de aquellas épocas cuando no se había inventado la televisión, ni había muchas vacunas, ni había abuelitos huérfanos. “Yo siempre me soñé como un patriarca; en pequeño, tal vez, pero patriarca. Rodeado de mis hijos, los hijos de sus hijos, de su veneración. La realidad es muy distinta. Ser venerable tiene sus bemoles; no hay tal veneración. En las rodillas de un abuelo, sólo el amor que va, sólo el amor que viene. Y así ¿quién quiere estar en un altar? Mejor en una mecedora”.

Javiardo tiene el olor del campo que Jehová ha bendecido. Rocío del cielo, grosura de la tierra, y ser padre de naciones, sea su porción. Benditos los que lo bendijeren. Ricavier, prado delicioso, agua de reposo, roca de consuelo; que camine en sendas de justicia, que el bien y la misericordia lo sigan todos los días de su vida, que habite en la morada de Jehová largos días. Ciatilé, porción de mi herencia, cuerdas deleitosas, plenitud de gozo, río Gadareno, cedro populoso como no se ha visto en Líbano; que camine la senda de la vida, y fluyan siempre para otros las delicias de su corazón.

Ingrid, arañita que enseña a “saludar al sol”. No hay ninguna otra estrella que brille como ella en mi corazón. Ilse, iguanita sin prisa, que mira y admira, que avanza y amansa. No hay otra como ella en mi corazón. Bruno, bruñido metal, sol colosal. No

hay astro que pueda ser como esta estrella en mi corazón. Daniel, a quien ya le pregunto “¿Por qué me ves con esos ojos estudiosos? ¿Me quieres aprender? detrás de lo que miras sólo hay un corazón pleno de amor ¿Qué más quieres saber?” Señor: dales tu vida, bendice sus pasos, que seas tú su tesoro, y aquí en la tierra su cielo. Bendice a los que los bendigan. Amén.

Te doy gracias por mi esposa, por mis tres hijos, sus amados cónyuges, mis siete nietecitos y los que vengan. Amén.

*Javier C. Bravo Magaña
Hijo de Crescencio Bravo Sánchez
y de Ma. Dolores Magaña Benítez de Bravo.
Muchacho de rancho.
Nació el 24 de marzo en Juárez 20,
frente al Jardín Núñez de la Ciudad de Colima
Nació de arriba el 24 de marzo de 1982.*

Mis héroes favoritos

Javier Carlos Bravo Alfaro

Este pasatiempo no tiene la intención de ser DE PURA LENGUA, como los que, a veces sí y a veces no, escribe el Dr. Bravo. Es de puro corazón, viene de un corazón puro, y se escribe primordialmente con la intención de honrar a mis héroes favoritos, y en segundo lugar, exhortar a otros hijos de la patria a que honren a los suyos. Por “héroes” quiero decir, los de la patria, los que hacen patria teniendo hijos, no matando chilangos como yo.

Elenita, mi primera heroína, es un todo para aquellos que saben a lo que me refiero. Es el nombre de cariño con el que la conocen no sólo sus amigos sino el mundo entero. Así de grande es ella. Lo curioso del caso es que, salvo en muy esporádicas ocasiones, yo no la llamo así; sólo cuando quiero referirme a ella en tercera persona, y solamente con la familia consanguínea. *C'est tout*. Generalmente le hablo de tú. Nunca arraigué la costumbre de decirle “mamá, mami, ama o amá”, así que su nombre quedó en el sencillo, pero cariñoso, Ma, la mejor del mundo. Cuestiones demasiado intrínsecas de la vida, para que valga la pena ahondar en ellas.

Hace unos días, tal vez dos o tres, me puse a pensar cuál sería el primer gran recuerdo que tengo de ella de manera clara y precisa. No pude encontrar lo que yo quería (tengo demasiados de esos recuer-

dos), pero tengo uno muy claro. Quiero que se den una idea de la valiosa, valerosa y amorosa madre que me tocó tener, uno de los héroes que han marcado su huella en mi ser.

Escribo estas palabras hoy, 17 de diciembre del año 2011, en su cumpleaños, mientras la oigo llegar, acompañada de mi papá y de mi hermana. Vienen de con mi hermano, en donde acaba de sufrir, una intervención quirúrgica maxilofacial que no parece haberle hecho mella. Suena fuerte como un roble y florida como si estuviera en sus veinticinco inviernos. Sus acompañantes salen de la casa; ella se queda conmigo, yo acá arriba, *dans mon extreme crib*; en ese momento, el efecto mariposa, que la transformó como a Gregor Samsa en *La Metamorfosis*, comienza a mostrarse ante los ojos de mi amorosa imaginación:

Elenita, mi mami, fue educada a la antigua, influenciada claramente por los conceptos de mis antepasados que, desde la lejanía del siglo XXI, nos parecen medievales. Fue una niña mona y tranquila, muy inteligente para su edad; yo diría que precoz, porque en menos de diez años ya había leído muchas grandes obras de la antigüedad, entre ellas uno de los mejores libros que he leído en mi vida, *Los tres mosqueteros*, del genial Alexandre Dumas; también *Viaje al Centro de la Tierra*, y en general, las obras de Julio Verne; *Los Miserables* de Víctor Hugo, *La divina comedia* de Dante, enciclopedias médicas y qué sé yo cuántas cosas más. En su finca tenía un piano donde, si no me equivoco, aprendió a tocar; por si eso no bastara también tenía, y tiene todavía, un hermano que no le llevaba muchos años, por lo que entre ellos se tejó una verdadera amistad. Y ese hermano era un sabio. Así transcurrió tranquila su feliz infancia.

Luego, cambió de aires, y como suele suceder, como es bueno que suceda, se la tragó la tierra hasta que volvimos a tener noticias de ella, no por las llamadas “redes sociales”, sino porque sus pasos de señorita se oían suavemente por los anchos y largos pasillos de la Escuela Nacional de Maestros, y luego por los de la Escuela Normal Superior de México.

Poco tiempo después, en este último lugar, apareció en su vida un caballero andante que había descendido del bello volcán, y que al verla, el primer lunes de marzo de 1964, al cuarto para las cinco, quedó irremediablemente cautivado por ella, tanto así que, sin poderlo evitar, le abrió su corazón, como una de esas flores que se abren para saludar al sol en las primeras horas, el momento más propicio para recibir la bendición del entorno. En ese mismo momento, la cambió por la otrora reina de Inglaterra, la mismísima Isabel I. Este caballero andante es mi segundo héroe, el Dr. Who. *No, just kidding. I mean Dr. Bravo, more commonly known as Dad, whose life runs in parallel with my mum's as I relate in these lines. I call him just Pa, with no other derivatives like “papa, apá, padre, papi”, etcétera. My dad has been strong, firm, and disciplined, as well as a loving man, especially towards his earthly and spiritual family. I have watched him grow and transform himself until eventually he became my permanent hero, substituting for former heroes like Arnold Schwarzenegger, Robert James “Bobby” Fisher, Aqua-, Bat- and Super-Man, etcétera. He was born in one of the smallest states of our country, but that did not stop him from becoming a Doctor at a time when opportunities were not as rich as they are today.*

My dad inherited his discipline from his mum, Mamá Lola, and his love and compassion from his father, Papá Chenchó. The rest of his manners, I sup-

pose, he achieved by himself, by his own efforts. As I said before, one day he fell irretrievably in love with a sweet, beautiful and tender lady when, having no inheritance to lay hands on, he left his hometown in search of the daily bread. He was at that time, and has always been, a man of action. I have always been proud of his earthly achievements; that is no secret to anyone, although it should have been more so for his spiritual ones. The only reason I enrolled at school was precisely to follow his steps; otherwise I don't think I would have done so. I was happy just to grow up as a football star, an inventor, a soldier or a fireman. And I would have been happy to become the President of México, although now I can see that my uncle, my mum's brother, was more intelligent than I; he preferred to be "the son of the President".

Antes de que se conocieran, tanto mi papá como mi mamá, mis héroes y protectores, vivieron vidas normales, como han sido las vidas del *homo sapiens* a través de la historia. Se casaron tres años después (febrero, 1967) de su primer encuentro y tuvieron cuatro hijos. El mayor de ellos tuvo la mejor suerte. Los Tres Cochinitos tuvieron que quedarse en este mundo a cumplir su destino, en caso de que lo encuentren; o, por lo menos, a expiar sus pecados. No hay más que decir acerca de ello. *C'est la vie, mes cheries. Such is life, my dears.*

Volviendo a donde comencé, al arcón de mis recuerdos, me veo un día sentado junto con mis hermanos en la verde alfombra del cuarto más grande de la casa, nuestra casa en México, D.F. Aquellos *Three Billy Goats* disfrutaban después de haber "sustraído" de una tienda Aurrerá una caja completa de chicles. Masticaban con placer, y hasta se enorgullecían de su fechoría. Pero esa tranquilidad y placer de repente se ve perturbada cuando una fuerza poderosa

como un tsunami hace acto de aparición (así sucederá cuando descienda el Rey de Reyes de su mansión celestial) y los deja horrorizados y estupefactos. No había poder humano que pudiera resistir los gruñidos del Lobo Cela. Como aquellos tres delincuentes no querían reconocer su falta, la Lobo Cela, como toda buen *werewolf*, hace uso de toda su sabiduría, y en menos que Pedro tarda en negar a Cristo, descubre debajo de la cama —la cuna de la nena— la irrefutable evidencia de su delito: las envolturas y media caja de chicles sin abrir.

De nada sirven los gritos y protestas de los infantes. Lobo Cela los lleva junto a su compañero de vida, su amado “Javón”, su amado “Javoncito”. Hasta ese momento los niños no sabían que una madre amorosa pudiera transformarse en la mano vengadora de Dios. Sólo digamos que hoy en día, cuando veo un cinto o una cuchara de palo, me acuerdo de ese día y de mis dos héroes favoritos. Je, je, je.

De mi papá también tengo otros recuerdos. Mil y un días antes de aquel nuestro primer y único robo, en una isla muy distante de nuestro propio hemisferio, mi papá me enseña cuán firme puede ser. Estábamos jugando fútbol en *Hyde Park*, mi papá en la improvisada portería y mi hermano y yo tratando de anotar un gol. Pero mi papá hacía de nosotros lo que quería, y se reía. De gozo, del gusto de jugar con sus hijos. Pero yo lo malinterpreté y llegó el momento en que ya no lo pude soportar. Comencé a protestar porque no podía anotar y allá en las nubes comenzó a formarse la tormenta de un berrinche. Pero mis papás no eran las personas indicadas para hacerles un berrinche. Era algo que no se nos permitía, aunque lo permitieran otros miembros de la familia y quizá otros más allá. Al ver lo que estaba sucediendo, mi papá comenzó a enojarse (así malinterpreté

sus palabras cuando comenzó a decirme que jugara contento, independientemente del resultado del juego). Pero yo era terco como un burro y no quise escucharlo. Entonces me advirtió que si seguía en mi actitud ya no iba a jugar conmigo. Sordo, le dije que “no le hacía” y salí llorando porque al fracasar en mi intento de anotarle un gol, no había logrado hacer que mi joven papá se sintiera orgulloso de mí.

También me resulta inolvidable que, en otro día, mi papá me hubiera dado permiso de no ir a la iglesia el domingo. En ese tiempo, mi papá era ateo y no le importaba que yo me quedara con él en casa, en nuestro domicilio: *2 Fatherson Road*. Pero fue la única vez que eso sucedió durante mi niñez y adolescencia, porque en aquel tiempo era mi mamá la que se preocupaba por nuestro bienestar espiritual. Curiosa esta contradicción, pero cuando mi papá se hizo cristiano, los papeles se invirtieron durante algún tiempo. En última instancia, hay que reconocer que la idea de ser parte de la familia de Cristo es una idea peculiar.

Luego cumplí 18 años, mi mayoría de edad, y mi papá, ya cristiano, me dejó en completa libertad de ir o no ir a la iglesia. Por supuesto, en aquellos días, mi hermano y yo éramos solamente un par de angelitos; hoy, al escribir estas líneas, recuerdo el pequeño libro con páginas de colores, vacías de todo texto, que los bautistas usaban para evangelizar a todas las criaturas de la noche todavía *inconversas*. Pero, para terminar este relato, diré que siempre recordaré con cariño, casi devoción, la vez que mi papá me dejó quedarme en casa un domingo. Qué cosa tan inolvidable.

En su plena madurez, *mein Vater* volvió a los estudios y convirtió a sus tres hijos en sujetos de su investigación para su doctorado en lingüística, y en

el año en que la mano de Dios jugó por Argentina en el Estadio Azteca, terminó su magna obra, su tesis de doctorado con la que se tituló ese mismo año. Durante ese periodo vimos a Carlos, Príncipe de Gales, tomar por esposa a Diana, una maestra de kínder cuyo destino la condenó a partir de ese momento a ser la principal actriz de un drama que terminó con su trágica muerte. En otra ocasión, durante mi adolescencia, mismo periodo, mi papá me enseñó el valor del dinero cuando, un día, me permitió cortar el pasto de nuestra casa en *145 North Court Avenue*, y me recompensó con algo de dinero (*ich glaube*). En los últimos años, y hasta muy recientemente, se dedicó a su ministerio evangélico tan cabalmente que su dedicación creó una separación entre él y su cachorro mayor, el joven rebelde en el que yo me habría de convertir; pero se trataba de una rebeldía que nunca triunfó sobre el amor.

En resumen, mi papá fue todo lo que un niño necesita para convertirse en un hombre de bien: padre amoroso a su manera, aun cuando después de nuestro regreso de Europa dejamos de celebrar la Navidad de la manera tradicional. Pero yo todavía uso con éxito las lecciones de vida que me enseñó: andar en bicicleta, manejar un automóvil, tratar de no pagarle a nadie mal por mal; antes bien, pagarle con un bien el mal que pudiera hacerme. Por esto, y por muchas cosas más siempre me sentiré agradecido y en deuda con mi *Daddy-long-legs*. Por otra parte, necesitaría más de veinticuatro años para contar por qué se convirtió en mi verdadero héroe.

En cuanto a mi mamá, el recuerdo que quizá más atesoro de los pocos que tengo de ella durante ese periodo es el del día que nos llevó a los tres hijos al cine, y por un instante pudimos conocer a Elenita divirtiéndose como cualquier muchacha, olvidada

de su papel de madre, y simplemente disfrutando de la compañía y de la película. Cosas intangibles, pero verdaderas, que se quedan con uno y que lo forman.

Al pasar del tiempo, y para mi mala fortuna, me aparté de la vereda y por ahí existe todavía una larga carta que mi mamá me escribió en el “umbral de mi hombría” de la que no leí más que un par de párrafos por flojera de descifrar toda la sabiduría que hay en ella con su letra gótica y jeroglífica, la letra de una verdadera maestra. Maestra mi mamá, maestra su mamá, y maestro Don Gregorio Torres Quintero, el segundo hombre más ilustre que ha dado la Ciudad de las Palmeras. El título de “más ilustre de todos”, aunque se enojen los oriundos del lugar, le pertenece y siempre le pertenecerá al segundo héroe que tengo y que probablemente tendré por el resto de vida que me quede; al caballero enamorado que al cuarto para las cinco le declaró su amor a la más tierna virgen que ha salido del lago de Tenochtitlan, y de cuya unión nació este Grillo Cantor cuyo canto duró hasta que me convertí en el hombre de hierro, aunque el Grillo todavía intermitentemente al paso de los años resurge con fuerza.

Ojalá que dentro de cuatro años, Javier y Elenita, tomados de la mano, celebren su Aniversario de Oro, un año antes del *Judgement Day* y un lustro después del fin del mundo. Esto lo digo de corazón, NO DE PURA LENGUA.

Pasatiempos DE PURA LENGUA, de Javier C. Bravo Magaña, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, <http://www.ucol.mx>. La impresión se terminó en enero de 2013 con un tiraje de 500 ejemplares sobre papel bond ahuesado de 90 gramos para interiores y sulfatada de 12 puntos para la portada. En la composición tipográfica se utilizó la familia *Espirit Std*. El tamaño del libro es de 21 cm de alto por 13 cm de ancho. Programa Editorial: Alberto Vega Aguayo. Gestión Administrativa: Inés Sandoval Venegas. Diseño: Jaime Sánchez Hernández. Corrección: Eréndira Cortés Ventura. Cuidado de la edición: Alberto Vega.